

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
DEPARTAMENTO DE DRAMA

HAMLET

PRINCIPE DE DINAMARCA

DE: William Shakespeare

Personajes

Bernardo - soldado noble  
Horacio - estudiante noble  
Francisco - soldado noble  
Marcelo - soldado noble  
La Sombra -  
Claudio - el rey  
Cornelio - cortesano  
Polonio - consejero  
Laertes - hijo de Polonio  
Hamlet - príncipe de Dinamarca  
Gertrudis - la reina  
Ofelia - hija de Polonio  
(Reinaldo - Criado de Polonio)  
Ricardo - Cortesano  
Guillerma - Cortesano  
Voltimando - cortesano  
Primer Actor - (Rey)  
Segundo Actor - (Luciano)  
Primer Galán - (Reina)  
Segundo Galán - (No habla)  
Tercer Actor - (Prólogo)  
Fortimbrás - príncipe de Noruega  
(Un Capitán de Fortimbrás)  
Un caballero  
Un criado de Horacio  
Marinero Primero  
Marinero Segundo (No habla)  
Rústico Primero  
Rústico Segundo  
Sacerdote  
Osrico - cortesano  
(Embajador Primero de Inglaterra)  
(Embajador Segundo (No habla))

Cortesanos y Criados del castillo, soldados de Dinamarca, capitanes y soldados de Fortimbrás, daneses del pueblo, sacerdotes y...

PRIMERA PARTE

Plataforma ante el castillo de Elsinor. Noche cerrada.

(Francisco, de guardia, apostado a la izquierda.  
Entra Bernardo por la derecha)

BERNARDO ¿Quién vive?  
Francisco (Esgrime su pica.) No; responde tú. Detente y  
di quién eres.  
Bernardo ¡Viva el rey!  
Francisco ¿Bernardo?  
Bernardo El mismo. (Se reúnen.)

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

2/mayo/06

1082/33

mdsrs el

Francisco - Llegas a tu hora en punto.

Bernardo - Ya han dado las doce. Vete a dormir, Franci.

Francisco - Mucho te agradezco el revelo. El frío es tan recio que encoge el corazón.

Bernardo - ¿Fue tranquila tu guardia?

Francisco - Ni un ratón se ha movido.

Bernardo - Bien. Buenas noches. (Le toma la pica y da pasos. Francisco saluda y va a marcharse.) Si ves a mis compañeros de guardia, (a Horacio a Marcelo.) díles que se den prisa.

Francisco - Creo que los oigo. ¡Eh, alto! ¿Quién vive? (Entran Horacio y Marcelo, armados de picas.)

Horacio - Amigos del país.

Marcelo - Y vasallos del Rey de Dinamarca. (Francisco paséis buena noche. (Se cruza con ellos.)

Marcelo - (Irónico.) ¡Adiós, buen soldado! ¿Quién vino a relevarte?)

Francisco - Bernardo queda en mi puesto. Que paséis buena noche. (Sale.)

Marcelo - ¡Eh! = ¡Bernardo!

Bernardo - ¿Eres tú? ¿Viene Horacio?

Horacio - Un pedazo de él. (Llegan a su lado)

Bernardo - Bien venido, Horacio. Bien venido, buen Marcelo.

Horacio - {Con sorna.} ¿Qué? ¿Se ha vuelto a aparecer... eso, esta noche?

Bernardo - Yo nada he visto.

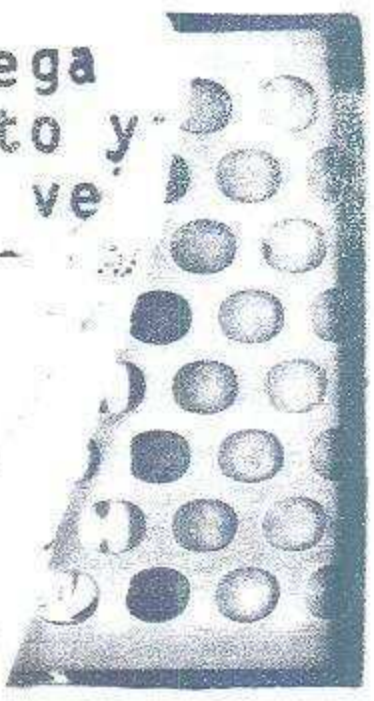
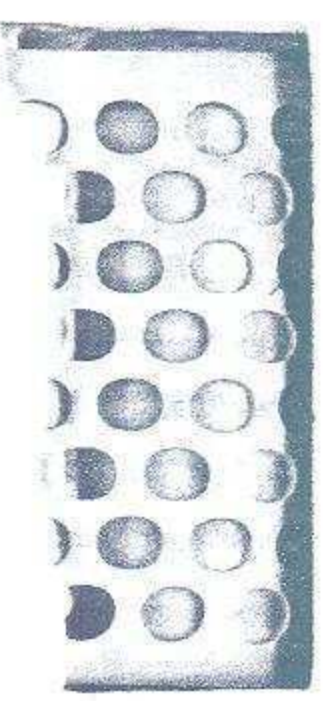
Marcelo - Horacio dice que es fantasía nuestra (y se niega a creer en la siniestra figura que hemos visto y dos veces. Por eso) le he insistido para que ve (esta noche) con nosotros, y si vuelve la aparición podrá dar crédito a nuestros ojos y hasta...

Horacio - ¡Vamos, vamos! ¡Qué ha de aparecerse!

Bernardo - (Siéntate un rato y aguanta que ataquemos vez con nuestra historia esos oídos tuyos que) lo hemos visto dos noches seguidas

Horacio - Bueno está. (Se sienta.) (Nos sentaremos y aguantaremos lo que Bernardo quiera contar)

Bernardo - Fué la otra noche, cuando esa misma estrella ves al oeste del polo (Señala a la izquierda llegó a iluminar en su carrera la zona del cielo donde ahora brilla. Marcelo y yo, al tiempo la campana daba la una... {Entra la Sombra derecha.})



- Marcelo - (¡Quieto!) Calla. ¡Mira por dónde viene (otra vez!)
- Bernardo - Es la figura misma de nuestro difunto rey.  
(Horacio se levanta.)
- (Marcelo - Tú tienes estudios; háblale, Horacio.)
- Bernardo - ¿No es idéntico al rey? Fíjate, Horacio.
- Horacio - Igual. Turbado estoy por el asombro y el horror.
- Bernardo - Querrá que le hablen
- Marcelo - Pregúntale tú, Horacio.
- Horacio - (Se adelanta.) ¿Quién eres tú, que así (usurpas esta hora a la noche y) tomas la noble apariencia guerrera (que adornaba en otro tiempo al frente de su ejército a la majestad del monarca danés que hoy yace sepultado? Por el cielo te conjuro: ¡habla!  
(La Sombra se aleja lentamente.)
- (Bernardo ¡Mira! ¡Ya se aleja solemne!)
- Horacio - ¡Detente y habla! ¡Habla! (Yo te conjuro: ¡habla!)  
(La Sombra sale.)
- Marcelo - Se va sin responder. (Una pausa.)
- Bernardo - ¿Y bien, Horacio? (Temblando estás, y pálido.)  
¿Sólo era fantasía? (¿Qué dices ahora?)
- Horacio - Por Dios que nunca lo creyera (sin la sensible y cierta confirmación de mis propios ojos.)
- Marcelo - ¿Y no es igual al rey?
- Horacio - Como tú a ti mismo. Así era la armadura que llevaba cuando combatió al ambicioso noruego. (Y frunció el ceño como en aquella airada entrevista en que hundió su hachade hierro en el hieño. Es extraño.
- Marcelo - Pues así dos veces ya, y a esta misma hora de mortal silencio, pasó con aire marcial durante nuestra guardia.
- Horacio - El fin particular de esto no alcanzo; mas en mi torpe y simple opinión, alguna extraña erupción anuncia a nuestro Estado.
- Marcelo - Pues bien, sentémonos. (Lo hacen.) Y que me diga quien lo sepa por qué fatigan todas las noches a los vasallos del país con guardias tan estrechas y rigurosas; y por qué tanto fundir cañones de bronce y tanto acopio de extranjeros pertrechos de guerra; y a qué fin esa legión de carpinteros de ribera que trabaja penosamente sin distinguir el domingo del resto de la semana. ¿Qué peligro se teme para hacer a la noche compañera del día en tan duros afanes? ¿Quién puede decirme lo?
- Horacio --Yo te lo diré; o al menos, lo que corre. Ya sabéis que nuestro último rey, cuya imagen acabamos de ver, fue retado a combatir por Fortimbrás de Noruega, a quien devoraba la más celosa soberbia. En aquel desafío, nuestro valiente Hamlet, /que ganó tanta fama en la extensión del mundo que nos es conocida/ mato a Fortimbrás; el, por convenio sellado y atendido

a la suerte de las armas, cedia al vencedor /si perdía su vida todas/ las tierras que a la sazón había conquistado. /También nuestro rey se obligo a cederle igual porción de tierras, que heredaría Fortimbrás si saliese vencedor./ Y así fué como, /por la virtud del convenio y de los acuerdos en él estipulados,/ todo recayó en Hamlet. Y ahora, Fortimbrás el mozo, que bulle y arde como metal poco fraguado, va reclutando /aquí y allá/ por los rincones de Noruega una horda de /perdidos y/ famélicos, resuelta /por la comida/ a cualquier empresa temeraria. La cual no es otra, y así nuestro Estado lo ha entendido claramente, que la de recobrar /por las armas y la violencia/ aquellas tierras que perdió su padre. Y este es, creoyo, /el principal motivo de nuestros preparativos, la causa de nuestras guardias y/ el /verdadero/ origen del /trastorno y el/ trajín en que el país se halla.

Bernardo - /Ese y no otro debe de ser./ (Mira a su alrededor con temor.) Y tal vez por ello viene armada a nuestra guardia esa portentosa visión tan semejante al rey que fué /yaún es/ la causa de estas guerras.

HORACIO  
Aviso es de que abramos bien los ojos. En los más /felices y/ gloriosos tiempos de Roma, poco antes de que cayera el gran Julio César, /se vaciaron los sepulcros y/ los difuntos, /envueltos en sus mortajas,/ vagaban por las calles dando gemidos y confusas voces. /E incluso/ anuncios semejante de terribles sucesos, /precursores de los hados y prólogo de cercanas calamidades,/ los han mostrado aquí el cielo y la tierra /a nuestra gente:/ estrellas de encendida cola, lluvia de sangre, trastornos en el sol: /y hasta la luna, ese húmedo planeta cuyo inf influjo gobierna el imperio de Neptuno, sufrió eclipse cual si hubiera llegado el fin de los tiempos./ (Reaparece la Sombra.) Pero ¡callad! ¿Lo véis? ¡Otra vez vuelve! (Se levantan y requieren sus picas. Horacio se adelanta.) Lo detendré aunque me fulmine. ¡Detente, sombra! Si algún sonido te es posible: si tienes voz, háblame./ Si alguna buena acción puede aliviar tu pena /ya mí concederme gracia/ háblame. Si sabes el destino que amenaza a tu patria y el modo de evitarlo felizmente, /¡ay! / ¡Habla! /O si en vida ocultaste en las entrañas de la tierra mal ganados tesoros de los que a los espíritus os hacen vagar sin paz tras la muerte, dímelo./ ¡Detente y habla! (La Sombra se detiene y parece ir a hablar. Canta el gallo. La Sombra se estremece y se aleja.) ¡Detenlo, Marcelo!

Marcelo - ¿Le doy con mi pica?

Horacio - Dale si nose para.

Bernardo - (Intenta agredirlo.) ¡Aquí está!

Horacio - (Lo mismo.) ¡Aquí está! (La Sombra sale.)

Marcelo - ¡Se ha ido! Mal hicimos en oponer a su gran majestad la violencia, pues es invulnerable como el aire /y nuestros golpes vana y torpe burla./

Bernardo - Iba a hablar ya cuando cantó el gallo.

Horacio - /Y al momento tembló como un reo que fuese amonestado./ Dicen que cuando el gallo, /esa trompeta del alba,/ despierta al dios del día /con la estridente voz de su garganta sonora, a esa señal/ huyee a su moradatodo extraño o errante espíritu /por el agua o el fuego, tierra o aire. Y buena prueba es de ello lo que hemos presenciado.

Marcelo - Así es, que se fué al cantar el gallo. Dicen que cuando vuelve el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Salvador, este pájaro de la madrugada canta la noche entera; y dicen que entonces ningún espíritu se atreve a salir de su guarida. Esas noches son buenas; ningún planeta ejerce maleficio y ningún hada o bruja puede dañar con el poder de sus encantamientos. Tan santo y lleno de gracia es ese tiempo./ (Amanece.)

(Horacio - También lo tengo óído, y en parte lo creo./ Pero ved como la aurora, /envuelta en su rosado manto,/ pisa ya el rocío de aquella /alta/ montaña /en el oriente:/ terminemos la guardia. Creo que debemos /ir a/ contar al joven Hamlet lo que hemos visto /estanoche;/ pues por mi vida que ese espíritu, mudo para nosotros, a él le hablará. /¿No os parece que nuestra lealtad y nuestro amor nos obliga a decirselo?/

Marcelo - Vayamos en seguida. /Yo sé donde es seguro que lo encontremos esta mañana./ (Salen.)

(La luz cambia y la escena nos presenta el salón del trono en el castillo. Florero de trompetas. Criados y cortesanos aguardan; entre éstos, el viejo Polonio, con su vara de consejero. Su hijo Laertes, Voltimando y Cornelio, esperan. El rey Claudio y la reina Gertrudis ocupan sus tronos.)

Claudio - Aunque la reciente muerte de nuestro amado hermano Hamlet sigue en nuestra memoria, /y debemos seguir rindiéndole el duelo de nuestro corazón y consagrándole el pesar de todo el reino./ ha combatido /sin embargo/ tanto la cordura con la Naturaleza, que ya lo recordamos con dolor más prudente y sin olvido de nosotros mismos. Por ello, a la que fué nuestra hermana y es hoy nuestra reina en el trono de este poderoso Estado, hemos tomado por esposa... (Entra Hamlet, de negro, y se apostaba en el primer término, bajando los ojos después de cruzar la mirada con el rey. La reina lo mira con amor y ansiedad; el rey se detiene un segundo y sigue, elevando la voz.) /En este gozo triste,/ en esta felicidad que riñe con el llanto /en nuestros ojos, en este funeral con fiesta y bodas con lamentos /en nebres, pesaron por igual en la balanza la dicha y el dolor. Y / no dejamos de seguir los consejos con que vuestro prudente juicio, /libremente expresado en ocasión tal,/ nos asistió. (Por un momento /expresado complacido.) Por él, gracias a todos (Los cortesanos se inclinan.) Y ahora he de hablaros de Fortimbrás el moz o... (Corre un movimiento expectante entre los cortesanos; el nombre de Fortimbrás se susurra con sobresalto.) Pues ya sabéis cómo /menospreciando nuestra fuerza o/ presumiendo que la /reciente muerte de nuestro /amado/ hermano habrá traído al reino desunión y trastornos, /confía en esa soñada ventaja y/ no ha cesado de importunarnos

/con mensajes/ en demanda de aquellas tierras que perdió su padre /y que ganó nuestro valiente hermano en justa y formal liza. Esto es lo que él pretende. En cuanto a/ nosotros, /y al motivo que hoy nos reúne, oid:/ hemos escrito este despacho al rey de Noruega, /tío de Fortimbrás el mozo,/ que,, impedido en el lecho, apenas tiene noticia de lo que su osado sobrino trama, a fin de que le prohíba toda acción en contra nuestra, pues las levas, listas y pertrechos se están llevando a cabo entre sus propios súbditos. Y os nombramos a vos, buen Cornelio, y a vos, Voltimando, (Los aludidos se adelantan y se inclinan.) para que llevéis nuestro saludo al anciano rey noruego, sin más poder para negociar /personalmente con él/ otra cosa que lo definido en estas cláusulas. (Cornelio se acerca y recoge el despacho) /Que Dios os guíe, y/que vuestra diligencia atestigüe vuestro celo en servirnos.

- Cornelio - Os probaremos nuestra lealtad en esto y en todo.
- Claudio - /No lo dudamos/. Id y que Dios os guarde. (Cornelio y Voltimando saludan y salen.) Y tú, Laertes, ¿qué nos traes de nuevo? Algo querías pedirnos. ¿Qué es, Laertes? (Sonríe.) /Nada justo que pidas al rey de Dinamarca será pedido en vano. ¿Qué podrías tú pedirme, Laertes, que yo no me adelantara a ofrecerte?/ (Hamlet lo mira con frialdad. El rey mira a Polonio.) No es más fiel la cabeza al corazón, /ni más adicta la mano a la boca, que el trono de Dinamarca a tu padre. (Polonio se inclina, complacido.) ¿Qué deseas, Laertes? (Hamlet, a quien nada satisfacen tantas deferencias, mira a Laertes.)
- Laertes - (Se adelanta) Soberano señor, pido el favor de retornar a Francia; que aunque me gustoso a Dinamarca para rendiros mi homenaje en vuestra coronación, cumplido este deber he de confesaros que mi mente y mis deseos se vuelven hacia Francia rogándoos humildemente la gracia de vuestra licencia y vuestro perdón.
- Claudio - ¿Tenéis ya licencia de vuestro padre? ¿Qué dice Polonio?
- Polonio - La tiene señor. A fuerza de obstinación y tras laboriosas peticiones, terminó por arrancarme el consentimiento; yaunque de mala gana, os suplico que me déis licencia para partir.
- Claudio - Elige la mejor hora, Laertes; tuyo es el tiempo. Inviértelo en gozar a tu sabor de tus bellas cualidades. (Laertes se inclina y retrocede.) Y ahora, querido Hamlet, hijo mío...
- Hamlet - (Aparte) Hijo querido y poco requerido.
- Claudio - ¿Por qué te envuelves siempre en esa nube de tristeza?
- Hamlet - Al contrario, señor; suelo estar mucho al sol.
- Gertrudis - Querido Hamlet, abandona ya este luto y mira como a un amigo al rey de Dinamarca. No bajes siempre los párpados al suelo para buscar en el polvo a tu noble padre; tú sabes que la suerte común de todo cuanto vive es morir, y pasar de la naturaleza a la eternidad.
- Hamlet - Sí, señora. Eso es común.

- Gertrudis - Pues si lo es, ¿por qué pareces tomarlo de modo tan extraño?
- Hamlet - ¿"Parece", señora? No; es. Yo no sé "aparentar". No es ya mimanto negro madre mía, ni el traje habitual del luto riguroso, ni el aliento entre cortado de suspiros, ni el desbordante río de los ojos, ni el semblante sombrío y abatido, ni los demás modos, formas y gestos que pintan el dolor, lo que puede denunciar mi sentimiento. Cierto que todo eso es apariencia, pues son acciones que cualquier hombre puede imitar. Pero lo que yo llevo dentro no se manifiesta, y el resto no es otra cosa que la ropa y las galas de la pena.
- Claudio - Dice mucho de tunatural bondad. Hamlet, ese fúnebre tributo que a tu padre rindes. Pero no debes olvidar que tu padre perdió a su padre, el cual, a su vez, también perdió un padre. Aquel que sobrevive ha de cumplir durante un tiempo la obligación filial de mostrar su duelo; mas perseverar en tan obstinada y tenaz pena es terca impiedad, dolor no humano ya, que denota una voluntad rebelde al cielo, un corazón débil, un alma indócil, una mente simple y ruda. Pues si sabemos que ello ha de suceder forzosamente y que es tan común como la más trivial cosa que a nuestros sentidos afecta, ¿a qué resistir tercamente empeñarnos en no admitirlo? Basta. Ofensa es contra el cielo, ofensa al muerto, ofensa a la naturaleza; un abuso de la razón, cuya más común sabiduría es la de la muerte de los padres, y que desde el que murió primero hasta el que hoy muere, no ha dejado de afirmar: "Así tiene que ser". Abandona ya esa inútil tristeza, te lo ruego, y mirame como a un padre; pues, sépalo el mundo todo, (Se levanta) tú eres el más allegado a este trono (Hamlet, que le escuchaba con los ojos bajos, lo mira.) y con el más hondo y noble amor que pueda sentir un padre por su hijo te amo yo a tí. En cuanto a tu intención de volverte a estudiar a Witemberga, es muy contraria a nuestros deseos, y te rogamos que la abandones y consientas en seguir aquí para alegría y deleite de nuestros ojos, como el primero de nuestros cortesanos, pariente e hijo nuestro. (Le tiende la mano a la reina, que le sonríe agradecida, y se levanta a su vez.)
- Gertrudis - No deigas las súplicas de tu madre, Hamlet. Te ruego que te quedes con nosotros. No vayas a Witemberga.
- Claudio - Bravo. Esa es una amable y bella respuesta. En Dinamarca serás tanto como yo mismo. Vamos, señora. Esa gentil y espontánea decisión de Hamlet colma mi corazón; y para celebrarla, ningún alegre brindis habrá hoy que el cañón poderoso no anuncie a las nubes, ni cipa que el rey beba sin que los cielos truequen repitiendo el trueno de la tierra. Vamos.
- (La toma de la mano y salen entre un floreo de trompetas. Los cortesanos salen tras ellos, intentando en vano saludar a Hamlet, que parece no verlos.)
- Hamlet - ¡Ah! ¡Si esta carne sucia, sucia, pudiese disolverse en un rocío de lágrimas! ¡Oh si la ley del Eterno no vedara darse la muerte! ¡Oh, Dios! ¡Dios! ¡Qué fatigosos, viejos, inútiles y baldíos me parecen los usos de este mundo! ¡Fuera, fuera con él! Es un jardín descuidado y lleno de maleza donde sólo crecen semillas de naturaleza grosera y amarga. ¡A tal

vergüenza hemos llegado! ¡Sólo dos meses que murió! No, no tanto, ni dos: (Mira los tronos vacíos) aquel excelente rey, que relación a éste era lo que Apolo a un sátiro; tan amante de mi madre que ni a la brisa del cielo hubiera tolerado la osadía de rozar su rostro.... ¡Cielos y tierra! ¿Habrá que recordarlo? Ella, que se colgaba de él como si el deseo le creciese con la satisfacción misma; y luego, al mes escaso... No quiero ni pensarlo... ¡Fragilidad! ¡Tu nombre es mujer!..... Un mes apenas, antes de que gastara los zapatos con que acompañara al cuerpo de mi pobre padre como otra Niobe bañada en lágrimas... Ella, sí; ella misma... ¡Oh, Dios! Una bestia privada de razón habría sufrido dolor más largo... Casada con mí tío, con el hermano de mi padre, pero tan diferente de mi padre como yo de Hércules.. Sólo un mes; apareciera de sus ojos irritados, se casó. ¡Ah, qué repugnante prisa por meterse, y con qué desenfado, entre sábanas incestuosas! Eso no debió ser, ni a nada bueno puede llevarnos. Pero quiébrate, corazón mío, ya que mi lengua ha de callar!

(Horacio, Marcelo y Bernardo entran y se inclinan)

Horacio:

¡Salud a vuestra alteza!

Hamlet:

(Sorprendido) Me alegra encontrarte tan bien... ¿Eres Horacio, o me desconozco a mí mismo.

Horacio:

El mismo, señor, y siempre vuestro humilde criado.

Hamlet:

(Deniega) ¿Un caballero y un buen amigo; qué te trae de Vitemberga, Horacio?... ¿Marcelo?

Marcelo:

(Asiente) ¿Mi señor?

Hamlet:

Mucho me alegra verte. (A Bernardo) Os saludo, caballero. (Bernardo se inclina) Pero, de verdad, Horacio, ¿qué te trae de Vitemberga?

Horacio:

Mi inclinación al vagabundeo, señor.

Hamlet:

No quisiera oír eso a tu peor enemigo, ni lograrás que mis oídos acepten una disculpa que te ofende; yo sé que no eres un vagabundo. Dime: ¿cuál es tu negocio en Elsinor? Te enseñaremos a beber en grande antes de que partas.

Horacio:

(Vacila) Vine a asistir al funeral de vuestro padre, señor.

Hamlet:

Piedad, estudiante. No te burles de otro estudiante. Vendrías a asistir a las bodas de mi madre.

Horacio:

Cierto señor, que tardaron poco.

Hamlet:

Economía, Horacio, economía. Las empanadas calientes del funeral sirvieron de fiambres en la mesa de la boda. ¡Antes de haber visto aquel día, quisiera haberme encontrado en el cielo con mi mayor enemigo, Horacio! Padre mío!.. ¡Me parece estar viendo a mi padre!.. [Los caballeros se miran con algún sobresalto.]

Horacio:

(Suave) ¿Dónde, señor?

Hamlet:

Con los ojos del alma, Horacio.

Horacio:

Alguna vez lo vi. Era un gran rey.

Hamlet:

Era un hombre de pies a cabeza. No espero ver otro como él.



- Horacio: (Baja la voz) Señor, creo haberle visto esta noche.
- Hamlet: ¿Visto? ¿A quién?
- Horacio: Al rey vuestro padre, señor.
- Hamlet: ¿A mi padre, el rey?
- Horacio: Moderad vuestro asombro y prestadme oído atento mientras os refiero, con el testimonio de estos caballeros, la maravilla que hemos visto.
- Hamlet: ¡Sí, por Dios! ¡Habla presto!
- Horacio: Dos noches seguidas durante su guardia estos dos caballeros, Marcelo y Bernardo, se encontraron con él; en la explanada solitaria y en medio de la noche, una figura igual a la de vuestro padre, armada de pies a cabeza, se les apareció y con andar solemne pasó a su lado lenta y majestuosa. Tres veces cruzó ante sus ojos atónitos, a no mayor distancia que la de un bastón de mando, mientras ellos, despavoridos, quedaron mudos sin osar hablarle. Quisieron confiarme el horrible secreto y a la tercera noche fui con ellos de guardia; a allí, a la hora justa y en la forma misma en que me lo contaron, llegó la aparición. Reconocí a vuestro padre; no son más iguales estos dos manos.
- Hamlet: Pero ¿dónde ocurrió?
- Marcelo: En la plataforma donde se hace la guardia, señor.
- Hamlet: ¿Y no le hablasteis?
- Horacio: Yo le hablé, señor! Pero no dió respuesta alguna, aunque una vez pareció alzar la cabeza como si fuera a hablarme. Más en el mismo instante lanzó el gallo matutino su voz estridente y, al sonar, huyó aprisa y se desvaneció ante nuestra vista.
- Hamlet: Eso es muy extraño.
- Horacio: Tan cierto como que vivo, alteza, que os he dicho la verdad; y hemos creído que nuestro deber era informaros de ello.
- Hamlet: Por supuesto, caballeros, por supuesto... Pero el caso me inquieta. ¿Estáis de guardia esta noche?
- Bernardo: También, señor.
- Hamlet: ¿Decís que iba armado?
- Marcelo: Armado, señor.
- Bernardo: Armado.
- Hamlet: ¿De pies a cabeza?
- Marcelo: De pies a cabeza, señor.
- Hamlet: Entonces, ¿no le veriais el rostro?
- Horacio: Sí que se lo vimos, señor; tenía alzada la visera.
- Hamlet: Y... ¿miraba ceñudo?
- Horacio: Más que de enfado, su gesto era de dolor.

- Hamlet: ¿Pálido, o encendido?
- Horacio: No; muy pálido.
- Hamlet: ¿Y fijó sus ojos en ti?
- Horacio: Con gran insistencia.
- Hamlet: Hubiera querido estar allí.
- Horacio: El asombro os habría paralizado.
- Hamlet: Sin duda, sin duda. ¿Y estuvo mucho tiempo?
- Horacio: El que se gasta en contar despacio hasta ciento.
- Bernardo: Más.
- Marcelo: Más.
- Horacio: No cuando yo lo vi.
- Hamlet: La barba gris, ¿no?
- Horacio: Tal como yo se la vi en vida: negro y plata.
- Hamlet: Yo haré guardia esta noche; tal vez vuelva.
- Horacio: Lo doy por seguro.
- Hamlet: Si toma la presencia de mi noble padre, le hablaré aunque  
 el mismo infierno abra su boca rugiente para ordenarme callar. Del mismo modo que guardásteis hasta ahora lo que visteis, os ruego que sigáis guardándolo con el mayor sigilo; y, suceda lo que suceda esta noche, confiadlo al pensamiento, más no a la lengua. Yo sabré corresponder a vuestro celo. Id en paz; entre once y doce, iré a veros a la plataforma.
- Horacio: Siempre a las órdenes de vuestra alteza.
- (Los tres caballeros se inclinan)
- Hamlet: A vuestro afecto responde el mío. Id con Dios. (Salen los tres) ¡El espíritu armado de mi padre! Nada bueno anuncia. Sospecho alguna infamia. ¡Ojalá hubiese llegado la noche! Calma hasta entonces, alma mía. Aunque la tierra entera la oculte, la maldad se descubre al fin a los ojos de los hombres. (Sale)
- (La luz cambia y la escena nos presenta una sala en la casa de Polonio. Laertes de despide de Ofelia.)
- Laertes: Mi equipaje ya está a bordo. Adiós, hermana. Y siempre que haya buen viento y travesía segura, no te duermas y hazme saber de ti.
- Ofelia: ¿Puedes dudarlo?
- Laertes: En cuanto a Hamlet y a sus frívolos favores tómalo como un capricho, un ardor, una violeta de la primavera temprana, que no arraiga; suave, pero no duradera. El perfume y el gozo de un minuto; nada más.
- Ofelia: (Suave) ¿Nada más que eso?

- Laertes: No pienses más en ello. El natural desarrollo no se limita a agrandar las fuerzas y el cuerpo, sino que ya dilatando también a la par que ensencha su templo, el servicio que dentro de él celebran alma y mente. Quizá él te ama ahora sin doblez y sin que mancha alguna ensucie su pura intención. Pero tú ten cuidado; si consideras su grandeza, comprenderás que no puede tener voluntad propia, pues vive sujeto a obrar según su cuna y no puede elegir a su arbitrio como las personas comunes porque de su elección dependen la salud y prosperidad de todo el Estado, y ha de someterse a la voz y dictamen del del cuerpo que le tiene a él por cabeza. Así pues, si dice que te ama, serás prudente no dándole crédito sino en aquellas promesas que pueda cumplir habida cuenta de su alcurnia; o sea, sólo las que no excedan a lo que pudiera consentirle el voto general de Dinamarca. Piensa pues en la pérdida que sufriría tu honor si con sobrada ingenuidad dieras oído a sus cantinelas, entregándole tu corazón o abriendo el tesoro de tu castidad a sus torpes apremios. Guárdate, Ofelia: guárdate, querida hermana, y mantente lejos de tu inclinación y a salvo del influjo y del peligro del deseo. La doncella más recatada es siempre demasiado pródiga si muestra su belleza a la luz de la luna; la virtud misma no escapa a los golpes de la calumnia. El gusano roe a veces los brotes tiernos de la primavera antes de que se abran los capullos, y en la mañana llena de rocío de nuestra mocedad las tentaciones son más apremiantes. Ten pues cuidado; la mayor seguridad está en el miedo. La mocedad arde por sí misma aunque nadie la incite.
- Ofelia: (Que escuchó con aire inocente y alguna embobada sonrisa) Retendré en la memoria tus buenos consejos para proteger mi corazón. (Irónica) Pero mira, hermanito, no hagas tú lo que algunos severos predicadores, que enseñan el árido y espinoso camino del cielo mientras pisan ellos la senda florida de los placeres como desenfrutados y procaces libertinos, sin cuidarse de sus propios consejos.
- Laertes: (Desconcertado) ¡Oh! Por mí no temas... Me entretengo demasiado. Pero aquí llega mi padre. (Entra Polonio, Laertes se arrodilla) Bendición doble es doble merced, y la ocasión es buena para un segundo adiós.
- Polonio: ¿Aún aquí Laertes? ¡Bordo, a bordo! ¿No te da vergüenza? El viento empuja ya a la popa de tu navio y sólo tú faltas. ¡Toma otra vez mi bendición! (Laertes se levanta) Y estas reglas que grabarás en tu memoria. Calla bien lo que pienses; no actúes sin reflexión suficiente. Sé llano, pero no seas vulgar. Los amigos que tomes después de madura elección, únelos a tu alma con garfios de hierro; pero no gastes tu mano tendiéndola al primer camarada recién salido del cascarón y sin plumas. Guárdate de mezclarte en disputas; pero, una vez en ellas, obra de modo que el adversario se guarde de ti. Presta el oído a todos, y a pocos tu voz; escucha las opiniones de los demás, pero reserva tu juicio. Tu ropa, tan costosa como pueda tu bolsa, pero sin afectación; rica, no ostentosa, que la ropa revela al hombre y en Francia quien tiene alcurnia y posición es en esto tan fino como esplendido. A nadie pidas prestado, ni prestes; pues quien presta pierde al tiempo dinero y amigo, y quien toma prestado le mella el filo a su economía. Y esto sobre todo: sé fiel a ti mismo y de ello se seguirá como la noche al día, que no serás falso con nadie. Adiós. Que mi bendición te infunda todo lo dicho. (Se enternece)
- Laertes: Humildemente me despido, señor. (Se inclina y besa su mano)
- Polonio: El tiempo apremia. Tus criados te espera.
- Laertes: Adiós, Ofelia. (La abraza) Y recuerda bien cuanto te he dicho.

- Ofelia: En mi memoria queda y tú mismo guardarás la llave. (Sale Laertes. Polonio y Ofelia lo despiden con la mano. Una pausa)
- Polonio: ¿Qué es lo que él te ha dicho, Ofelia?
- Ofelia: (Baja los ojos. Si os place saberlo, cosas referentes al príncipe Hamlet.
- Polonio (Irritado) ¡Por Dios, que estuvo oportuno! Me han dicho que últimamente te ha visitado a menudo en privado y que tú le has recibido con mucha bondad y complacencia. Si es así, y me lo han asegurado para que tome precauciones, debo decirte que no has procedido con el recato que conviene a una hija mía y a tu honor. (Inquisitivo) ¿Qué ha pasado entre vosotros? Dime toda la verdad.
- Ofelia: (Sin mirarlo, titubea) Desde hace poco, señor, me colma de constantes atenciones en precio de su afecto por mí.
- Polonio: ¡Afecto! ¡Bah! Hablas como una mozueta sin seso que desconoce el peligro en que se encuentra. ¿Crees tú que es limpio el precio de ese afecto, como tú dices?
- Ofelia: No sé lo que debo creer, señor.
- Polonio: Por Dios que yo te lo enseñaré. Debes creer que eres una niña que ha tomado ese "precio" por buena paga, pero que no te han dado monedas de oro. Estimate en más alto "precio", pues si no sabes "apreciarte" y ya me va a estallar la frase con tanta alusión me despreciarán a mí como a un tonto.
- Ofelia: Señor, siempre ha usado de honestos recursos para requerirme de amores.
- Polonio: Si; bien los puedes llamar recursos. ¡Estamos buenos! ¡Estamos buenos!
- Ofelia: (Perpleja, esgrime su mayor garantía) Y ha comprometido sus palabras, señor, con los votos más sagrados.
- Polonio: (Ríe, irritado) Ya; redes para cazar codornices. Demasiado sé con cuanta prodigalidad le presta el alma votos a la lengua cuando la sangre hierve, Hija, no tomes por fuego esos relámpagos, que dan más luz que calor y que se apagan cuando más prometen. Procura desde ahora ser menos pródiga de tu presencia virginal; ponle mayor "precio" a tu trato y no lo des en cuanto te lo pidan. Y al príncipe Hamlet no le creas otra cosa sino que es mozo y tiene la rienda más suelta de lo que tú la puedes tener. En fin, Ofelia; no creas en sus votos. Son mediadores, mas no de lo que aparenta su ropaje, sino simples encubridores de pecaminosos deseos, que se dan aires de santos o de piadosas beatas para engañar mejor. En resumen: no quiero, hablando claro, que pierdas tu tiempo gastando ni un momento de ocio en coloquios y devaneos con el príncipe Hamlet. No olvides que yo te lo mando. Vete a tus cosas.
- Ofelia: (Que escuchó de mala gana, disimula) Seré obedecido, señor. (Sale, y Polonio se la queda mirando)
- (La escena cambia y nos muestra la plaza forma ante el castillo. Es de noche. Entran Hamlet, Horacio y Marcelo)
- Hamlet: El aire pega con furia; hace un frío que hiela.
- Horacio: Es aire vivo y cortante.
- Hamlet: ¿Qué hora es?

- Horacio: Deben de ser casi las doce.
- Marcelo: No. Dieron ya.
- Horacio: ¿Ya? No las he oído. Entonces se acerca el momento en que el espíritu suele pasar. (Lejanos floreos de trompetas y una salva de artillería) ¿Qué es eso, señor?
- Hamlet: El rey celebra su orgía esta noche. Se emborracha en el festín y da traspiés en el frenesí del baile; y a cada trago de vino del Rin que se bebe, las trompetas y los timbales rebuznan el triunfo de sus brindis.
- Horacio: ¿Es costumbre?
- Hamlet: Por Dios que sí. Pero aunque aquí he nacido y estoy hecho a los usos del país, creo que nos honraría quebrantar esa costumbre en vez de seguirla. Tales excesos nos difaman a los ojos de las otras naciones, de Oriente a Occidente. Nos dicen borrachos y manchan nuestro nombre con sucios dictados. Y es muy cierto que a nuestras hazañas, por grandes que sean, esta fea imputación les quita la flor y la médula de su gloria. Así acontece a veces con los hombres que tienen algún defectuoso lunar en su naturaleza; ya sea de nacimiento, del que no son culpables, pues nadie puede elegir su natural origen, ya sea un desorden de su compleción, que a menudo rompe las vallas y parapetos de la razón, o bien un hábito que del molde de las costumbres admitidas; acontece, digo, que estos hombres por llevar el sello de ese solo defecto, que es librea de su naturaleza o capricho de su estrella, verán corrompidas todas sus virtudes en la opinión común por aquella falta particular aunque fuesen tan puras como la gracia divina y tan numerosas como puedan caber en el hombre. (Está hablando con cierta auto-compasión; es probablemente una triste justificación de deficiencias propias cuya explicación quisiera tan noble como la que da) Pues una pizca de impureza resta valor a la más noble sustancia y la degrada por entero. (Entran la Sombra.)
- Horacio: ¡Mirad, señori ¡Ya llegai
- Hamlet: (Retrocede) ¡Ángeles y ministros de la gracia, amparadnos! (Los otros dos retroceden aún más.) Ya seas un espíritu benéfico o un genio, maligno; ya te redeen auras celestes o infernales ráfagas; sea tu intención malvada o piadosa, en figura tal te muestras que he de hablarte. Hamlet te llamo; rey, padre, soberano danés. ¡Respóndeme! No me dejes sumido en la ignorancia; dime por qué tus sagrados huesos, que reposaban en la muerte, han rasgado su mortaja. Por qué tu sepulcro, en cuya urna sereno te dejamos, ha abierto sus poderosas fauces de mármol para arrojarte fuera. Y cuál es el motivo de que tú, cuerpo difunto y por entero armado, vuelvas a contemplar los pálidos fulgares de la luna llenando con tu hálito la noche. ¿Y por qué nosotros, pobres víctimas de la Naturaleza, hemos de vernos confundidos por el horror de ideas que exceden el alcance de nuestra mente? Dime: ¿por qué todo esto? ¿Cuál es su causa? ¿Qué quieres de nosotros? (La sombra hace señas a Hamlet)
- Horacio: Os indica que le sigáis como si deseara revelaros algo a solas.
- Marcelo: Ved con qué gentil ademán os sugiere un lugar más lejano. ¡Pero no le sigáis!
- Horacio: No lo hagáis, señor.

- Hamlet: ¿Y qué puedo temer? Ni un alfiler vale mi vida. ¿Qué podrá hacerle a mi alma, si es tan inmortal como él? Ya me llama de nuevo: voy con él.
- Horacio: (Lo detiene) Señor; ¿y si os arrastra al mar o a la espantosa cumbre de ese monte escarpado que baten las olas y allí toma alguna horrible apariencia que os prive del uso de la razón y os suma en la locura? Pensadlo bien: sólo el lugar ya infunde ideas desesperadas a quien mira al mar desde su enorme altura y lo siente bramar abajo roncamente.
- Hamlet: ¡Vuelve a llamarme! ¡Ve, que yo te sigo! (Forcejean con él)
- Marcelo: No iréis, señor.
- Hamlet: Soltadme.
- Horacio: Tened cordura; no vayáis.
- Hamlet: Mi destino me llama, y la más fina fibra de mi cuerpo se vuelve tan fuerte como los nervios del León de Nemea. Aún me llama. Fuera esas manos, caballeros; por Dios, no vaya a hacer otro fantasma de aquel que se interponga. ¡Atrás os digo...! ¡Voy contigo! Camina! (La sombra sale seguida de Hamlet.)
- Horacio: Su imaginación le trastorna.
- Marcelo: Vamos tras él. No hay que obedecerle en esto.
- Horacio. Sigámosle. ¿Quién sabe lo que traerá todo esto?
- Marcelo: Algo se está pudiendo en Dinamarca.
- Horacio: ¡Qué el cielo lo remedie!
- Marcelo: Hay que seguirle. Vamos. (Salen, mientras la luz se concentra sobre un alto lugar de la plataforma al que vemos llegar a la Sombra y a Hamlet.)
- Hamlet: (Se detiene) ¿Dónde me llevas? ¡Dii De aquí no paso.
- Sombra: Escúchame.
- Hamlet: Te escucho.
- Sombra: Mi hora se acerca y he de volver al tormento de las sulfúreas llamas.
- Hamlet: ¡Sombra desdichada!
- Sombra: No me compadezcas y pon pído atento a lo que voy a revelarte.
- Hamlet: Pues debo oírte, habla.
- Sombra: Y deberás vengarme, cuando me oigas.
- Hamlet: ¿Qué?
- Sombra: Soy el espíritu de tu padre, condenado por cierto tiempo a vagar de noche y a padecer cárcel de ayuno y fuego durante el día, hasta que las llamas purguen y consuman los torpes crímenes que cometí en los días de mi vida mortal. Y si no se me prohibiera revelar los secretos de la prisión que me habito, podría decirte cosas cuyas menor palabra trastornaría tu alma, helaría tu sangre moza, haría que tus ojos saltasen de sus órbitas como estrellas y erizaría cada uno de los cabellos de tu lisa melena como púas de puerco espín furioso.

Más estos designios de la Eternidad no son para oídos de carne y sangre... Oyeme; óyeme. ¡Ay! ¡Oyeme! Si alguna vez amaste a tu buen padre...

- Hamlet: ¡Dios mío!
- Sombra: ...véngale del más cruel e inhumano asesinato.
- Hamlet: ¡Asesinato!
- Sombra: Asesinato cruel, como lo son todos; pero este, el más cruel, horrendo e inhumano.
- Hamlet: Di presto, pues con alas tan veloces cual las del pensamiento o del amor, he de vengarte.
- Sombra: Anímoso te encuentro: y serás tan insensible como la floja maleza que arraiga a su capricho a orillas del Leteo si no te conmoviera lo que voy a decirte. Y ahora óyeme, Hamlet. Corrió la voz de que, durmiendo en mi jardín, me mordió una serpiente. Así han engañado a todos los oídos de Dinamarca con esa fábula de mi muerte. Pero tú debes saber noble mozo, que la serpiente que quito a tu padre la vida ciñe hoy su corona.
- Hamlet: ¡Mi alma me lo decía! ¡Fue mi tío!
- Sombra: Si. Ese incestuoso, esa bestia adúltera, con ingenioso hechizo y traidoras dádivas... ¡Malditos sean, ay, ingenio y dádivas que tienen tal poder de seducir!... rindió a su vergonzosa lascivia la voluntad de mi reina, que tan virtuosa parecía. ¡Ay, Hamlet, cuán grande fue su caída! Desde la dignidad de mi amor, que enlazó nuestras manos para toda la vida con los votos que le hiciera en nuestros esponsales, ¡venir a rebajarse hasta un misero cuyas prendas naturales eran tan inferiores a las mías! Pero si la virtud es inmovible aunque la acosen bajo disfraces celestiales, la lascivia se hastía del más bendito tálamo aunque se viese unida en él a un ángel radiante, y busca el vicio. Pero ¡basta! Creo sentir el aire matutino y he de ser breve. Dormía cuando tu tío, aprovechando la quietud de la hora, llegó a mí con un pomo de veneno y vertió por las puertas de mi oído la líquida ponzoña, cuyo efecto es tan adverso a la sangre del hombre que cual veloz azogue, corre por las naturales vías y conductos del cuerpo y con repentino vigor cuaja y corta, como las gotas agrias a la leche, la sangre sana y fluida. Así ocurrió conmigo; de pronto una vil lepra invadió la tersura de mi carne y la llenó de costras repugnantes. Y así, dormido perdí a la vez a manos de mi hermano, corona, vida y reina. Segado fui con todos mis pecados; sin comunión, sin óleos, inconfeso, y enviado al juicio con mis cuentas por saldar y con la carga de mis imperfecciones sobre mi cabeza. Qué horror, qué horror! ¡Ay, qué gran horror! Si de mi casta eres, no lo sufras. Que no sea el tálamo real de Dinamarca el lecho de la lujuria y del incesto abominable. Más, sea cual sea tu decisión, que no tu alma ni tu mente se manchen osando ofensa alguna contra tu madre. Abandónala al cielo, y al tormento de las espinas que secretamente hieren y punzan su pecho. Y ahora, adiós. El gusano de luz palidece y apaga ya su lumbre anunciando la aurora. (Se va alejando.) ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós! Y no me olvides. (Sale)
- Hamlet: ¡Oh, legiones celestes! ¡Oh, tierras!... ¿A quién más invocar? ¿Al infierno también? ¡No, no! Calma, calma, corazón mío; y vosotros, mis nervios, no flaqueéis ahora y sostened mi fuerza. ¡Qué no te olvide! No, pobre sombra; mientras quede memoria en este mundo desquiciado. ¡Qué no te olvide! No; porque de

La tabla de mi memoria he de borrar todos los recuerdos triviales, todas las sentencias de los libros, todas las formas y huellas del pasado que la mocedad y la observación allí estamparon. Y sólo tu mandato, sin mezcla delenable, ha de quedar en el libro de mi mente. ¡Por el cielo que sí! ¡Ay, la más perversa de las mujeres! ¡Ay, villano! ¡Villano, maligno y condenado villano! A ver, mis tablillas... (Las saca, febril, encarcela) He de apuntar que un hombre que sonríe, y sonríe, puede ser un villano. (Escribe) Al menos es seguro que ocurre en Dinamarca. Si, señor tío; aquí quedas. Y ahora mi lema, que es: "¡Adiós! ¡Adiós! ¡Y no me olvidéis!" Jurado está que no.

(Queda pensativo, no del todo aplacada mediante el subterfugio de la escritura la tremenda tensión a que le ha sometido la obligación en que ahora se encuentra y que, en el fondo quizá no desea. Las voces de Horacio y Marcelo apenas logran distraerle de sus pensamientos)

- Marcelo: (Voz de) ¡Señori
- Horacio: (Voz de) ¡señori
- Marcelo: ¡Príncipe Hamleti (Lo buscan, angustiados, en la oscuridad.)
- Horacio: ¡El cielo le asistai
- Hamlet: (Ha oído. Reacciona y eleva la voz) ¡Así sea!
- Horacio: (Lanza un grito cetrero) ¡Húchohohoi ¡Señori
- Hamlet: (Lo devuelve) ¡Huchohohoi ¡Pequeñini Aquí mi halcón aquí. (Se encuentran y se estrechan las manos.)
- Marcelo: ¿Qué ha pasado, señor?
- Horacio: ¿Qué os ha dicho, señor?
- Hamlet: ¡Maravillas!
- Horacio: Contad, señor.
- Hamlet: No, que las revelaríais.
- Horacio: Por el cielo que no, señor.
- Marcelo: Ni yo, señor!
- Hamlet: Escuchad y decidme: ¿qué corazón humano podría nunca imaginar... Pero ¿guardaréis el secreto?
- Horacio: Sí, por el cielo.
- Hamlet: (Con ardor) En toda Dinamarca no hay un villano... (Decide callar.) que no sea un infame bribón.
- Horacio: Para decir eso, señor, no era menester que una sombra saliera de su tumba.
- Hamlet: Cierto. Muy cierto. Y por eso será mejor, sin más palabras, que nos demos la mano y nos vayamos; vosotros a vuestros asuntos o adonde os lleve el deseo, pues todo hombre tiene sus asuntos y sus deseos, sean los que fueren; Y yo, ¿qué queréis? a mi pobre tarea: a rezar.
- Horacio: (Seco) Esas son palabras vacías y desatinadas, señor.



- Hamlet. Siento de corazón que os hayan ofendido. Sí: de todo corazón.
- Horacio. No hubo ofensa, señor.
- Hamlet. Sí, por San Patricio. Sí que la hay, Horacio. Y ofensa grande. En cuanto a esa visión, es una honrada sombra, os lo aseguro. Moderad como posáis el deseo de saber lo que pasó entre los dos. Y ahora, amigos míos, pues que sois amigos, estudiantes y soldados, concededme una humilde merced.
- Horacio. ¿Cuál, señor? Dadla por hecha.
- Hamlet. No revelar nunca lo que habéis visto esta noche.
- Horacio. Nunca, señor.
- Marcelo. Nunca lo haremos.
- Hamlet. No; habéis de jurarlo.
- Horacio. Por mi honor, señor que nada diré.
- Marcelo. Ni yo, señor: por mi honor.
- Hamlet. (Desenvaina) Sobre mi espada.
- Marcelo. Ya hemos jurado, señor.
- Hamlet. Vamos, sobre mi espada. Vamos. Horacio y Marcelo se miran, indecisos.)
- Sombra. (Bajo tierra) Jurad. (Todos se miran, despavoridos. Hamlet reacciona)
- Hamlet. ¡Ah, muchacho! ¿Lo dices tú? ¿Estás ahí, buena pieza? (Cambia de lugar) Vamos, ya oís al camarada en la cueva; consentid en jurar.
- Horacio. (Se acerca con Marcelo) Dictad la fórmula, señor.
- Hamlet. No hablar nunca de lo que habéis visto. Juradlo por mi espada. (Extiende sus manos sobre ella.)
- Sombra. (Bajo tierra) Jurad. (El grupo se deshace)
- Hamlet. ¿Hicet ubique? Mudaremos de sitio. Venid aquí, caballeros (Se traslada) y volved a poner las manos en mi espada. (Lo hacen) No hablar nunca de lo que habéis oído. Juradlo por mi espada.
- Sombra. (Bajo tierra) Jurad. (Aterrorizado, el grupo vuelve a deshacerse)
- Hamlet. (Se chancea para disfrazar de nuevo su emoción) ¡Bien dicho, topo viejo! ¿Tan aprisa excabas la tierra? ¡Buen zapador! Mudémonos de nuevo, amigos míos. (Lo hace)
- Horacio. ¡Oh, Dios del día y de la noche! ¡Qué extraño prodigio!
- Hamlet. Pues como a extraño has de darle la bienvenida. Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía. Pero venid; (Se le acercan) jurad como antes, y así el cielo os dé su gracia, que por extraña y singular que sea mi conducta, pues tal vez me convenga afectar cierta disposición extravagante, nada daréis a entender si así me viésemos, ni

cruzaréis así los brazos o menearéis así la cabeza, o soltaréis frases equívocas como: "Bueno, bueno, algo sabemos", o "Sí nosotros quisiéramos", o "si llegásemos a hablar", o "Hay quien, si pudiese"... o cualquiera otra insinuación como esas que denote que sabéis algo de mí. Nada de eso haréis, y que la gracia y la piedad del cielo os asistan en vuestros reveses. Jurad.

Sombra. (Bajo tierra) Jurad.

Hamlet. Descansa, (descansa? espíritu doliente) (Juran sobre la espada) En vosotros deposito mi confianza y mi afecto. Y en cuanto alcance a un pobre hombre como Hamlet, no os faltarán las pruebas de su amistad y estima si Dios le ayuda. Entrad conmigo y punto en boca, os lo ruego. Vivimos tiempos desquiciados. (Suspira) ¡Funesta suerte, que haya nacido yo para remediarlos! Ea, vamos. Entremos los tres juntos. (Salen)

(Música. La noche se vuelve día claro y la escena nos presenta la casa de Polonio. Polonio da a Reinaldo su criado, unos pliegos sellados y una bolsa.)

Polonio. Le darás este dinero y estas cartas, Reinaldo.

Reinaldo. Sí, señor.

Polonio. Obrarías con admirable prudencia buen Reinaldo, si antes de verle te informaras de cómo vive

Reinaldo. Eso pensaba, señor.

Polonio. ¡Bien dicho, cielo! Muy bien dicho. Atiende. Averiguarás primero qué daneses hay en París, y cómo y dónde viven, y con quién tratan, y qué gastos tienen; y llegando a saber por tales timoneos y singladuras que conocen a mi hijo, acércate más al asunto con preguntas más particulares: admitirás que lo conoces, aunque no mucho, y dirás: "conozco a su padre y a unos amigos suyos, y a él, un poco", ¿Lo vas entendiendo, Reinaldo?

Reinaldo. Muy bien, señor.

Polonio. "Y un poco a él". Pero añadirás: "aunque no lo trato. Y si es el que yo digo, es buen trueno, que bien le place este y el otro ciclo..." Y aquí le echas encima los infundios que quieras; pero ¡por la Virgen santa! que no sean tan viles que puedan deshonorarle. Cuida de eso. Sólo las calaveradas, las locuras y las osadías que son habituales compañeras de la juventud y la libertad.

Reinaldo. Como el juego, señor.

Polonio. Eso. O como la bebida, los desafíos, las palabrotas, las pendencias, las faldas... Hasta ahí puedes llegar.

Reinaldo. Señor, con eso ya lo deshonoraría.

Polonio. Quiá, no creas. Todo será según cargues la mano. No debes a achacarle vicios escandalosos como la incontinencia o cosas parecidas; no digo eso sino que insinúes con tal arte sus faltas que sólo parezcan lunares de mozo sin sujeción, relámpagos y truenos de un ánimo fogoso, ardores de una sangre indómita; lo más corriente.

- Reinaldo. Pero, señor...
- Polonio. ¿Quieres saber por qué te encargo eso?
- Reinaldo. Sí que holgaría de saberlo, señor.
- Polonio. ¡Pardiezi Verás a dónde voy, y creo que es una astucia que no falla. Al achacarle esas faltas a mi hijo como si sólo fueran leves manchas que trae el uso, fijate bien; si aquél a quien intentes sonsacar está persuadido de que el mozo es culpable de los vicios que le atribuyes, ten por seguro que convendrá contigo de este modo; "Querido señor", o algo así, o bien: "amigo", o "caballero", según sea el estilo o el tratamiento de la persona o del país...
- Reinaldo. (Suspira) Comprendo, señor!
- Polonio. Y entonces, te dice..., ¿Qué iba yo a decir? Por la misa, que iba a decir algo. ¿En qué estábamos?
- Reinaldo. En "convendrá de este modo", en " amigo o algo así" y en "caballero"
- Polonio. En "convendrá de este modo". Eso, pardiez. Convendrá contigo en esto: "Yo conozco a ese caballero; lo vi ayer", o "el otro día", o tal otro día", o "tal otro", o "con Fulano", o "con Mengano, y, como vos decís, estaba jugando", o "allí se emborrachaba", o bien, "lo vi disputando en el juego de pelota", y hasta puede que diga: "lo he visto entrar en una casa de trato"- o séase burdel-, o algo así. Ahora ya lo entiendes; con el anzuelo de la mentira pescarás los verdaderos peces. Así los que gozamos de prudencia y alcance, lanzamos la bola con efecto y sacamos por lo torcido lo derecho. Y tú, con mis consejos y advertencias, harás lo mismo con mi hijo. ¿Me has entendido o no me has entendido?
- Reinaldo. He entendido, señor.
- Polonio. Pues adiós y feliz viaje.
- Reinaldo. ¡Mi buen señor! (Se inclina)
- Polonio. Deduce por las tuyas sus aficiones.
- Reinaldo. Lo haré, señor.
- Polonio. Y déjale tocar su propia música.
- Reinaldo. Bien señor.
- Polonio. ¡Dios te guarde! (Reinaldo saluda y sale. Una pausa) Polonio revisa papeles en su bufete. Entra Ofelia, demudada) ¡Ofelia! ¿Qué te ha sucedido?
- Ofelia. ¡Ay, señor, señor, qué susto he pasado!
- Polonio. ¿Por qué? ¡Habla, por Dios santo! (Se levanta y acude a su lado)
- Ofelia. Señor, estaba soñando en mi aposente, cuando el príncipe Hamlet, con la ropa desceñida, destocada la cabeza, las calzas sucias y sin atar caídas como grilletes en los tobillos; pálido como su camisa con las rodillas temblorosas y el semblante dolorido y cescompuesto cual si hubiera escapado del infierno para contar horrores... se presentó ante mí.
- Polonio. (La hipótesis le causa repentino interés.) ¿Enloquecido por tu amor?

- Ofelia. Señor, no sé de cierto; pero en verdad lo temo.
- Polonio. ¿Qué te dijo?
- Ofelia. Cogióme la muñeca y me apretó con fuerza, se aparta luego a la distancia del brazo y poniendo así la otra mano sobre su frente, me mira todo el rostro con tanta fijeza como si quisiera retraerlo. Así estuvo largo rato hasta que, sacudiéndome levemente el brazo y moviendo así la cabeza de arriba abajo por tres veces, lanzó un suspiro tan triste y hondo que parecía como si todo su ser se rompiese y su vida acabase. Luego me soltó y, con la cabeza vuelta hacia atrás, echó a andar hacia la puerta y la atravesó sin valerse de sus ojos para hallar el camino, pues hasta el fin tuvo su luz fija en mí.
- Polonio. Vamos, ven conmigo: quiero ver al rey. (Mientras camina, se reafirma en una hipótesis que empieza a serle tal vez más grata que la de un simple devaneo.) Eso es un verdadero delirio amoroso, que destruye con su misma violencia y que arrastra el albedrío a empresas desesperadas más que ninguna otra pasión de cuantas bajo el cielo afligen nuestra naturaleza. Lo siento. (Se detiene y la riñe, inconsecuente) ¿No le habrás herido últimamente con alguna palabra dura?
- Ofelia. No, mi señor. Pero según me mandásteis, rechacé sus cartas y le negué el acceso a mi persona. (Lo ha dicho bajando los ojos y sin convicción: tal vez miente)
- Polonio. (Asiente) Eso es lo que le ha trastornado. Lamento no haber juzgado su pasión con mayor prudencia. Temí que sólo fuera una artimaña para perderte. (Ofelia rehuye su mirada) ¡Maldita suspicacia! Por el cielo, que es propio de los viejos excedernos en el juicio, como en la mocedad es corriente la falta de juicio. Vamos. Hay que ver al rey. (Considerando futuras y beneficiosas perspectivas que acaso trae ese supuesto amor) Conviene que lo sepa; pues ese amor podrá traer más pesares si se oculta (Sonríe) que enfados si se descubre. Vamos. (Salen)
- (Floreo de trompetas. La escena se trastueca en el salón del trono. El rey y la reina, sentados. Cortesanos, Entran Ricardo y Guillermo, y se arrodillan. El rey los manda levantar con un ademán)
- Claudio. ¡Bien venidos, mis amados Ricardo y Guillermo! Además de lo mucho que ansiábamos veros, la necesidad que tenemos de vuestros servicios nos movió a llamaros con apremio. Algo sabéis ya de la mudanza de Hamlet: así la llamo, pues ni en lo externo ni en lo interno se parece ya al que era antes. No imagino qué puede haber turbado así su juicio, como no sea la muerte de su padre. Por ello os ruego a los dos, ya que desde la primera edad os habéis criado con él y tan semejantes le sois por vuestros años y aficiones, que os dignéis permanecer en la corte por unos días. Tal vez vuestra compañía le incline a los placeres y podáis al tiempo encontrar ocasión de observar indicios que nos revelen la ignorada aflicción que le consume, para que, descubierta, pongamos el remedio.
- Gertrudis. Mis fieles, caballeros, él habla con frecuencia de vosotros y estoy segura de que no hay dos hombres a quienes más estime. Si vuestra gentileza fuese tanta que quisiérais pasar algún tiempo con nosotros para alentar y ayudar a nuestra esperanza, vuestra deferencia será agradecida cual corresponde al reconocimiento de un rey.
- Ricardo. Los altísimos deseos de vuestra majestad, por el soberana poder que sobre nosotros tienen, son siempre para nosotros un mandato más que un ruego.

- Guillermo. Y como a tal lo acateremos ambos, ofreciéndonos hasta donde nos lleguen las fuerzas y depositando a vuestros pies nuestros servicios en todo cuanto nos sea ordenado. (Entra Polonio, con su vara)
- Claudio. Gracias, Ricardo, y fiel Guillermo.
- Gertrudis. Gracias, Guillermo, y fiel Ricardo. Y os ruego que vigiléis desde ahora mismo a mi desdichado hijo. (Se vuelve a los cortesanos) Que algunos de vosotros conduzcan a estos caballeros a la presencia de Hamlet.
- Guillermo. ¡Quiera el cielo que nuestra compañía y nuestros desvelos le agraden y aprovechen!
- Gertrudis. ¡Así sea! (Ricardo y Guillermo saludan y salen con dos cortesanos.)
- Polonio: Soberano señor, vuestros embajadores en Noruega han regresado llenos de contento.
- Claudio. (Afable) ¡Siempre padrino de buenas nuevas!
- Polonio. ¿Verdad que sí, señor? Estad cierto de que mis actos, así como mi alma, sólo a Dios y a mi gracioso soberano sirven; (Se acerca confidencial) y si mi sagacidad no ha perdido la finura del olfato que solía tener, creo haber descubierto la verdadera causa de la locura de Hamlet.
- Claudio. ¡Habla, presto! Calma ya la impaciencia que me consume.
- Polonio, (Sonriente) Dignaos primero dar audiencia a los embajadores; mis noticias serán el postre de este gran festín... (Le indica con disimulo a los cortesanos presentes)
- Claudio. (Comprende y asiente) Pues haz tú mismo los honores e introdúcelos. (Sale Polonio) Ya lo has oído, amada Gertrudis; dice que ha descubierto el motivo y la fuente de la mudanza de tu hijo.
- Gertrudis. (Triste) La muerte de su padre y nuestra inmediata boda. Dudo que para él lo haya mayor.
- Claudio. (Reservado) Bueno. Ya lo descubriremos. (Vuelve Polonio con Voltimando y Cornelio, que se arrodillan. El rey les manda alzarse con un ademán) ¡Bien venidos, mis fieles amigos! Habla, Voltimando; ¿qué os dijo nuestro hermano el de Noruega?
- Voltimando. Os devuelve sus saludos, y buenos deseos. En cuanto le informamos, mandó suspender las levas de su sobrino, que él creía armadas contra el Polaco pero que, después de cerciorarse, comprobó ser cierto que contra vos iban. Irritado al ver cómo se abusaba de su ancianidad y sus achaques para engañarlo, mandó arrestar a Fortimbrás, quién recibió sumiso las recomendaciones del Noruego y prometió solemnemente a su tío nunca más intentar acción armada contra vuestra majestad. (Murmillos de alegría entre los cortesanos; el rey sonríe) Lleno de júbilo el anciano rey, le hizo entonces merced de tres mil coronas anuales y de licencia para llevar contra el Polaco sus levas de soldados. Para cuya empresa, en este pliegoos ruego que le concedáis paso franco por vuestros dominios, bajo las garantías que en él expresa. (Se lo entrega)
- Claudio. (Se lo pasa a Polonio) Nos complace, y en momento adecuado estudiaremos lo que más a este caso le convenga. Os damos gracias entre tanto por vuestra acertada gestión. Id a descansar; esta noche estáis convidados a nuestro banquete. Bien

venidos a vuestra casa! (Despide con un ademán a todos los cortesanos, que salen con Voltimando y Cornelio. La reina se levanta y se acerca, ansiosa, a Polonio; el rey la imita lentamente)

Polonio.

Un caso felizmente concluído. Pues bien, señor y señora míos: exponer ahora lo que es la majestad real, y los deberes del vasallo, y por qué el día es día, y la noche, noche, y el tiempo, no sería más que perder la noche, el día y el tiempo. Así que como la brevedad es el alma del ingenio y la prolijidad su vano adorno, seré breve. Vuestro noble hijo está loco. Esa es la palabra; pues si he de definir la verdadera locura, ¿qué es, sino estar uno loco de atar? Pero eso es lo de menos...

Gertrudis.

(Abrumada) Sin retóricas: al grano.

Polonio.

Señora, os juro que no uso retóricas. Que está loco, es cierto; cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto. ¡Ved qué simple figurai! Pero despidámonos de ella, que no quiero usar retórica. Convengamos en que está loco; ya sólo resta hallar la causa de este efecto, o mejor, la causa del este efecto, pues este efecto defectuoso nace de alguna causa; sólo resta lo restante. (Se pavonea) Atención. Yo tengo una hija; la tengo mientras esté conmigo; la cual, sumisa y obediente, fijáos: me ha dado esto. (Saca varios papeles, entre los que elige aprisa) No dejéis de atender y comprenderéis. (Lee) "Al ídolo de mi alma, la celestial y siempre recompuesta Ofelia..." Mala frase, ruín frase; "recompuesta" es ruín frase pero vamos a lo que sigue. Oid: (lee) "En su espléndido y blanco seno, estas..." ("Se interrumpe, turbado) Etcétera. (Lee en silencio. Los reyes se miran)

Gertrudis.

(Escandalizada) ¿Le ha escrito eso Hamlet?

Polonio.

(Embarazado, busca con disimulo entre los papeles) Un momento, señora; leeré fielmente. (Lee con énfasis, tratando de borrar el mal efecto del primer papel, otro que a su juicio confirma mejor su reciente hipótesis)

"Duda que los astros ardan,  
duda que camine el sol,  
duda de tu propia duda  
mas no dudes de mi amor.

Oh, querifa Ofelia, la rima me marea. Carezco de arte para medir mis suspiros, pero te amo en extremo. ¡Oh, hasta el último extremo, créeloi! (La reina frunce el ceño: esos \*extremos\* le dan que sospechar) Adiós. Tuyo siempre, mi querida señora, mientras mi obediente hija; y ya antes me había contado los galanteos del príncipe, con todas las circunstancias de tiempo, modo y lugar. (Con énfasis, porque no es cierto.) Todo me lo dijo.

Claudio.

(Caviloso.) Pero ella, ¿en qué forma correspondió a ese amor?

Polonio.

¿Quién pensáis que soy?

Claudio.

Un hombre leal y honrado.

Polonio.

Y os lo probaré. (Se justifica) Pues ¿qué habiéráis pensado de mí si, al ver cómo crecía el vuelo de su ardiente amor, p pues debo decir que ya lo vi yo antes de que me hablara mi hija de ello; ¿qué habiéráis pensado de mí vos, o vuestra majestad, mi amada reina aquí presente, si me hubiese reducido al papel de pupitre o de libro de apuntes, o hubiese dejado a mi corazón sordo, mudo y adormilado, o me hubiera distraído ante amor tal? ¿Qué habiéráis pensado? No: Yo fui derecho al caso y reñí a la damita. Le dijo: "Hamlet es un príncipe y su estrella no es la tuya; termina eso." (Con un suspiro de disculpa por el error cometido) Y le prohibí terminantemente que recibiera sus visitas, admitiera recados o aceptara

regalos. Ella ha sabido recoger el fruto de mi advertencia y lo ha cumplido, y él, rechazado, para abreviar la historia, cayó en la melancolía. luego en la inapetencia, luego en el insomnio, luego en la debilidad, más tarde en el tedio y después, por falta gradación, en el triste delirio que ahora le enloquece y que todos deploramos.

- Claudio. (Poco convecido) ¿Piensáis que es eso?
- Gertrudis. (Por aplacar sus remordimientos, desea creerlo) Sí, que pudiera ser...
- Polonio. ¿Ha ocurrido alguna vez -me gustaría saberlo- que yo haya dicho positivamente "esto es así" y luego no fuese así?
- Claudio. No, que recuerde.
- Polonio. (Golpea la vara de consejero y al brazo que la sostiene) Pues separad esto de esto, si esto no fuese así. Como las circunstancias me ayuden descubro la verdad más oculta, así esté en el centro de la tierra. (Entra Hamlet por el fondo y, al oír sus voces, escucha sin ser visto)
- Claudio. (Dudoso) ¿Y no habría algún modo de comprobarlo?
- Polonio. (Lo piensa y encuentra algo) Sabéis que él suele pasearse horas por esa galería...
- Gertrudis. Es cierto.
- Polonio. Pues cuando venga, le echaré a mi hija. (Al rey) Vos y yo nos ocultaremos tras los tapices y observaremos su encuentro. Si no la ama y no es esa la causa de que haya perdido la razón, relevadme de consejero del reino y mandadme al campo a guiar carretas.
- Claudio. Probaremos eso. (Hamlet se hace visible)
- Gertrudis. Allí se acerca el pobre, leyendo tristemente.
- Polonio. (Retiráos, retiráos los dos, os lo ruego, Quiero abordarle sin testigos. (Salen el rey y la reina. Llega Hamlet, leyendo) Con vuestra venia. ¿Cómo está vuestra alteza?
- Hamlet. Bien, a Dios gracias.
- Polonio. ¿Me conocéis, señor?
- Hamlet. Perfectamente. Sois un recadero.
- Polonio. ¿Yo? No, señor.
- Hamlet. Pues quisiera que fuéseis tan honrado.
- Polonio. ¿Honrado, señor?
- Hamlet. Sí, señor; ser honrado, según va el mundo, es como ser un hombre escogido entre diez mil.
- Polonio. Muy cierto, señor.
- Hamlet. Porque si el sol engendra, gusanos en un perro muerto y besa la corroña, siendo un dios... ¿Tenpeis una hija?
- Polonio. La tengo, señor.

- Hamlet. No la dejéis pasearse al sol; la concepción es una gracia, pero como vuestra hija podría concebir... mucho cuidado, amigo.
- Polonio. (Aparte) ¿Qué les parece? Siempre a vueltas con mi hija. (Hamlet lo mira con sorna) Y eso que al principio no me conocí: me llamó recadero. Está de remate. Claro que también yo he sufrido muchos rigores de amor en mi mocedad; casi igual que él. Le hablaré otra vez.. ¿Qué estáis leyendo, señor?
- Hamlet. Palabras, palabras, palabras.
- Polonio. ¿Y de qué tratan, señor?
- Hamlet. ¿Quiénes?
- Polonio. Quiero decir de qué trata lo que leéis, señor.
- Hamlet. Calumnias, señor: porque el maldito burlón dice aquí que los viejos tienen la barba gris y el rostro lleno de arrugas, que sus ojos destilan áspero ámbar y goma de ciruelo, y que sufren gran falta de seso y mucha flojera en las nalgas. Todo lo cual, señor, aunque yo lo creo plena y totalmente, no me parece honesto que se diga de ese modo: porque vos, señor, llegaríais a ser tan viejo como yo... si pudiéseris andar hacia atrás como el cangrejo.
- Polonio, (Aparte) Es locura, pero hay método en ella. ¿Venis adonde no os dé el aire, señor?
- Hamlet. A mi tumba.
- Polonio. Cierto que allí no os daría el aire. (Aparte) ¡Qué réplicas más agudas da a veces! Son aciertos que la locura tiene y que ni la razón ni la salud encuentran si las buscan. Le dejaré para urdir sin demora su encuentro con mi hija. Alteza muy humildemente me tomo la licencia de dejaros.
- Hamlet. Nada, podéis tomarme, señor, de lo que más a gusto me desprenda; salvo mi vida, salvo mi vida, salvo mi vida.
- Polonio. Quedad con Dios, señor. (Se aleja)
- Hamlet. (Para sí) ¡Viejos imbéciles y fastidiosos! (Vuelven Ricardo y Guillermo, y se cruzan con Polonio, que va a salir.)
- Polonio. (Oficioso, baja la voz) Si buscáis al príncipe Hamlet, allí está.
- Ricardo. ¡Dios os guarde, señori (Sale Polonio)
- Guillermo. (Se adelanta con Ricardo) ¡Mi respetado, señori
- Ricardo. ¡Mi muy amado señori
- Hamlet. (Con mucha alegría aparente) ¡Mis buenos y excelentes amigos! ¿Cómo te va, Guillermo? ¿Y a ti, Ricardo? ¿Qué tal lo pasáis, mis bravos muchachos?
- Ricardo. Como cualesquiera otros hijos de esta tierra.
- Guillermo. Felices de no ser demasiado felices. No nos tocó precisamente ser el penacho en el gorro de la Fortuna. (Siguen sus chanzas entre risas que Hamlet secunda)
- Hamlet. ¡Tampoco las suelas de sus zapatos!
- Ricardo. Tampoco, señor.
- Hamlet. ¿Moraréis hacia la cintura, que es el centro de sus favores?
- Guillermo. Eso: como sus amigos particulares.



- HAMLET: (Ríe) ¿En las partes secretas de la Fortuna? ¡Qué cierto es eso! No es más que una remera. ¿Qué hay de nuevo?
- RICARDO: Nada, señor, salvo que el mundo se vuelve honrado.
- HAMLET: Luego se acerca el Día del Juicio. Pero esa nueva no es cierta. Permitidme una pregunta más concreta: ¿qué le hicisteis a la Fortuna, amigos míos, para que os mande a esta prisión? (Se sienta en el trono que debió ser suyo.)
- GUILLERMO: ¿Prisión, señor?
- HAMLET: Dinamarca es una prisión,
- RICARDO: Entonces también lo es el mundo.
- HAMLET: Y muy grande; con muchas celdas, cuarteles y mazmorras. Dinamarca es una de las peores.
- RICARDO: No somos de esa opinión, señor.
- HAMLET: Pues entonces no lo es para vosotros, porque nada hay bueno ni malo si no lo hacemos así con el pensamiento. Para mí es una prisión-
- RICARDO: (Sin mirarlo) Tal vez lo piensa así vuestra ambición; la grandeza de vuestro ánimo no cabe en Dinamarca.
- HAMLET: ¡Dios mío! Se me podría encerrar en una cáscara de nuez y me sentiría rey del espacio infinito, (Oprime los brazos del trono con instintiva amargura) si no fuera por los malos sueños que padezco.
- GUILLERMO: (A quien no se le escapa el gesto.) Sueños de ambición sin duda, porque la sustancia misma del ambicioso no es más que la sombra de un sueño.
- HAMLET: Y el sueño no es más que una sombra.
- RICARDO: Cierto; y creo a la ambición de tan ligera y vana calidad, que no es más que la sombra de una sombra.
- HAMLET: (Los mira un instante; la insistencia en el tema de la ambición le hace desconfiar.) Entonces nuestros mendigos son los cuerpos y nuestros monarcas y héroes gigantescos, sombras de los mendigos. (Se levanta.) ¿Vamos a la corte? A fe que ya no estoy para razonar. (Da unos pasos. Ricardo y Guillermo se miran, perplejos.)
- RICARDO: Siempre a vuestras órdenes.
- HAMLET: (Se vuelve.) Nada de eso; no voy a confundiros con mis demás criados que, palabra de hombre honrado, me estorban a toda hora. (Sonriente, se acerca y baja la voz) Pero, entre buenos y viejos amigos: ¿qué os trae a Elsinor?
- RICARDO: Veros, señor. No hay otra causa.
- HAMLET: Tan mendigo soy, que hasta de gratitud soy pobre. Pero os doy las gracias; aunque os aseguro amigos míos, que mis gracias no valen ni un cuarto. (Insinuante.) ¿No os mandaron venir? ¿Vinisteis por voluntad propia? ¿Es una visita espontánea? Vamos, sed francos conmigo: ¡Vamos, vamos! ¡Hablad! (Ricardo se aparta unos pasos)
- GUILLERMO: (Cambia una mirada con Ricardo) ¿Qué hemos de deciros, señor?

- HAMLET: Pues lo que queráis, pero sin rodeos. Os han mandado venir; veo en vuestros ojos como una confesión que vuestra modestia no acierta a disfrazar. Yo sé que nuestro buen rey y nuestra reina os han mandado venir. (Se aleja.)
- RICARDO: (Turbado) ¿Con qué fin, señor?
- HAMLET: (Se vuelve) Eso es lo que me váis a decir. Dejadme que os pida por el derecho que me da nuestra comaradería, por la semejanza de nuestra edad, por las obligaciones de nuestro afecto nunca roto y por todo aquello que un más diestro abogado os encarecería mejor aún, que seáis llanos y sinceros conmigo. Decidme si os han mandado venir o no. (Pausa. Guillermo va a reunirse con Ricardo)
- RICARDO: ¿Qué dices tú? (Cuchichean.)
- HAMLET: (Aparte) Secretos no, que no os pierdo de vista. (Eleva la voz en afable súplica) Si me tenéis afecto, no os alejéis.
- GUILLERMO: (Sin mirarlo) Señor, nos mandaron venir.
- HAMLET: (Se acerca rápido.) Yo os diré por qué; y así, anticiándome yo, os evito el revelarlo y vuestro secreto con el rey y la reina no perderá ni una pluma. Desde hace poco y sin saber porqué, he perdido mi alegría y abandonado mis habituales ejercicios; y en verdad que ellos abruman tanto mi carácter, que esta admirable fábrica de la tierra me parece un árido promontorio; y este dosel espléndido de los aires, este gran firmamento que véis suspendido, ese majestuoso techo cuajado de ascuas de oro, no me parece sino una sucia y pestilente condensación de vapores. ¡Qué asombrosa máquina es el hombre! ¿Qué noble es su razón! ¡Qué inmenso en sus facultades! En su forma y movimientos, ¡qué expresivo y admirable! ¡Qué semejante a un ángel en sus actos! En su comprensión, ¡qué semejante a Dios! ¡Es la belleza del mundo! ¡Es modelo de los animales! Y sin embargo, ¿qué es para mí esa quintaesencia del polvo? (Ricardo sonríe) El hombre no me divierte, no; ni tampoco la mujer, aunque con tu sonrisa des a entender que sí.
- RICARDO: Señor, no pensaba eso.
- HAMLET: Pues ¿de qué te reías cuando dijo que "no me divierte el hombre"?
- RICARDO: De pensar, señor, que si el hombre no os divierte, mala comida de cuaresma recibirán de vos los cómicos... (Hamlet alza las cejas, sorprendido) vienen para ofreceros sus servicios.
- HAMLET: (Tras pensarlo un segundo, con extraña exaltación) El que haga de rey será bien venido; su majestad recibirá de mi el oportuno tributo. El caballero andante lucirá su espada y su broquel, el enamorado no suspirará en balde, el gracioso terminará en paz su papel, el payaso hará desternillarse a aquellos cuyos pulmones se disparan por cualquier minucia, y la dama nos dirá sin rebozo lo que siente, o sus pausas dejarán cojos los versos. ¿Qué cómicos son esos?
- RICARDO: Los que siempre os deleitaron tanto, los que representan las tragedias en la ciudad.
- HAMLET: Y ¿por qué reían? Mejor les fuera para su reputación y provecho establecerse en un solo lugar.
- RICARDO: Creo que el reciente reglamento les pone trabas para ello.
- HAMLET: ¿Gozán de tanta estima como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Siguen tan aplaudidos?

- RICARDO: No por cierto.
- HAMLET: ¿Cómo es eso? ¿Se han amanerado?
- RICARDO: No; trabajan al modo habitual. Pero ha crecido una nidada de chicuelos que gritan el verso como crías de halcón y se llevan todos los aplausos. Es la nueva manera, y tanto vociferan contra los teatros ordinarios, como ellos los llaman, que incluso mucha gente de espada al cinto ha tomado miedo a ciertas plumas de ganso y apenas se atreve a poner los pies en ellos.
- HAMLET: ¿Conque unos chicuelos? ¿Y quién los mantiene? ¿Quién los paga? ¿Seguirán en el oficio tan sólo mientras no les mude la voz? Y si llegan a ser cómicos corrientes, como es probable que les ocurra si no tienen otro medio de vida, ¿no dirán que los autores que ahora les escriben los han perjudicado haciéndoles declamar contra su propio futuro profesional?
- RICARDO: A fe que hubo, ya muchos disgustos entre ambos bandos, y el público no ve pecado en azuzarlos a la discordia; tiempo hubo en que nadie daba un cuarto por un argumento si el poeta y el cómico no reñían antes por la cuestión.
- HAMLET: ¿Es posible?
- GUILLERMO: ¡Oh, ya han salido muchos con las cabezas rotas!
- HAMLET: Y esos chicuelos, ¿llevan las de ganar?
- RICARDO: Si, señor, y hasta a Hércules con su Globo vencerían.
- HAMLET: Nada tiene de extraño; mi tío es rey de Dinamarca y los que le hacían muecas cuando vivía mi padre dan hoy veinte, cuarenta, cincuenta y hasta cien ducados por su retrato en miniatura. ¡Sangre de Dios! En eso hay algo más que natural, si la filosofía pudiera dar con ello. (Florero de trompetas. Guillermo va a lateral.)
- GUILLERMO: Ahí están los cómicos.
- HAMLET: Caballeros, sed bien venidos a Elsnor. Vengan esas manos. Las señales de una bienvenida son las maneras y ceremonias; cumpla yo con vosotros de este modo (Les estrecha las manos.)  
y así mi recibimiento a los cómicos, que será brillante según os dije, no ha de parecer más caluroso que el vuestro. Sed bien venidos. (Misterioso.) Pero mi tío padre y mi madre tía se engañan.
- GUILLERMO: ¿En qué, señor?
- HAMLET: Yo sólo estoy loco al norte-noroeste; cuando sopña el sur sé distinguir un pájaro de otro. (Los mira fijamente y ellos se inmutan. Vuelve Polonio)
- POLONIO : ¡Dios os guarde, caballeros!
- HAMLET: (Afecta no oír.) Escucha, Guillermo; y tú también. (Los toma de los hombros y ríe.) A cada oreja su oyente. (Baja la voz.) Ese nene grandote que véis ahí todavía está en mantillas.
- RICARDO: Tal vez haya vuelto a ellas, pues dicen que el viejo es dos veces niño.
- HAMLET: Os profetizo que viene a hablarme de los cómicos. Ahora veréis. (Alza la voz) Tóñes razón, amigo. Fue el lunes por la mañana; es cierto.

- POLONIO: (Carrasoea.) Señor, tengo nuevas para vos.
- HAMLET: (Va hacia él.) Señor, tengo nuevas para vos. Cuando Rocio era actor en Roma...
- POLONIO: Han llegado los actores, señor.
- HAMLET: ¡Bah, bah!
- POLONIO: Por mi honor que sí.
- HAMLET: (declama, burlón.)
- Cada actor hizo el camino  
cabalgando en su pollino.
- POLONIO: Son los mejores actores del mundo, sea en lo trágico, en lo cómico, lo pastoril, lo cómico-pastoril, lo pastoril-histórico, lo histórico trágico, lo trágico-cómico-histórico-pastoril, la escena única o el poema ilimitado. Ni Sénaca es para ellos demasiado profundo, ni Plauto demasiado ligero. Sea para recitar textos o para la improvisación libre, no los hay mejores.
- HAMLET: ¡Oh Jafte, Juez de Israel,  
que gran tesoro tenías!
- POLONIO: ¿Qué tesoro, señor?
- HAMLET: Pues... No más que una bella hija  
a quien de fveras querías.
- POLONIO: (Aparte, con el gesto triunfal de quien confirma su idea.)  
Otra vez mi hija.
- HAMLET: (Sonríe, agresivo.) ¿No tengo razón, viejo Jefte?
- POLONIO: (Meloso.) Si me llamáis Jefte, señor, si que tengo una hija a quien amo de veras.
- HAMLET: No: no sigue así.
- POLONIO: ¿Pues cómo sigue, señor?
- HAMLET: (Lo mira fijamente.) Pues así:
- La suerte que ella tendría  
sólo Dios la conocía.  
Y luego, ya sabéis: (Con brutal intención.)  
Todo vino a suceder  
como era de temer.

(Polonio retrocede turbado,)

Esta primera parte de la piadosa canción os dirá lo demás; ahora vienen a divertirme. (Entran cuatro o cinco actores. Hamlet los recibe con efusión.) Os doy la bienvenida, maestros; bien venidos todos. (Al primer actor.) Me alegro de hallarte bien. Bien venidos, mis buenos amigos. ¡Ah, mi viejo amigo! ¡Le han salido flecos a tu cara desde que no te veí! ¿Vienes a Dinamarca a presumir de barbas? (Al primer galán, que es un mocito imberbe) ¡Pues y vos, mi dueña y señora! ¡Por la Virgen Santa, que ya ha ganado vuestra grandeza hacia el cielo la altura de un chapín desde que os vi! Rogad a Dios que vuestra voz no se os quiebre como una pieza de oro bajo rajada hasta el centro. ¡Maestros, a todos mi bienvenidas! Y como los halconeros franceses, que vuelan tras lo primero que sale, ¡manos a la obra! ¡Vengan en seguida un parlamento! Ea, dadnos una prueba de vuestro oficio. Vamos, un trozo apasionado.

PRIMER ACTOR: ¿Qué trozo, alteza?

HAMLET: Cierta vez te oí una larga relación que nunca se ha representado; o si lo fué, sólo una vez sería, pues ahora recuerdo que la obra no agradó a la multitud. Era caviar para el patio. Pero en mi opinión y en la de otros cuyo juicio en tales materias ponía yo sobre mi cabeza, era una obra excelente, de escenas bien resueltas y trazada con tanta modestia como acierto. Alguien dijo, lo recuerdo, que no había en sus versos sal y pimienta para dar sabor al argumento, ni en la frase nada que tildase a su autor de afectado, sino que se atenía a honesto método tan vigoroso como limpio; aunque, a decir verdad, más brillante que delicado. Tenía un parlamento que yo preferí a todos: el relato de Eneas a Dido, y en particular aquel paso donde cuenta la muerte de Priamo. Si vive en tu memoria recordarás que comienza con aquel verso... Déjame pensar.

Pirro, feroz como la fiera hircana...

No es así. "Empieza con "Pirro"... (Y comienza al fin, por el puro deleite de quien se sabe buen recitador.)

"Pirro feroz, tendido entre sus armas  
Color de sable igual que su alma negra,  
A la cerrada noche semejaba  
Oculto en las entrañas del caballo.  
Mas ya de gules, hasta los pies roja  
Muéstrase luego su figura horrenda;  
Fatidico blasón tñéd- en sangre  
De ancianos, madres, vírgenes y niños,  
Seca sobre sus armas el incendio  
Que destruye las calles abrasadas  
Y a cuya luz terrible, sol de llamas,  
El guerrero consume la matanza.  
(Na fuerza del parlamento le gana; ahor recuerda a su tío.)  
También su alma es hoguera; fuego de ira  
acosa a sus entrañas mientras hiere  
y busca venamente con su brazo  
la vieja sangre que verter ansía,  
Y al fin, con las pupilas encendidas  
De infernal odio, corre cual centella  
De dolor en dolor, rojo de sangre  
Y encuentra al viejo Priamo."

(Se detiene, turbado.)

Sigue tú ahora.

POLONIO: Por Dñs, señor, bien declamado. Con buen acento y mucha discreción.

PRIMER ACTOR: Son ya los golpes que los griegos sufren  
De la agónica espada del anciano.  
Al flojo brazo el arma no responde  
Y allí donde se hunde, inerte queda.  
El sanguinario Pirro contra él cierra  
Y a desigual contienda lo somete.  
De rabia, ciego, yerra el primer golpe  
Mas con él basta; que el cansado viejo  
Al sólo viento de la fuerte espada  
En tierra de, Mas Troya la humeante  
Cual si aquel ademán la conmoviese,  
Sus murallas y torres almenadas  
Entre llamas y estrépito desploma  
Con tal fragor, que el ánimo de Pirro  
Suspende, y a la espada que volvía  
Contra las canas que en el suelo yacen  
En los aires detiene levantada.  
Así, cual la pintura de un tirano,  
Pirro aquietóse, ausente de su intento,  
Semejante a la calma poderosa,  
A la quietud de las oscuras nubes,  
Al callar de los raudos aquilones.

Y al silencio mortal en que la tierra  
 Se sume antes que estalle la tormenta.  
 Mas luego, cual el trueno que la anuncia  
 Y rasga con su estruendo el alto aire  
 Despierta en él la furia vengadora  
 Un instante dormida, y al combate  
 Sus apetitos sanguinarios vuelven  
 Nunca en las armas del invicto Marte  
 Que en eterna dureza se fornarán  
 Los martillos del ciclope cayeron  
 Con más crueldad que vuelve a dar en Priamo  
 La ensangrentada espada del guerrero.  
 ¡Apártate, Fortuna, oh gran ramera!  
 Y vosotros, los dioses del Empíreo,  
 Arrebatad al criminal su fuerza,  
 Romped cubos y rayos de sus ruedas  
 Y el eje en que su carro se sostiene  
 Desde el Olimpo hundid, y cespeñadlo  
 En la cima infernal, con los demonios."

POLONIO: Demasiado largo.

HAMLET: Lo mandaremos al barbero, con vuestras barbas. Sigue, te lo ruego; éste, si no le dan cuentos de payasos o chascarri-  
 llos de burdel, se duerme. Sigue; vamos a lo de Hécuba.

PRIMER ACTOR:  
 "Ay de quien vió cruzar a pie desnudo  
 a la reina desarrapada..."

HAMLET: ¿"Reina desarrapada"?

POLONIO: (Conciliador, a Hamlet.) Eso es bueno. "Reina desarrapada"  
 es bueno. (hamlet lo mira con desprecio.)

PRIMER ACTOR:  
 C ..."Vertiendo ciego llanto sobre el fuego;  
 Cubiertos con un lienzo los cabellos,  
 Que otrora la diadema soportaran,  
 Y sus flancos maternos, ya cansados,  
 Con una pobre manta, arrebatada  
 entre el tumulto de la aciaga noche;  
 Quien tal viera, con lengua de ponzoña  
 Y compasión tornada en rebeldía  
 Execrara a los hados implacables  
 Y al funesto poder de la Fortuna.  
 Los mismos dioses, si gritar la oyeran  
 Cuando a Pirro llegó, que ferozmente  
 Gozaba como hediondo carnicero  
 En destrozar con la temible espada  
 Los venerados miembros de su esposo;  
 Si el trueno de alaridos y sollozos  
 Y sus horrendos ayes les llegaron  
 E insensibles no son a nuestras penas  
 Turbados se verían en el alto  
 Por impiedad tan dura y dolor tanto  
 Que arrancaría lágrimas divinas  
 A los ardientes ojos de los cielos."

POLONIO: (Por el actor.) Ved. Se le ha mudado el color y se le saltan  
 las lágrimas. No más, por piedad.

HAMLET: Bien está. Ya me recitarás luego lo demás. (A Polonio.)  
 Amigo mío, cuidaréis de que los cómicos queden bien alojados.  
 ¿Me oís? Atendedlos bien, porque son el compendio y la crónica  
 breve de los tiempos; más os valiera un mal epitafio después  
 de muerto que tener entre ellos mala reputación mientras viváis.

POLONIO: Los trataré conforme se merecen, señor.

HAMLET: ¡Cuerpo de Dios! Mucho mejor, hombre. Tratad a cada cual según se merece y ¿quién escapará de ser azotado? Tratadlos según vuestro honor y dignidad; cuanto menos merezcan mayor mérito habrá en vuestra bondad. Llevadlos.

POLONIO: Vamos, señores.

HAMLET:

Agüídle, amigos. Mañana tendremos comedia. (Sale Polonio con todos los cómicos, menos el primero, a quién Hamlet retiene y aleja de Ricardo y Guillermo.) Oyeme tú, viejo amigo. (Baja la voz.) ¿Podrías representar "La muerte de Gonzago"?

PRIMER ACTOR: Sí, alteza.

HAMLET: Pues la haréis mañana a la noche. ¿Podrías si fuera menester aprenderte un parlamento de unos doce o dieciséis versos que yo escribiré para insertarlo? ¿Eh?

PRIMER ACTOR: Sí, alteza.

HAMLET: Muy bien. Sigue a aquel señor y cuidado con reírte de él. (Sale el primer actor. Frío, a Ricardo y Guillermo.) Queridos amigos, hasta la noche. Bien venidos a Elsinor. (Ellos pretenden acercarse.)

RICARDO: ¡Mi noble señori...

HAMLET: ¡Bien está! ¡Id con Dios! (Descondertados, salen Ricardo y Guillermo.) Ya estoy solo. ¡Ah, qué miserable, qué abyecto esclavo soy! ¿No es monstruoso que ese cómico, con sólo su ficción, suega que se apasiona y fuerce a que su alma obedezca a su idea hasta lograr que el rostro palidezca, lloren sus ojos, la expresión le cambie, se le quiebre la voz y sus acciones todas tomen la forma de su intento? Y todo ello, por nada. ¡Por Hércuba! ¿Y qué es Hércuba para él, lo él para Hércuba, que ha de llorar por su dolor? ¿Qué haría si tuviese motivos de pasión como los míos? ¡Inundaría el teatro con su llanto, desgarraría los oídos del público con sus horribles lamentos; enloquecería al culpable, asustaría al inocente, al ignorante lo confundiría y sin duda fascinaría la atención de todos los ojos y oídos. Y yo, en cambio, miserable, blando como el barro embotado, sueño en las musarañas e indiferente a mi propia causa nada resuelvo; no, ni aun por vengar a un rey sobre cuyo cetro y vida preciosísima se cebó la más atroz maldad. ¿Soy yo un cobarde? Pero ¿quién osaría llamarme villano? ¿Quién, golpearme en el rostro? ¿Quién me arrancaría a mí las barbas para soplármelas a la cara, o me agarraría la nariz para hacerme tragar el aliento hasta los pulmones? ¿Quién osaría?... Por Dios que habré de soportarlo, pues debo tener entrañas de paloma sin hiel para no haber dado hace tiempo amargo castigo al miserable y cebado a todos los milanos del cielo con los despojos de ese vil esclavo. ¡Sanguinario, lascivo villano! ¡Criminal, traidor, crapuloso, incestuoso villano! Ay, venganza!.. ¡Pero soy un asno! ¡Brava cosa es que el hijo a cuyo padre querido han asesinado y a quien cielo e infierno incitan a vengarse, desahogue su corazón de mujerzuela charlando y gruñendo como una ramera o un eunuco de burdel! ¡Qué asco! ¡Puaj! ¡Despierta, pensamiento! ¡Hum!... He oído yo contar de criminales que, viviendo uno comedia, tan hondamente sobre-cogidos se han sentido por la ilusión de la escena, que confesaron ante los presentes sus fechorías; pues el crimen, aunque no tiene lengua, puede hablar por medios maravillosos. Yo haré que estos cómicos representen ante mi tío una escena que recuerde el asesinato de mi padre. Observaré sus gestos, le sondearé hasta el fondo y, si se altera, ya sé lo que he de hacer. Es espíritu que he visto podría ser diabólico;

pues poder tiene el diablo para asumir formas queridas. Si: y tal vez valiéndose de mi flaqueza y mi melancolía, por el gran poder que sobre, esos trastornos posee, abusase de mí para perderme. Debo adquirir pruebas más ciertas. Y la comedia será la trampa donde cogeré la conciencia del rey.

(Oscuro lento. En un aposento del castillo, Polonio y Ofelia aguardan. Entran el rey y la reina con Ricardo y Guillermo.)

- CLAUDIO: ¿Y no podrías con algún ardid arrancarle el motivo de ese trastorno que tan cruelmente altera el reposo en sus días con turbulenta y peligrosa locura?
- RICARDO: El mismo confiesa que su razón se turba, pero de la causa no quiere hablar.
- GUILLERMO: No le encontramos nada dispuesto a dejarse sondear; lo elude con cualquier hábil disparate en cuanto intentamos llevarle a que confiese la causa de su estado.
- GERTRUDIS: ¿Y os recibió bien?
- RICARDO: Como un cumplido caballero.
- GUILLERMO: Pero se advertía que su buena disposición era muy forzada.
- RICARDO: Fue avaro en preguntar, pero muy complaciente en responder!
- GERTRUDIS: ¿Le propusisteis alguna diversión?
- RICARDO: El azar dispuso, señora, que encontrásemos a unos cómicos cuando aquí veníamos; se lo dijimos y mostró gran contento. Están ya en la corte y, según creo, tienen ya orden de representarle una comedia esta noche.
- POLONIO: Así es. Y me ha pedido que ruegue a Vuestras majestades se dignen asistir al espectáculo.
- CLAUDIO: De todo corazón.= Mucho me huelgo de verlo tan dispuesto a distraerse. Seguid con él, mis nobles caballeros, y apaudid su inclinación a esos deleites.
- RICARDO: Así lo haremos, señor. (Guillermo y él se inclinan y salen).
- CLAUDIO: Amada Gertrudis, vos también habréis de retiraros, pues hemos dispuesto secretamente que Hamlet venga a encontrarse aquí con Ofelia, como por azar. Su padre y yo, en legítima espía, nos ocultaremos donde podamos ver sin ser vistos para juzgar libremente del encuentro y conocer por el comportamiento de Hamlet si sus penas se deben o no a un sentimiento amoroso.
- GERTRUDIS: (Se inclina) Obedezco, señor. Y en cuanto a ti, Ofelia, mucho me holgaría de que tu belleza fuese el feliz origen del trastorno de Hamlet; (Con leve frialdad.) así podría esperar que tus virtudes le volviesen a su primer estado en bien de su honor y del tuyo.
- OFELIA: Eso deseo, señora. (La reina sale.)
- POLONIO: Ofelia, pasea. Ocultémonos si os place, señor. (A Ofelia) Haz que leas en este libro; así darás pretexto a tu soledad. (Al rey.) Cosa es esta que podemos reprocharnos a menudo; con devoto semblante y aire piadoso al mismo diablo engañamos, (Corre a un lateral para espiar.)
- CLAUDIO: (Aparte) ¡Ay, qué cierto es eso! ¡Qué cruel azote le dan a mi conciencia esas palabras! No es más repugnante bajo la seducción de su pintura el rostro de la ramera que mi acción bajo mis mentirosas bondades. ¡Pesada es mi carga!



POLONIO: Le oigo llegar, señor, Escondámonos.

(El rey y Polonio se ocultan tras un tapiz. Ofelia pasea al fondo, fingiendo leer. Hamlet entra y, sin verla, se sienta, cansado y sombrío. Ofelia se detiene al oír sus palabras y sigue, turbada, el soliloquio.)

Hamlet: Ser, o no ser: tal es la cuestión. ¿Cuál es más noble acción del ánimo: sufrir los tiros y dardos de la cruel Fortuna, o empuñar las armas contra el océano de los males y darles cara y acabar con ellos? Morir: dormir, no más. Y pensar que con un sueño damos fin a la pena y a los mil naturales reveses que forman el patrimonio de la carne... Es un final deseable y tentador. (Saca lentamente su puñal. Ofelia da un paso hacia él asustada.) Morir. Dormir... Dormir... (Separa bruscamente el puñal y se levanta.) Tal vez soñar; Si, ahí está el obstáculo: pues considera que sueños nos podrán invadir al abandonar este cuerpo parecedero y dormirnos en la muerte, es bastante para detenernos. He aquí el temor que da larga vida a nuestras cañamidades; pues sin él, ¿quién soportaría los ultrajes y achaques de la edad, la violencia del tirano, el insulto del soberbio, la justicia, la insolencia del funcionario y el desdén que el paciente mérito sufre deo hombre indigno, cuando podríamos alcanzar nuestra propia calma con sólo un puñal? ¿Quién querría llevar tan duras cargas, gimiendo y sudando bajo el peso de una vida sin respiro, si no fuera por el temor de lo que tal vez nos aguarda tras la muerte, esa región ignorada de cuya frontera ningún viajero vuelve, que quiebra nuestra decisión y nos hace preferir los males que nos acosan antes que buscar otros que ignoramos? (Se vuelve despacio y empieza a pasearse mientras habla. Ofelia disimula y continúa su paseo.) Así nuestra conciencia nos vuelve cobardes; a así desmayara la fuerza de nuestro ícical valor bajo los pálidos avisos de la prudencia; y las empresas de más aliento y más alcance, con sólo esta reflexión, mudan su curso y quedan en vanos propósitos sin acción. (Melancólico, envaina el puñal. Advierte a Ofelia. A su rostro asoma una expresión irónica.) ¡Pero callemosi ¡La hermosa Ofeliai... (Se acerca.0 Ninfa, acuérdate de mis pecados en tus oraciones.

OFELIA: (En voz alta.) ¿Cómo os encontráis, alteza, después de tantos días?

HAMLET: Bien... Bien... Bien... Mis más rendidas gracias. (Recuerda la trampa que querían tenderle, intrigado por el tono falsamente natural de ella, y mira a todos lados con disimulo. Pasea, y se va acercando al tapiz, junto al que se detiene. Ofelia da unos pasos rápidos tras él.)

OFELIA: (Por distraerle.) Señor, tengo de vos ciertos. Os ruego que los toméis ahora.

HAMLET: No. (Observa el tapiz y la mira con ira. Va hacia ella.) Yo, no. Nunca os di nada.

OFELIA: (Baja la voz.) Mi amado señor, sabéis muy bien que es cierto; y los acompañasteis con palabras formadas de tan suave aliento, que los hacían mucho más valiosos. Perdido aquel aroma, tomadlos; que para un alma noble los más ricos dones se tornan mezquinos cuando se enfría el afecto de quien los dió. Aquí están, señor. (Se desprende de algunas joyas y se las tiende.)

HAMLET: (Rie, sin tomarlas.) ¿Sois honesta?

OFELIA: ¡Señori

HAMLET: ¿Soys hermosa?

- OFELIA: ¿Qué quéréis decir, alteza?
- HAMLET: (La mira fijamente) Que si sois honesta y hermosa, vuestra honestidad no debe admitir trato alguno con vuestra belleza.
- OFELIA: (Muy turbada, porque los oyen, eleva la voz.) ¿Podría, señor tener la belleza mejor comercio que con la honestidad?
- HAMLET: (Colérico.) Ciertamente que sí; pues el poder de la belleza hará de la honestidad haga de la belleza su semejante. (Recuerda a su madre) Antes se tenía esto por una paradoja, pero en nuestro tiempo es cosa probada. (Burlón, mira de arriba abajo el bello cuerpo que tal vez fue suyo.) Si que os quisiera en otro tiempo.
- OFELIA: (Baja los ojos, quizá arrepentida de pasadas generosidades, y se lamenta.) En verdad, señor que me lo hicisteis creer.
- HAMLET: (Brutal.) Pues no me debísteis creer; porque la virtud no puede impregnar tanto nuestro viejo tronco como para que nada quede de anteriores resabios... (Ríe.) Yo no os quise.
- OFELIA: (Muy bajo gime.) Aún más burlada estoy.
- HAMLET: Vete a un burdel. (Ella lo mira, sobresaltada.) ¿Porqué quieres dedicarte a la crianza de pedadores? Yo soy bastante recto y, sin embargo, podría acusarme de tales cosas que más le valdría a mi madre no haberme traído. Soy muy soberbio, rencoroso, ambicioso; con más maldades en mi cabeza que pensamientos para saberlas, fantasía para darles forma o tiempo para ejecutarlas. ¿Por qué han de arrastrarse gentes como yo entre el cielo y la tierra? Todos somos unos perfectos bribones;
- (Con intención.) no te fíes de ninguno de nosotros. Vete de recha a un burdel. (Se aleja, rápido. Ella está temblando. El se vuelve y la mira con sorna.) ¿Dónde está tu padre?
- OFELIA: (Frenando la mirada, que se le va al tapiz, miente sin convicción.) En casa, señor.
- HAMLET: (Ríe y eleva la voz.) Que le cierren las puertas, para que no pueda hacer el payaso más que en su casa. Adiós. (Se aleja.)
- OFELIA: (En voz alta.) ¡Oh cielos piadosos, ayudadle!
- HAMLET: (Herado por ese fingimiento se vuelve rápido, la mira y va a su lado.) Si te casas, te daré por dote este castigo: Aunque seas casta como el hielo, pura como la nieve, no escaparás en la calumnia. Vete a un burdel, vete. Adiós. (Da unos pasos. Se vuelve y la aferra de un brazo.) Y si te enoelas en casarte, cástate con un tonto; porque los hombres discretos saben de sobra qué monstruo hacéis de ellos. (La suelta, brusco.) Hala, al burdel, y aprisa. Adiós. (Se aleja.)
- OFELIA: ¡Oh poderes celestes, volvedle a su ser! (Ahora lo ha dicho en voz queda, por fingir mejor o acaso porque preferiría creerle loco. El acude de nuevo.)
- HAMLET: También he oído decir que te pintas. Dios os da una cara y vosotras os ponéis otra diferente. Con vuestros saltitos, vuestros contoneos, vuestros ceceos, no hay criatura de Dios de quien no murmuréis; hacéis pasar por candidez vuestra malicia. Vete, vete. Yo ya estoy harto y vuelvo a mis cabales. (Deniega contra las posibles esperanzas de ella.) Ya no habrá más casamientos; yo te lo digo. (Mira de reojo al tapiz.) Los que ya están casados, salvo uno, vivirán; los demás se quedarán como están. (Cruza ante el tapiz para salir y se detiene un momento. Se vuelve.) Vete a un burdel, vete. (Sale.)
- OFELIA: (Destrozada, disimulando su turbación mientras mira al tapiz.) ¡Oh, qué noble pensamiento trastornado! ¡Del cortesano, del soldado, del estudioso, tenía la agudeza, la espada, la lengua!

La esperanza y la flor de esta hermosa nación, el espejo de la gentileza, el modelo de las buenas formas, aquel a quien todos miraban e imitaban, ¡perdido, destruído! Y yo, la más desolada e infeliz de las mujeres, que libé un día la miel de sus promesas melodiosas, tener que ver ahora a quel noble y soberano entendimiento desacordado como el son de una armoniosa campana que se quiebra; y aquella apostura inigualable, y la florida juventud de su semblante, descompuestas por el delirio. (Baja la voz) ¡Triste de mí! ¡Haber visto lo que vi y ver ahora lo que veo! (Entretanto, el rey y Polonio reaparecen.)

CLAUDIO: (Sombró.) ¡Amor!... No van por ahí sus sentimientos; ni en lo que ha dicho, aunque algo desordenado, hay nada que parezca locura. Algo lleva en su ánimo que su tenaz melancolia incuba y sospecho que, cuando rompa el cascarón, nos traerá grave daño. (Se reanima.) Pues para prevenirlo, ahora mismo determino y resuelvo: el ha de salir sin demora para Inglaterra a reclamar los tributos atrasados. (Polonio lo mira, desconcertado. El rey trata de justificar su dura determinación con palabras más suaves.) Tal vez los distintos mares y países, con la diversidad de sus cosas, expulsen de su corazón ese tenaz misterio que alberga y contra el que su razón choca sin cesar hasta llevarle al frenesí. ¿No os parece?

POLONIO: (Que no lo aprueba.) Es buena idea; pero yo creo sin embargo que el origen y principio de su tristeza proviene de un amor desairado. (A su hija que, llorosa, se fué acercando.) ¡Hola, Ofelia! No es menester que cuentes lo que el príncipe Hamlet te ha dicho: lo hemos oído todo. (La despide con un ademán sin advertir su pena y ella sale, angustiada.) Señor obrad como gustéis; pero, si lo creéis acertado, convendría que después de la comedia su madre la reina le hable a solas con franqueza y le inste a descubrir sus penas. Y si os parece bien (Sonríe) yo me escondaré cerca y escucharé toda la plática. Y si no revela la causa de su mal, mandadle a Inglaterra o recluidle donde juzgue vuestra prudencia.

CLAUDIO: (Duro.) Así se hará. (Afable, disimula.) La locura en los grandes no debe descuidarse.

(Música. La decoración se transforma: en una sala del castillo se han dispuesto asientos para ver la comedia. Entra Hamlet con el primer actor.)

HAMLET: Ei el parlamento como yo lo he declámado, te lo ruego. Con lengua clara y suelta; pues si lo vociferas como tantos actores lo hacéis, más valdría dar mis versos a que los voceara el pregonero. Tampoco vayas a aserrar el aire así, con la mano; muévete con gentileza, que en el mismo torrente y tempestaddy hasta, si vale decirlo, torbellino de tu pasión, has de lograr y conservar aquella medida que da elegancia al representar. ¡Ah! Se me parte el alma cuando veo a un patán empelucado destrozando una pasión hasta hecerla añicos con tal de romper los oídos a los "mosqueteros" del patio, que sólo gustan de gesticulaciones y ruido. Ya les mandaría yo azotar a esos energúmenos que se empeñan en dar mas voces que Termagante. Eso es como ser más Herodes que el propio Herodes. Te lo ruego, evitalo.

PRIMER ACTOR: Descuide su alteza.

HAMLET: Tampoco seas demasiado blando; deja que tu propia discreción te guíe. Que la acción corresponda a la palabra, y la palabra a la acción, siguiendo sobre todo esta regla; que no te salgas de la sencillez de la naturaleza, pues todo lo desafortado se aparta del fin propio del teatro, que fue desde su origen y sigue sendo el presentar un espejo, por decirlo así, de la naturaleza, mostrarle a la virtud su fiel retrato, al vicio su verdadero aspecto y a cada generación y a cada siglo su forma

y su fisonomía. Y si todo ello se exagera o se suaviza, podrá hacer reír a los ignorantes mas no dejará de enfadar a los discretos, cuya censura debe pesar más en vosotros aunque sea de los otros. ¡Ah! Cómicos he visto representar, a quienes oí alabar con entusiasmo, por no decir con torpeza, cuyo acento y ademanes ni eran de cristianos, ni de paganos, ni de humanos siquiera; y se pavoneaban y bramaban de tal modo que llegué a pensar si algún aprendiz del obrador de la naturaleza no se habría metido a fabricar hombres y le salieron aquellos engendros que tan abominablemente imitaban a la humanidad.

PRIMER ACTOR: Señor, espero que en nuestra Compañía algo se habrá corregido. (Entran Polonio, Ricardo y Guillermo.)

HAMLET: Pues corregidlo del todo. Y cuidado también que los que hacen de graciosos añadan nada a lo escrito; que los hay que, para que rian unos pocos asistentes de palo, se ponen a dar risotadas cuando se está tratando un paso importante de la obra que pide atención. Eso es una bellaquería y revela en él imbécil que lo hace una deplorable vanidad. Id a preparáos. (Sale el primer actor.) ¿Qué tal, señor mío? ¿Querrá oír el rey la obra maestra?

POLONIO: Y también la reina; y sin tardanza.

HAMLET: Id a meterles prisa a los cómicos. (Sale Polonio, Ricardo y Guillermo se acercan, pero él los detiene con un risueño ademán.) ¿Querriais también vosotros recomendarles que no tarden?

GUILLERMO: Al momento, señor, (Ricardo y él salen chasqueados. Hamlet se les queda mirando con frialdad. Entra Horacio.)

HAMLET: ¿quién va?... (Se vuelve y se le ilumina la cara.) ¡Horacio!

HORACIO: Mi buen señor, heme aquí a vuestro servicio.

HAMLET: Horacio, tú eres el mejor hombre de cuantos hasta hoy traté.

HORACIO: ¡Mi amado señor!

HAMLET: No, no creas que te quiero adular; pues ¿qué beneficios podría esperar yo de ti, que tienes para alimentarte y vestirte otras rentas que tus buenas prendas? ¿Por qué adular al pobre? No: que la melosa lengua lama la pompa imbécil, y la servil rodilla doble el gozne cuando lisonjas traen ganancias. ¿Me entiendes? Desde que mi alma fue capaz de elegir y aprenció a distinguir entre los hombres, a ti te puso el sello de su preferencia; porque siempre, desdichado o feliz, has recibido con igual semblante los favores y los reveses de la Fortuna. ¡Dichosos quienes equilibran a tal punto el corazón y el juicio, que nunca son entre los dedos de la Fortuna como flauta que suena por donde a ella le plazca; Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones y lo pondré en el centro de mi corazón. Si: en el corazón de mi corazón, como hago contigo. Pero dejemos eso. (Confidencial.) Esta noche se representz una comedia ante el rey; una de sus escenas recuerda en cierto modo las circunstancias de la muerte de mi padre tal como ya te las conté. Cuando llegue ese momento, te ruego que con toda la atención de tu espíritu observes a mi tío. Si no se descubre su oculto crimen cuando oiga ciertos versos, infernal fue el fantasma que vimos y mis ideas todas más negras que la fragua de Vulcano. No lo pierdas de vista; que yo vlvareé la mía en su rostro y luego hablaremos entre nosotros para juzgar lo que su aspecto nos revele.

HORACIO: Bien, señor. Si le roba a mis ojos el menor gesto durante la comedia, pagaré por el robo. (Ruido de gente que se acerca)

- HAMLET: Ya vienen a verla. Yo, a hacerme el loco. Ve tú a buscar sitio. (Marcha danesa. Floreo de trompetas, Entran el rey la reina, Polonio, Ofelia, Ricardo, Guillermo y otras damas y vasallos. Hamlet pasea fingéndose abstraído y habla en voz baja con leves ademanes de de-ente. El rey se detiene al verlo.)
- CLAUDIO: ¿Qué tal lo pasa mi sobrino Hamlet?
- HAMLET: Admirablemente, por cierto. Como el camaleón: engordo con un aire repleto de promesas. No podríais cebar así a vuestros capones.
- CLAUDIO: (Frío.) No es esa respuesta para mí, Hamlet. Esas palabras no van conmigo.
- FHAMLET: No. Ni conmigo ya. (El rey va a sentarse con la reina. La corte lo imita. Polonio se sitúa a su lado. Hamlet lo interpela.) Señor, vos representásteis una vez en la Universidad, ¿no es cierto?
- POLONIO: Pues sí, alteza; y aún pasé por buen actor.
- HAMLET: ¿Y qué papel hacíais?
- POLONIO: El de Julio César. Me mataban en la cumbre del Capitolio; Bruto me mataba.
- HAMLET: Sí que sería bruto para matar allí a carnereo tan encumbrado. (Todos se miran, perplejos por el exabrupto. A Ricardo, que fue a ver y se adelanta.) ¿Están listos los cómicos?
- RICARDO: Sí, alteza. Sólo aguardan vuestra venia. (Con un ademán, Hamlet la concede. Ricardo sale para advertirlo y luego vuelve para tomar sitio)
- GERTRUDIS: Ven conmigo, querido Hamlet; siéntate a mi lado.
- HAMLET: No, madre querida; aquí hay metal que me atrae más. (Por Ofelia, que se sentó en el primer término.)
- POLONIO: (Al rey.) ¡Oh, oh! ¿Habéis notado eso?
- HAMLET: (A Ofelia.) Señora, ¿Puedo yacer en vuestro regazo?
- OFELIA: ¡No, alteza! (Hamlet se sienta a los pies de Ofelia.)
- HAMLET: Me refiero a poner la cabeza en vuestro regazo
- OFELIA: Sí, alteza... (Y mira recatadamente a la corte, que los mira.)
- HAMLET: (Lo hace.) ¿Pensásteis que os proponía indecencias?
- OFELIA: (Sonríe.) Nada pienso, alteza.
- HAMLET: Buen pensamiento para yacer entre las piernas de una doncella.
- OFELIA: (Ladina) ¿Cuál alteza?
- HAMLET: No pensar nada.
- OFELIA: Alegre estáis, alteza.
- HAMLET: Quien ¿yo?
- OFELIA: Sí, alteza. (Los reyes, muy amartelados hablan entre sí.)

HAMLET: ¡Dios mío, es que quiero ser vuestro bufón! ¿Qué ha de hacer uno más que estar alegre? Ved lo contenta que está mi madre, y mi padre hace dos horas que murió.

OFELIA: No, alteza. Más de dos meses.

HAMLET: ¿Tanto? Pues que lleve luto el diablo, que yo vestiré de negro. ¡Oh, cielos! ¿Murió hace dos meses y apun no le han olvidado? Así bien puede esperarse que la memoria de un gran hombre le sobreviva medio año. Pero ¡por la Virgen Santa! que habrá de levantar iglesias; si no, lo recordarán tanto como a los caballitos de palo de la feria, que tienen por epitafio:

"Pobrecito, pobrecito.  
Nadie habla ya del caballito."

(Suenan oboes. Los cómicos empiezan la pantomima. Entran un rey y una reina muy amartelados; la reina le abraza a él y él a ella. Ella se arrodilla y le dedica mudas protestas de rendimiento. El la levanta y reclina la cabeza en su pecho; luego se recuesta sobre un lecho florido. Ella, al verle dormido, se retira. Entra entonces otro personaje le quita al rey la corona, la besa, vierte veneno en el oído del rey y sale. Vuelve la reina; encuentra muerto al rey y gesticula con patéticos ademanes. El envenenador, con dos o tres personajes mudos, vuelve a entrar y finge lamentarse con ella. Trasladan fuera al muerto. El envenenador galantea a la reina y le ofrece dádivas; ella resiste un poco y lo rechaza, pero al fin acepta su amor. Salen. Los reyes apenas atendieron; conversaban tiernamente, dándose alguna vez las manos y sólo han dedicado a la pantomima distraídas miradas. Hamlet no los perdió de vista. La corte murmura, intranquila.)

OFELIA: (Siempre dispuesta a platicar con Hamlet.) ¡Dios mío! ¿Qué significa esto, alteza?

HAMLET: ¡Virgen Santa! Esto es fechoria que enseña cuando oculta y significa malicia.

OFELIA: Tal vez esa pantomima encierre el argumento de la obra. (Entra el Prólogo y se inclina ante los reyes, que atienden.)

HAMLET: Ese truhán nos lo dirá; los cómicos no pueden callar secretos. Todo lo cuentan.

OFELIA: ¿Nos va a explicar todo lo que vos queráis dejarle ver. Si no tenéis reparo en enseñarle cosas, tampoco él lo tendrá en deciros lo que son.

OFELIA: (Risueña) ¡Qué malo, qué malo sois! Voy a escuchar la obra.

PRÓLOGO: Rogamos que escuchéis esta tragedia aplicando a s-s faltas la clemencia y la bondad de vuestra gran paciencia.

(Sale)

HAMLET: ¿Esto es prólogo, o cifra de anillo?

OFELIA: Si que es breve, alteza.

HAMLET: (Mirando a su madre.) Como amor de mujer. (Entran dos cómicos; Rey y Reina.)

REY: Treinta vueltas dió ya de Apolo el carro a las salobres ondas de Neptuno y al globo de la tierra, y muchas lunas, más de treinta docenas, asomaron su prestado fulgor sobre nosotros

desde que el dios Amor y el Hímeneo  
manos y corazones nos unieran  
en vínculo recíproco y sagrado.

REINA:

¡Otras tantas jornadas sol y luna  
han de contar sin que el amor se apague!  
Pero, ¡ay de mí! que ya desde algún tiempo  
os veo tan doliente y tan mudado  
que recelo... Mas vos no temáis nada  
pues bien sabéis, mi dueño, que en la esposa  
el temor y el amor corren parejos:  
o nada son, o por igual nos vencen.  
Lo grande de mi amor ya os lo he probado;  
mi temor ha de ser igual de grande.  
Cuando con tal extremo amor nos gana,  
la menor duda en gran temor se torna,  
y cuando el miedo crece, el amor, crece.

REY:

Cierto es que pronto, amor, he de dejarte;  
el vigor de mi vida se amortigua  
y un día quedarás sola en el mundo  
amada y respetada; y otro esposo  
tal vez, con su ternura...

(En su trono, los reyes se miran, perplejos.)

REINA:

¡Oh, calla, calla!

Otro amor tal, negra traición sería.  
¡Maldita sea yo si otra vez caso!  
Quiere otro esposo quien mató al primero.

(El rey Claudio frunce el ceño. Gertrudis lo  
mira, inquieta.)

HAMLET:

(Mirando a su madre.) Ajenjo, ajenjo.

REINA:

Motivos son de una segunda boda  
la vanidad y el lucro, no el cariño.  
Doy a mi amor por vez segunda muerte  
si me besa en el lecho nuevo esposo.

(Corre una leve alarma por la corte. La reina,  
Gertrudis baja los ojos.)

REY:

Con verdad creo yo que habla tu boca  
más una decisión pronto se quiebra.  
Siervo de la memoria es el propósito:  
muy firme nace y presto desfallece.  
Cual fruto verde, al árbol se sujeta  
mas se desprende solo si sazona.  
Fatal es olvidar aquellas deudas  
que con nosotros mismos contraemos.  
Y lo que en la pasión más se asegura  
al morir la pasión en nada queda.  
Del dolor y el placer, la misma fuerza  
destruye lo que son y lo que hicieron.  
Cuanto más gozo, más dolor añades.  
Entre pena y placer hay poco trecho. E  
En este mundo nada es perdurable  
y el mismo amor con la fortuna cambia.  
Cosa es al fin que nunca se ha sabido  
de fortuna y amor, quién a quién manda.  
Si el grande cae, sus favoritos huyen;  
se encumbra el pobre y todos son amigos.  
Así amor a fortuna es obediente;

y el que nada precisa, amigos tiene,  
y aquel que en la miseria los buscare  
los convierte al momento en enemigos.  
Y así, por concluir debidamente:  
La voluntad y el hado tan mal casan  
que vanos suelen ser nuestros designios.  
Nuestra es la idea, mas no así el cumplirla;  
me juras no tomar segundo esposo,  
y si yo muero, morirá tu idea.

REINA:            ¡La luz me niegue el cielo, el pan la tierra!  
                  ¡La noche su descanso, el día su gozo!  
                  ¡Desesperada vea mi esperanza!  
                  ¡Véame yo penando en una ermita!  
                  ¡Haga palidecer mis ilusiones  
                  la amargura, y destruya mi alegría!  
                  ¡Que adverso sino me quebrante el alma  
                  si, una vez viuda, vuelvo a ser esposa!

(La turbación de los reyes crece. Claudio mira fijamente a Hamlet).

HAMLET:            (Inocente, en voz alta.) ¡Mira que si fuera su voto lo que  
                  se quebrantarai...

REY:                Bien has jurado. Vete ahora, bien mío.  
                  Mi espíritu se rinde, y en el sueño  
                  quiere aliviar el tedio de la tarde.

(Se reclina en le lecho y se duerme.)

REINA:            Calme el sueño el cansancio de tu mente  
                  y nunca entre los dos haya pesares. (Sale.)

HAMLET:            ¡Qué os parece la obra, señora?

GERTRUDIS:        (Irritada y con dificultad.) Me parece que la mujer promete  
                  demasiado.

HAMLET:            ¡Ah, pero cumplirá su palabrai

CLAUDIO:          (Con los ojos echando chispas, intenta sonreír.) ¿Conoces  
                  bien el argumento? ¿No contiene nada ofensivo?

HAMLET:            No, no. Todo es fingido. El veneno, fingido. No hay ofensa  
                  para nadie.

CLAUDIO:          ¿Cuál es el título de la obra?

HAMLET:            "La Ratonera." (El rey alza las cejas, asombrado.) ¿Qué por  
                  qué? Es una metáfora. La obra trata de un asesinato cometido  
                  en Viena. El duque se llama Gonzago; su mujer, Bauzista.  
                  Ahora veréis lo mejor. Es un villano enredo, pero, ¿qué importa?  
                  A vuestra majestad y a nosotros, que tenemos limpia el alma,  
                  nada nos va en ello. Que el jamelgo con mataduras cocee si  
                  quiere; nosotros tenemos el pellejo entero. (Entra "Luciano")  
                  Este es un tal Luciano, sobrino del rey. ("Luciano", mirando  
                  a todos lados, se va acercando al dormido.)

OFELIA:            Hacéis muy bien de coro, alteza.

HAMLET:            Y hasta podría servir de intérprete entre vos y vuestro amante  
                  si viera vuestros dos muñecos en el tablado.

OFELIA:            (Fingiendo una pudibundez que desmiente su sonrisa. Agudo  
                  estáis, alteza; agudo estáis.)



HAMLET: Sólo un suspiro os costaría embotarme la punta.

OFELIA: (Baja los ojos, intimamente complacida.) Todavía mejor y peor.

HAMLET: (Ríe.) Como vosotras cuando elegis marido. (A "Luciano".) Empieza ya, asesino, ¡mala peste! Deja esas condenadas muecas y empieza. Vamos: "El cuervo grazna y pide su venganza".

LUCIANO: Negro el designio y el veneno a punto;  
pronta la mano y el lugar y la hora.  
Pues nadie mira, la mixtura infecta  
de yerbas en la noche recogidas  
y emponzoñadas por la magia de Hécate,  
con la virtud de su mortal efecto  
salud y vida arrancará de golpe.

(Vierte el veneno en el oído del durmiente  
ey rey Claudio contempla la escena con terrible  
fijeza, mientras oprime los brazos del trono con  
sus manos crispadas

HAMLET: (Trivial a su tío.) Le envenena en el jardín para heredarle. Se llama Gonzago. La historia es cierta y corre escrita en excelente italiano; ahora veréis cómo el asesino gana el amor de la mujer de Gonzago. (Entretanto, el durmiente se agita en agónica convulsión bajo la maligna mirada de "Luciano". La corte entera mira al rey Claudio, que se levanta bruscamente.)

OFELIA: El rey se levanta.

HAMLET: ¡Cómo! ¿Se asusta de un falso incendio?

GERTRUDIS: ¿Qué tenéis, señor? (Todos se levantan. El rey Claudio se tambalea, respirando con dificultad.)

POLONIO: ¡Suspended la obra! (Los dos cómicos se incorporan, perplejos.)

CLAUDIO: Que traigan luz. ¡Vamos fuera! (Y cruzan, rápido, entre los murmullos de todos. La reina atribulada, le sigue. Ofelia mira asustada a Hamlet, que, con los brazos cruzados, asiste a la huida. Al fin corre tras su padre, que no la atiende.)

POLONIO: ¡Luces, luces, luces! (Aparecen algunos criados con antorchas y siguen al séquito. Salen todos entre exclamaciones y murmullos, menos Hamlet y Horacio.)

HAMLET: Que lllore y corra el ciervo herido  
mientras el corzo juega.  
Siempre hay quien ve ante el dormido  
y el mundo siempre rueda.

¿Nos os parece, señor, que con estas dotes y un airón  
de plumas, más dos rosas de Provenza en mis zapatos  
acuchillados, aunque mi fortuna se volviese negra en adelante  
podría hacer buen papel en una trahilla de cómicos?

HORACIO: De meritorio. (Se acerca, turbado.)

HAMLET: ¡Cómo! ¡De primer actor! (Canta.)

Has de saber, Damón querido  
si es que no mal discurro  
que de este reino destruido  
han hecho rey a un... pavo.

- HORACIO: Podíais haber guardado la rima.
- HAMLET: ¡Ah, mi fiel Horacio! Apuesto mil libras a favor de lo que dijo aquel fantasma. ¿Te has dado cuenta?
- HORACIO: Del todo, señor.
- HAMLET: ¿Cuándo dijeron lo del veneno?
- HORACIO: Me di perfecta cuenta.
- HAMLET: ¡Ah, ahí ¡Venga un poco de música! (Grita hacia un lateral.) ¡A ver esas flautas!
- PUES SI AL REY LA COMEDIA NO LE AGRADA  
será, diablos, que le desagrada .
- i ¡Vamosi ¡Esa música! (Vuelven Ricardo y Guillermo. Un silencio.)
- GUILLERMO: (Suave.) Señor, concedeme que os diga unas palabras.
- HAMLET: (Los mira y vuelve a sus fingimientos.) Caballero, aunque sea una historia.
- GUILLERMO: El rey, señor...
- HAMLET: ¡Ahí ¿Qué le sucede, caballeros?
- GUILLERMO: Está en su aposento, indeciblemente descompuesto.
- HAMLET: ¿Por el vino, caballero?
- GUILLERMO: (Baja los ojos.) No, alteza. Por la cólera.
- HAMLET: Seríais más sensato si le fuéseis con eso al médico; si voy yo a darle la purga, puede que la cólera le crezca.
- GUILLERMO: (Suplicante.) Señor, enderezad vuestro discurso y no os desentendáis del caso que me trae.
- HAMLET: Ya estoy tranquilo, caballero. Decid.
- GUILLERMO: La reina vuestra madre, con el espíritu sumido en la mayor aflicción, me envía a vos.
- HAMLET: Sed bien venido.
- GUILLERMO: (Con respetuosa sequedad.) No, alteza; esos cumplidos no son sinceros. Si os dignáis responderme sensatamente, cumpliré el encargo de vuestra madre; si no, con vuestro perdón y con retirarme acabará mi misión.
- HAMLET: Caballero, no puedo...
- GUILLERMO: ¿El qué, señor?
- HAMLET: Respondeos con sensatez. Mi razón flaquea; no obstante, caballero, tendréis la respuesta que pueda daros. O, mejor dicho, la tendrá mi madre. Conque no hablemos más y vamos al caso. Mi madre, decid...
- RICARDO: (interviene, conciliador.) Esto es lo que dice: que vuestra conducta la ha llenado de asombro y admiración.
- HAMLET: ¡Oh, hijo portentoso, que así puede asombrar a su madre! Pero ¿no trae otras consecuencias esa admiración maternal? Veamos.

- RICARDO: Desea hablar con vos en su aposento, antes de que os recojáis.
- HAMLET: La obedeceré, aunque fuera diez veces mi madre. ¿Alguna otra cosa que tratar conmigo?
- RICARDO: Señor, en otro tiempo me estimábais.
- HAMLET: Y aún os estimo; lo juro con esta... y esta mano.
- RICARDO: Mi amado señor: ¿cuál es la causa de vuestra intemperancia? Tened por cierto que cerráis vos mismo la puerta a vuestra liberación al negaros a decir al amigo vuestros pesares.
- HAMLET: (Sombrío.) Caballero, me encuentro postergado.
- RICARDO: ¿Cómo es posible, si el propio rey os da su voto para sucederle en el trono de Dinamarca?
- HAMLET: ¡Ah, caballero! Pero "mientras crece la hierba... muere el caballo"... Aunque el proverbio es algo rancio. (Vuelven los cómicos con las flautas.) ¡Ah, las flautas! Dadme una. (La toma, despide a los cómicos y se aparta con ella seguido de los dos cortesanos.) En confianza: ¿A qué me seguís cortándome el aire como si tratárais de llevarme a algún cepo?
- GUILLERMO: Alteza, si el deber me hace osado, mi afecto me hace importuno.
- HAMLET: No entiendo bien eso. ¿Queréis tocar esta caña?
- GUILLERMO: No sé, señor.
- HAMLET: Os lo ruego.
- GUILLERMO: Creedme que no se.
- HAMLET: Os lo suplico.
- GUILLERMO: No conozco ni una llave, señor.
- HAMLET: Es más fácil que mentir. Gobernadle estos vientos con los dedos y el pulgar, soplad con la boca y os dará la más elocuente música. Mirad: aquí están las llaves.
- GUILLERMO: Pero no sé cómo sacarles armonía. Desconozco las reglas.
- HAMLET: ¡Ved pues en qué indigna opinión me tenéis! Pretendíais tañerme; pretendíais conocer el manejo de mis llaves; pretendíais sacarme el corazón de mi secreto; pretendíais pulsarme y hacerme dar desde la nota más baja a la más alta de mi diapasón; y habiendo tanta música y tan excelente voz en este órgano diminuto, ni siquiera le podéis hacer hablar. Voto a Dios: ¿Pensáis que soy más fácil de manejar que una flauta? Tomadme por el instrumento que mejor os plazca; que por más que me trasteéis yo os aseguro que no me haréis sonar. (Vuelve Polonio.) Dios os guarde, señor.
- POLONIO: (Se inclina.) Señor, la reina quisiera hablaros sin demora. (Pausa. Hamlet, que parece abstraído, mira al cielo. Polonio titubea y se acerca.)
- HAMLET: (Lo mira.) ¿Veis aquella nube cuya forma semeja a un camello?
- POLONIO: Por el cielo, sí que parece realmente un camello.
- HAMLET: Creo más bien que parece una comadreja.

POLONIO: Por el lomo sí parece una comadreja.

HAMLET: ¿O acaso una ballena?

POLONIO: Eso mismo: una ballena.

HAMLET: (Lo mira con sarcasmo y se aparta.) Pues voy a ver a mi madre corriendo. Tanto me sigue el aire que me volverán loco de veras. (Se vuelva) Voy corriendo.

POLONIO: Voy a decirselo. (Se inclina y sale.)

HAMLET: (Duro.) "Corriendo" es cosa que pronto se dice. Dejarme, amigos. (Salen todos.) He aquí la hora nocturna propicia a los hechizos; bostezan las tumbas y el infierno mismo des- pide el pestilente aliento que al mundo contagia. Ahora podría beber yo sangre caliente y cometer acciones tan horribles que el día se estremeciera al contemplarlas. ¡Calma! Veamos a mi madre! ¡Oh, corazón, no reniegues de tu naturaleza! Que el alma de Nerón no encuentre asilo en este firme pecho. Déjame ser cruel, mas no inhumano. Aunque mis palabras sean dagas para ella, en mi mano no las habrá. ¡Que mi lengua y mi espíritu sepan disimular y, por mucho que le hieran y sonrojen mis reproches, nunca consientas, alma, que los sellen mis actos!

TELON

## PARTE SEGUNDA

## Aposento del rey

(El rey Claudio, con Ricardo y Guillermo.)

- CLAUDIO: (Pasea, pensativo. Se detiene.) No me place ni conviene a nuestra seguridad dar rienda suelta a su locura. Así pues, preparaos. Dictaré sin demora los despachos de vuestra comisión y partirá con vosotros a Inglaterra. La situación de nuestra corona no consiente peligros tan ciertos como los que a cada momento crecen con sus manías.
- GUILLERMO: Dispondremos nuestra partida. Muy justo y sagrado celo es el velar por tantos seres cuya vida y sustento descansan en vuestra majestad.
- RICARDO: Si el hombre más común está obligado a defender su vida con la fuerza y el arte de su ánimo, más lo estará aquel de cuyo bienestar depende la vida de los demás. Si la majestad cae, nunca muere sola, pues arrastra como un torbellino cuanto la rodea. Es como una gran rueda fijada en la cumbre del más alto monte, cuyos enormes rayos están sujetas y asidas miles de piecitas; si se quiebra y desploma, arrastra consigo a todos esos débiles apéndices, mezquino séquito que la sigue en su espantosa ruina. Nunca, si el rey a solas suspira, deja de oírse un general lamento. (Sigiloso, entra Polonio.)
- CLAUDIO: Disponeos a este rápido viaje, os lo ruego; pues quiero poner hierros a ese peligro que con tan ligero pie camina ahora. (Los despide con un ademán.)
- RICARDO: Lo haremos sin tardanza. (Se inclinan los dos y salen.)
- POLONIO: Señor: ya va hacia el aposento de su madre. Voy a esconderme tras los tapices para oír lo que ocurra. Tened por cierto que ella sabrá ajustarle las cuentas; pero, como vos habéis dicho, y muy bien que lo habéis dicho, bueno será algún otro oyente, pues a una madre la natural ternura la vuelve parcial; conque conviene escuchar lo que digan desde buen sitio. Quedad tranquilo y hasta pronto; vendré a veros antes de que os recojáis y todo os lo contaré
- CLAUDIO: Gracias, mi fiel Polonio. (Sale Polonio.) ¡Ah, que atroz es mi culpa! ¡Su hedor al cielo llegai! La más antigua maldición soporta: la de la muerte de un hermano. No puedo rezar, aunque el deseo es tan grande como el propósito. La fuerza de mi delito es mayor que la de mi intento, y como el hombre a quien dos tareas solicitan, dudo por cuál comenzar y a las dos desatiendo. Pero aunque este brazo maldito se hubiese empapado de sangre fraternal hasta llagarse, ¿faltaría en los cielos clementes bastante lluvia para volverle tan blanco como la nieve? ¿De cara del pecado? ¿Y para que es la plegaria, si no es para darnos esa doble fuerza que nos guarda de caer o nos acerca al perdón cuando caemos? Debo confiar: mi falta ya pasó. Mas ¡ay! ¿Qué suerte de plegaria podría servirme en este trance? ¿"Perdóname mi horrendo asesinato"? De nada valdrá eso, pues sigo poseyendo todos los bienes que al asesinato me impulsaron: mi corona, que me despertó la ambición, y mi reina. ¿Podrá alcanzar perdón quien persista en la ofensa? En las corrompidas costumbres de este mundo, el delito puede torcer la justicia con dorada mano y quebrar a menudo con ~~caídas~~ la rectitud de la ley. Más no sucede así allá arriba. Allí no valen engaños, allí las acciones descubren su verdadera

GERTRUDIS: A esconder el cadáver; pues así su misma locura, igual que un poco de oro entre la masa de un metal más vil, muestra su nobleza y llora lo sucedido.

CLAUDIO: (MIRA A TODOS LOS LADOS CON TEMOR.) ¡Salgamos de aquí, Gertrudis! Apenas toque el sol la cima de los montes, le obligaré a embarcar y a que se vaya. En cuanto a ese indigno crimen, nos será menester toda nuestra regia autoridad y nuestra habilidad para desfigurarlo y excusarlo. ¡Venid, Guillermo! (VUELVEN RICARDO Y GUILLERMO.) Amigos míos, reunid alguna gente que os ayude. En su locura, Hamlet ha dado muerte a Polonio y lo ha sacado a rastras del aposento de su madre. ¡Id a buscarle, inquirid con dulzura dónde lo llevó y traed el cuerpo a la capilla. Daos prisa; os lo ruego. (SALEN RICARDO Y GUILLERMO) Vamos, Gertrudis. Covoquemos a nuestros servidores más prudentes y demosles cuenta de la inesperada desgracia y de lo que nos resolvemos a hacer. Tal vez así la calumnia, cuyo rumor, certero como el cañón que da en el blanco, lanza su tiro envenenado de un confín a otro del mundo, pueda fallar el golpe contra nuestro nombre y herir tan sólo al aire invulnerable. ¡Vamos, vamos de aquí! Mi alma está llena de confusión y espanto. (SALEN EMPAVORECIDOS. LA LUZ CAMBIA. ENTRA HAMLET POR EL PRIMER TERMINO.)

HAMLET: Ya está en lugar seguro.

RICARDO: (VOZ DE .) ¡Hamlet!

GUILLERMO: (VOZ DE.) ¡Príncipe Hamlet!

HAMLET: ¡Holá! ¿Qué es eso? ¿Quién llama a Hamlet? ¡Ahi! Ya están aquí.  
(Entran ricardo y guillermo y se detienen, INMUTADOS.)

RICARDO: (DULCE.) ¿Qué habéis hecho con el cuerpo, señor?

HAMLET: Mezclarlo con su pariente el polvo.

RICARDO: Decidnos donde está para exhumarlo y llevarlo a la capilla.

HAMLET: No creáis eso.

RICARDO: No creer, ¿qué?

HAMLET: Que vaya yo a seguir vuestro consejo y no el mío. ¡Buena cosa, intentar chuparme con preguntas de esponja! ¿Qué réplica va a dar a eso el hijo de un rey?

RICARDO: ¿Me tomáis por una esponja, señor?

HAMLET: Sí, caballero; que chupa el talante del rey, sus recompensas, sus mandatos. Pero es al final cuando tales oficiosos sirven mejor al rey: él los guarda en un rincón de la boca como hace el mono y los primeros que se mete son los últimos que se traga. Cuando ha menester de lo que habéis chupado por ahí le basta apretaros y otra vez, como esponjas, quedáis secos.

RICARDO: No os entiendo, señor.

HAMLET: Mucho me huelgo; que las agudas razones ronquidos parecen a la oreja necia.

RICARDO: (FRIO.) Señor, debéis decirnos donde está el cuerpo y acompañarnos a ver al rey.

HAMLET: El cuerpo está con el rey, pero el rey no está con el cuerpo. El rey es una cosa...

GUILLERMO: ¿Una cosa, señor?

HAMLET: Cosa de nada. Llevadme a verle. (RIE.) Y ahora a buscar al zorro escondido.  
(AL IR A SALIR; APARECEN DOS SOLDADOS QUE INTENTAN CORTARLE EL PASO; GUILLERMO LES HACE A SU ESPALDA SEÑAS DE QUE SE APARTE, HAMLET LOS MIRA A TODOS CON DUROS OJOS Y COMPRENDE. LOS SOLDADOS SE INCLINAN Y EL SALE SEGUIDO DE TODOS. SE ILUMINA EL SALON DEL TRONO. ENTRA EL REY CON ALGUNOS CONSEJEROS.)

CLAUDIO: Le he mandado llamar y he ordenado que se busque el cuerpo. ¡Muy peligroso es que ande suelto ese hombre! Más tampoco es conveniente aplicarle el peso de la ley. Es muy querido por la multitud fanática, que no juzga por su razón sino por sus ojos; y en casos tales se mira mucho el castigo del ofensor, más nunca la ofensa. Para llevarlo todo con tacto y suavidad es menester que su repentina ausencia parezca obedecer a madura determinación. O los grandes males se curan con grandes remedios, o no tienen cura.

(ENTRA RICARDO.)

¿Alguna novedad? ¿Qué ha sucedido?

RICARDO: Señor, no hemos podido lograr que nos diga donde dejó el cadáver.

CLAUDIO: Pero ¿dónde está él?

RICARDO: Ahí fuera, señor; vigilado y aguardando vuestra venia.

CLAUDIO: Traedle enseguida.

RICARDO: ¡Guillermo! Traed a sus alteza.

(ENTRAN HAMLET Y GUILLERMO, ACOMPAÑADOS DE DOS SOLDADOS ARMADOS.)

CLAUDIO: Vamos a ver, Hamlet: ¿dónde está Polonio?

HAMLET: En la cena

CLAUDIO: ¿Cenando? ¿Dónde?

HAMLET: No donde come, sino donde es comido. Le han recibido en cierta asamblea de señores gusanos. El gusano es el supremo emperador de toda asamblea: cebamos a las criaturas para cebarnos nosotros, y nos cebamos para cebar al fin a los gusanos; el rey gordo y el mendigo flaco son tan sólo vianda diferente, dos platos, pero en la misma mesa. Ese es el fin.

CLAUDIO: ¿Qué estás diciendo?

HAMLET: Quizá un hombre puede pescar con el gusano que comió de un rey, y comerse luego al pez que se nutrió de aquel gusano.

CLAUDIO: ¿Y qué quieres decir con eso?

HAMLET: Nada, sino mostraros como un rey puede viajar por las tripas de un mendigo.

CLAUDIO: (FRENANDO MAL SU IRA.) ¿Dónde está Polonio?

HAMLET: En el cielo; mandad que lo busquen allá. Y si vuestro mensajero no lo encuentra, id vos mismo a buscarle en otro lugar. Pero estad cierto de que si no lo halláis en lo que resta del mes, lo habréis de oler al subir las escaleras que dan al vestíbulo.

- CLAUDIO: (A ALGUNOS SERVIDORES.) Id a buscarle allá.
- HAMLET: Allí esperará hasta que lleguen. (SALEN LOS SERVIDORES.)
- CLAUDIO: Hamlet, por tu propia seguridad, que cuido tanto como hondamente deploro la acción que has cometido, es forzoso que te ausentes con la mayor rapidez. De modo que prepárate en seguida: el barco está listo y el viento es propicio. Tus compañeros te aguardan y todo está dispuesto para tu marcha a Inglaterra.
- HAMLET: ¿A Inglaterra?
- CLAUDIO: Sí, Hamlet.
- HAMLET: Bueno.
- CLAUDIO: Eso dirías si comprendieses mis propósitos.
- HAMLET: Yo veo un querubín que los ve. ¡Pero vayamos a Inglaterrai  
(SUSPIRA Y DICE AL VACÍO:)  
Adiós, querida madre.  
(VA A SALIR)
- CLAUDIO: También te ama tu padre, Hamlet.
- HAMLET: (FRÍO) Digo madre: padre y madre son marido y mujer. Marido y mujer son una carne; así pues, madre digo. ¡Vamosi a Inglaterrai (SALE.)
- CLAUDIO: Seguidle sin tardar. Instadle a embarcar presto, que no haya dilaciones; quiero tenerle lejos esta noche. ¡Partid sellados están ya todos los pliegos y resuelto cuanto al caso concierne: apresuraos, os lo ruego. (RICARDO Y GUILLERMO SALUDAN Y SALEN. EL REY DESPIDE CON UN ADEMAN A LOS DEMAS SERVIDORES Y SE QUEDA SOLO.) Y tú, Inglaterra, si mi amor estimas, pues mi gran poder puede hacerte sentir lo que vale y aún fresca y roja está la cicatriz que te causó la espada danesa y por la que me rinde homenaje tu natural temor; no acojas con tibieza nuestra voluntad soberana, que por cartas a este fin pertinentes te conmina a la inmediata muerte de Hamlet. ¡Cúmplelo, Inglaterrai Pues él inflama ya mi sangre con abrasadora fiebre; y tú me has de curar. Y hasta que sepa que está hecho, sea cual fuere mi suerte, no habrá gozo para mí.
- (SE CORREN SOBRE SU FIGURA UNAS CORTINAS DONDE SE REPRESENTA UNA LLANURA DE DINAMARCA. MARCHA MILITAR. ENTRAN FORTIMBRAS Y UN CAPITAN CON SOLDADOS. FORTIMBRAS ALZA LA MANO Y SE DETIENEN.)
- FORTIMBRAS: Capitán, lleva mis saludos al monarca danés y dile que Fortimbrás, con su licencia, solicita su venia para cruzar libremente por su país según lo prometido. El lugar de la cita ya lo sabes. Y si de algo quieré hablarle su majestad, dile que ante sus ojos ha de verme en persona si él lo manda. Déjaselo así dicho.
- CAPITAN: Así lo haré, señor.
- FORTIMBRAS: (A LA TROPA.) Seguid despacio. (EL CAPITAN SALUDA. FORTIMBRAS Y LOS SOLDADOS SALEN. HAMLET, GUILLERMO Y RICARDO ENTRAN CON ESCOLTA POR ESE LADO.)



- HAMLET: Caballero, ¿de dónde es esta fuerza?
- CAPITAN: De Noruega, señor.
- HAMLET: ¿Y qué propósito lleva, si gustáis de decirlo?
- CAPITAN: Va contra cierta comarca de Polonia.
- HAMLET: ¿Quién la manda, caballero?
- CAPITAN: Fortíbrás, sobrino del anciano rey noruego.
- HAMLET: ¿Y van contra toda Polonia, caballero, o por alguna cuestión fronteriza?
- CAPITAN: La verdad lisa y llana es que vamos a conquistar un pedazo de tierra sin otro provecho que su nombre. Ni por el precio de cinco ducados, cinco tan sólo, lo arrendaría yo. Y tampoco daría mayor provecho al noruego o al polaco aunque lo diesen al mejor postor.
- HAMLET: Siendo así, el polaco no querrá defenderlo.
- CAPITAN: Sí, y ya lo tienen guarnecido. Dos mil hombres y veinte mil ducados no bastarán a decidir la posesión de esa menudencia. Tumor es este que trae la mucha abundancia de riquezas y de paz, y que revienta por dentro sin que por fuera se vea la causa de que el hombre muera.
- HAMLET: Mis más rendidas gracias, caballero.
- CAPITAN: Dios os guarde, señor. (SALE)
- RICARDO: ¿Proseguimos si os place, alteza?
- HAMLET: Os alcanzaré pronto. Id por delante. (SALEN TODOS, MENOS HAMLET.) ¡Cómo deponen contra mí todas las cosas y agujonean mi apalzada venganza! ¿Qué es el hombre, si el mayor bien y provecho de su vida lo cifra sólo en dormir y en comer? Una bestia: no más. Sin duda; pues Aquel que nos creó con discernimiento tan amplio que abarca el pasado y el porvenir, no nos dió tal facultad ni la divina razón para que se nos enmoheciera de no usarla. Y no obstante, sea por bestial olvido o por el escrupuloso temor de pensar punto por punto en lo venidero -pensamiento que, de cuatro partes, sólo una tiene de prudencia y siempre las otras tres de cobardía- no sé cómo vivo aún diciendo "Hay que hacer esto", pues que tengo motivos, voluntad, fuerza y medios para hacerlo. Ejemplos como un mundo de grandes a él me animan; digalo este ejército, tan fuerte y numeroso, conducido por un delicado y tierno príncipe cuyo espíritu, de divina ambición lleno, se burla del ignoto porvenir y expone a débiles mortales a los golpes de la Fortuna, de la muerte y de los peores peligros. ¡Y todo por una cáscara de huevo! En verdad que ser grande no consiste en alterarse por cualquier fútil razón, sino en hallar ocasión de querrela por un quitame allá esas pajas cuando el honor está en juego. ¿Cómo, pues, me estoy quieto, yo que tengo al padre asesinado y a la madre mancillada excitando a mi razón y a mi sangre, y todo lo dejo dormir mientras advierto para mi vergüenza la muerte inminente de miles de hombres que por su capricho y por el señuelo de la fama, corren a su tumba cual si fuera un lecho y van a pelear por un terruño donde ni siquiera cabrán todos para combatir ni en el que tampoco han de encontrar tumba lo bastante amplia para contener todos los muertos? ¡Ahí! ¡De ahora en adelante, en nada pensaré si no es en sangre! (SALE.)

(LAS CORTINAS SE DESCORREN SOBRE UNA SALA EN EL CASTILLO DE ELSINOR. LA REINA ATIENDE A HORACIO Y A UN CABALLERO.)

- GERTRUDIS: (SECA.) No quiero hablar con ella.
- CABALLERO: Lo pide con insistencia y está en verdad trastornada; en un estado que inspira piedad.
- GERTRUDIS: ¿Qué pretende?
- CABALLERO: Habla sin cesar de su padre; dice que ya se sabe que hay mucho engaño en el mundo, y se golpea el pecho gimiendo y le da con el pie a cuanto encuentra; dice cosas oscuras y casi sin sentido; palabras que nada significan y que, no obstante, sorprenden a cuantos las oyen, los cuales forman conjeturas con sus desvaríos y los tuercen según la idea de cada cual. Y sus dichos, que acompaña con guiños, meneos de cabeza y gestos expresivos, dan en verdad que pensar si no le aquejará alguna idea que, aun insegura, no esté causándole gran daño.
- HORACIO: (A LA REINA.) Mejor sería hablarle antes que dé ocasión a peores conjeturas en las mentes torcidas...
- GERTRUDIS: (LO PIENSA.) Hacedla pasar. (SALE EL CABALLERO. APARTE.) Tal es la naturaleza de mi pecado, que a mi alma doliente la menor novedad le parece presagio de mayores desastres. Tan torpe y recelosa vive la culpa, que a sí misma se delata por no delatarse. (VUELVE EL CABALLERO CON OFELIA, ENLOQUECIDA.)
- OFELIA: ¿Dónde está la bella reina de Dinamarca?
- GERTRUDIS: ¿Qué deseas, Ofelia?
- OFELIA: (CANTA.)  
¿Cómo a tu amor diferencias  
de otras pasiones sin tino?  
Por su bordón, sus sandalias  
y conchas de peregrino.
- GERTRUDIS: ¡Vamos, querida niña! ¿A qué viene esa canción?
- OFELIA: ¿Decíais?... Callad, os lo ruego. Atended. (CANTA.)  
Ha muerto y se fué, señora.  
Ha muerto y ahora reposa  
con la cabeza en el césped  
y los pies junto a una losa.  
(RIE.) ¡Oh, oh!
- GERTRUDIS: Pero, Ofelia...
- OFELIA: Atended, os lo ruego. (ENTRA EL REY.)
- GERTRUDIS: Ay de mí, señor. Mirad esto.
- OFELIA: (CANTA.)  
Blanca mortaja cual nieve  
toda cubierta de rosas  
lleva al sepulcro, rociada  
de lágrimas amorosas.
- CLAUDIO: ¿Cómo estáis, querida niña?

OFELIA: ¡Bien, Dios os lo pague! Dicen que la lechuza fué antes la hija de un panadero. Señor, señor. Sabemos lo que somos mas no lo que podemos llegar a ser. ¡Dios ilumine a nuestros consejeros!

CLAUDIO: Son alusiones a su padre.

OFELIA: (CON TURBACION Y VERGUENZA.) Os lo ruego, ni una palabra de esto; pero si os preguntan lo que significa, decid así: (ANTA)

Mañana es San Valentín  
y novios van de cita.  
Doncella iré a tu ventana  
por ser tu valentinita.  
Se alza él ligero y se viste  
ábrele la puerta a ella  
y la que doncella entrara  
ya nunca salió doncella.

CLAUDIO: ¡Querida Ofelia!

OFELIA: De veras, ea; sin jurarlo, voy a concluir de una vez

-¡Ay, Jesús, tened piedad!  
¡Qué vergüenza me ha tomado!

-Los mozos siempre lo hacen:  
te digo que no es pecado.  
Y ella dijo: antes del lecho  
juraste ser mi marido,

Y él responde:

Por Dios que te desposara  
Si al lecho no hubieras ido.

(SUSPIRA TRISTEMENTE, COMO SI SE HUBIESE DESCARGADO DE ALGUN SECRETO. UN SILENCIO. TODOS SE MIRAN.)

CLAUDIO: ¿Desde cuándo está así?

OFELIA: (CON TRISTE ESPERANZA.) Espero que todo irá bien. Hemos de tener paciencia; pero no puedo menos de llorar pensando que lo han echado sobre la fría tierra. Mi hermano sabrá todo esto; conque os doy las gracias por vuestros buenos consejos. ¡A ver, mi coche! Buenas noches, señoras; buenas noches, amables señoras; buenas noches, buenas noches. (SALE.)

CLAUDIO: (A HORACIO.) Hacedme la merced de seguirla y que se la vigile cuidadosamente. (HORACIO SALUDA Y SALE CON EL CABALLERO.) ¡Ay! Ese es el veneno de un hondo pesar: todo nace de la muerte de su padre. ¡Ay, Gertrudis, Gertrudis! Cuando vienen desgracias, nunca vienen como espías solitarios, sino en legión! Primero la muerte de su padre; luego, la ausencia de tu hijo, autor él mismo por su violencia de su justo destierro; el pueblo revuelto y entregado a torpes sospechas y murmuraciones por la muerte de nuestro fiel Polonio, a quien con imprudente precipitación hemos dado tierra a escondidas; la pobre Ofelia trastornada y fuera de su claro juicio, sin el que no somos más que vacías apariencias o simples brutos; (SE ACERCA Y BAJA LA VOZ.) Finalmente, y no es menos grave que lo demás, viene su hermano de Francia secretamente y, colmado su asombro, se envuelve en misteriosas nubes sin que falten charlatanes que infecten sus oídos con pestilentes especies acerca de la muerte de su padre. Quien deseoso de hablar no encuentre tema, no dejará de intrigar contra mi persona, acusándola de oreja en

oreja. ¡Ah, mi amada Gertrudisi Me duele todo esto en muchas partes cual bala que revienta, y me causa muchas muertes a un tiempo. (EMPEZARON A OIRSE POCO ANTES RUMORES DE ALGARADA, QUE CULMINAN AHORA.)

GERTRUDIS: ¡Dios mío! ¿Qué ruido es ese? (SE REFUGIA EN SUS BRAZOS.)

CLAUDIO: ¿Dónde están mis suizos? ¡Aquí! ¡Guardad las puertas! (ENTRA EL CABALLERO.) ¿Qué sucede?

CABALLERO: Salváos, señor. El océano, cuando desborda la orilla, no inunda la llanura con mayor impetu que el que trae el joven Laertes al frente de los revoltosos arrollando a nuestras guardias. La chusma le llama su señor y cual si el mundo comenzase ahora, con olvido de la tradición e ignorancia de la costumbre, que confirman y apoyan todo título, así grita: "Elijamos nosotrosi ¡Que Laertes sea rey!" Y los gorros, las manos y las lenguas lo saludan y hasta las nubes lanzan su deseo: "Laertes, nuestro rey, Laertes rey!"

GERTRUDIS: (PRES DE SUS NERVIOS.) ¡Qué alegre grito esa jauría! ¡Pero errásteis la pista, falsos perros daneses! (MAS RUIDO FUERA.)

CLAUDIO: Han roto las puertas. (ENTRA LAERTES, ARMADO Y SEGUIDO DEL PUEBLO DANÉS.)

LAERTES: ¿Dónde está el que llaman rey? ... Aguardad fuera, señores.

DANESES: ¡No! ¡Entremos!

LAERTES: (CON VOZ MUY FUERTE.) ¡Os lo ruego! ¡Dejadme! (EL REY APARTA DE SI A LA REINA Y ESPERA.)

DANESES: Bien. Bien. Como queráis... (SE RETIRAN, PERMANECIENDO TRAS LA PUERTA.)

LAERTES: Gracias. Guardad la puerta. (SE VUELVE HACIA EL REY, CON EL MALIGNO BRILLO DEL TRIUNFO EN LOS OJOS.) ¡Y tú, vil monarca, dame a mi padre!

GERTRUDIS: (SE INTERPONE Y TOMA A LAERTES POR UN BRAZO.) Cálmate, buen Laertes.

LAERTES: Si en mi quedase una sola gota de sangre en calma, bastardo me proclamaría; cornudo le gritara a mi padre y grabaría en la tersa y casta frente de mi santa madre la marca de las rameras.

CLAUDIO: ¿Cuál es la causa, Laertes, que a tan gran rebelión así te impulsa? Suéltalo, Gertrudis, no temas por mi persona; cun cerco divino protege a los reyes de tal modo que la traición no puede llegar hasta ellos y queda inerme para ejecutar sus designios. Díme, Laertes: ¿por qué tan sofocado? Suéltalo ya, Gertrudis. Habla, hombre. (LA REINA SUELTA A LAERTES, QUE SE ADELANTA. EL REY LO ESPERA A PIE FIRME.)

LAERTES: ¿Dónde está mi padre?

CLAUDIO: Ha muerto.

GERTRUDIS: (SUPLICANTE, A LAERTES.) Pero no lo hizo él.

CLAUDIO: Déjale preguntar lo que le plazca.

LAERTES: ¿Y cómo fué su muerte? Conmigo no se juega: ¡Vaya al infierno la lealtad y llévase sus votos el más negro de los demonios! ¡Y que el más profundo abismo se trague a la conciencia y a la misericordia! Me da igual condenarme. A tal extremo he llegado que ni este ni el otro mundo me importan nada, pase lo que pase. Sólo me importa tomar venganza completa por la muerte de mi padre.

- CLAUDIO: ¿Y quién puede estorbártelo?
- LAERTES: Mi voluntad, mas no el mundo. Y yo sabré moverla de tal modo, que con poco irá lejos.
- CLAUDIO: Mi buen Laertes, si deseas conocer la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito tal vez en tu venganza que a enemigo y amigo, tulpado e inocente, ataques con la misma furia?
- LAERTES: No, sino a los enemigos.
- CLAUDIO: ¿Querrás entonces conocerlos?
- LAERTES: A los amigos fieles les abriré mis brazos y, como el pelicano que amoroso da su vida, les alimentaré con mi propia sangre.
- CLAUDIO: ¡Bravo! Ahora hablas como un buen hijo y un leal caballero. Y pues soy inocente de la muerte de tu padre y por ella padezco el más hondo pesar, confío en que tu juicio lo advertirá tan claramente como tus ojos la luz del día. (RUMORES FUERA, TODOS MIRAN HACIA LA PUERTA.)
- DANESES: (FUERA.) Dejad que pase.
- LAERTES: (VA A LA PUERTA.) ¿Qué sucede? ¿Qué ruido es ese? (VUELVE A ENTRAR OFELIA, ADORNADA CON FLORES Y YERBAS SILVESTRES. LAERTES LA MIRA, ANONADADO. INTENTA DETENERLA, MAS ELLA LO MIRA SIN RECONOCERLE Y SE DESPRENDE PARA SALUDAR A TODOS CON DESQUICIADOS ADEMANES.) ¡Oh calentura, seca mi cerebro! ¡Lágrimas siete veces amargas, destruid el sentido y la virtud de mis ojos! ¡Por el cielo, que tu locura ha de ser pagada con creces tales, que el peso del castigo torcerá el fiel de la balanza! ¡Oh, rosa de mayo! ¡Querida niña, hermana amorosa, dulce Ofelia! ¡Ah, celosi! ¿ES posible que el juicio de una tierna doncella sea tan perecedero como la vida de un anciano? Delicada es la naturaleza del amor; tan delicada, que tal vez envía alguna preciosa porción de sí tras el ser que ama.
- OFELIA: (CANTA.)
- La cara se le veía  
Ay, no, ni no, ni no ni.  
Llanto en la fosa llovía.
- ¡Adiós, palomita mía!
- LAERTES: Si estuvieras en tu juicio y me incitaras a la venganza, no podrías conmoverme tanto.
- OFELIA: (CANTA.)
- Cantadle abajo, din don  
Llamadle abajo, din don.
- ¡Ay, qué propio le va el estribillo! (MUY MISTERIOSA.)  
El falso mayordomo fue quien robó a la hija de su señor.
- LAERTES: No dice nada y dice más que si dijera algo.
- OFELIA: (SE ACERCA A SU HERMANO Y LO MIRA POR UNOS SEGUNDOS. ¿LO RECONOCE? AL FIN, LE ENTREGA UNA HIERBA.) Esto es romero, para la memoria; te lo ruego, amor mío, recuerda. Y estos son pensamientos, para meditar. (SE LOS DA.)
- LAERTES: ¡Qué lección en su locura! Pensamientos y memorias van juntos.

OFELIA: (AL REY.) Aquí hay hinojo para vos, y aquileñas.  
(A LA REINA.) Aquí hay ruda para vos, y este poquito, para mi; podemos llamarla hierba de gracia de los domingos. Ah, vos llevaréis vuestra ruda con aire que os acomode...  
Aquí hay una margarita; mejor quisiera daros algunas violetas, pero se marchitaron todas al morir mi padre. Dicen que tuvo buen fin. (CANTA)

    Mi bueno y dulce Robín  
    es mi mayor alegría

LAERTES: Pensamientos, aflicción, pasión y hasta el mismo infierno: todo lo trueca en gracia y encanto.

OFELIA: (CANTA.)

    ¿Y ya nunca volverá?  
    ¿Y ya nunca volverá?  
    No, no, que ya ha muerto  
    y el hoyo está abierto.  
    Y nunca ya volverá.  
    De nieve la barba llena  
    y cual lino la melena.  
    Se fue. Ya se ha ido.  
    y es vano el gemido.  
    ¡Qué Dios perdone a su alma!

Y a todas las almas cristianas, si Dios quiere. (PARECE QUERER RECONOCER DE NUEVO A SU HERMANO.) Dios os guarde. (SALE.)

LAERTES: ¿Véis esto, oh Dios? (LLORA.)

CLAUDIO: (LE TOMA POR LOS HOMBROS.) Laertes, déjame compartir tu pena; no me niegues ese derecho. (BAJA LA VOZ.) Oyeme aparte. (LO ALEJA UNOS PASOS ANTE LA ANGUSTIADA MIRADA DE LA REINA.) Elige entre tus amigos más prudentes los que mejor te parezcan. Y ellos nos oirán y nos juzgarán a ti y a mi. Si por mí mismo o a través de otros resulto culpado, te satisfaré en justicia dándote mi reino, mi corona, mi vida y todo cuanto puedo llamar mío. Mas si nada se hallare, deberás concederme aún de buen grado algo de tu paciencia y laboraremos juntos para dar a tu alma la satisfacción obligada.

LAERTES: Quede así. La forma de su muerte, su secreto funeral, falto de los ritos solemnes y de la ostentación debida, pidiendo a gritos están al cielo y a la tierra que el caso sea aclarado.

CLAUDIO: Tendrás la aclaración; y donde esté la ofensa, allí caerá el hacha terrible. Ven conmigo. (LO CONDUCE.)

    (LA LUZ SE PROYECTA SOBRE EL PRIMER TERMINO. ENTRAN HORACIO Y UN CRIADO)

HORACIO: ¿Quiénes son esos que me quieren hablar?

CRIADO: Marineros, señor; dicen que traen cartas para vos.

HORACIO: Tráelos aquí. (SALE EL CRIADO.) No sé yo de qué parte del mundo pueda escribirme nadie, cómo no sea el príncipe Hamlet. (ENTRAN DOS MARINEROS.)

MARINERO PRIMERO: Dios os guarde, señor.

HORACIO: Es sea con vosotros.

MARINERO PRIMERO: Así sea, señor, si es su voluntad. Esta es una carta para su merced. Es del embajador que iba a Inglaterra; si el nombre de su merced es Horacio, según me han dicho, es para vos.



- CLAUDIO: Tú las oirás, Laertes. Retiráos. (SALE EL CABALLERO. LEE, FRENANDO SU IRRITADA SORPRES.)  
"Alto y poderoso señor: hágoos saber que me han arrojado desnudo en vuestro reino. Mañana solicitaré vuestra licencia para presentarme ante vuestros regios ojos y entonces, si queréis perdonarme, os contaré el caso de mi repentino y aún más extraño regreso. Hamlet. ¿Qué quiere decir esto? ¿Habrán vuelto también los otros? ¿O no hay tal cosa y todo es farsa?"
- LAERTES: ¿Conocéis la letra?
- CLAUDIO: Parece la de Hamlet. ¡"Desnudo"! Y aquí hay una postdata que dice: "solo". ¿Qué piensas de esto?
- LAERTES: Confuso estoy, señor. Pero dejadle venir: que ya siento de nuevo el ardor de la verdad en mi corazón, cuando veo que he de vivir para decirle en la cara: "Tú lo hiciste."
- CLAUDIO: Pues si no es burla esto, Laertes... ¿Y cómo puede ser cierto?... Mas ¿quién osaría?... (LO MIRA Y REFLEXIONA.)  
¿Querrás dejarte guiar por mí?
- LAERTES: Así lo haré, señor, siempre que no intentéis llevarme a hacer las paces.
- CLAUDIO: Sólo a tu propia paz, Si es que ha vuelto tras perder el rumbo de su viaje, y sin ganas de emprenderlo de nuevo, lo enredaré en una asechanza que ya está madura en mi pensamiento y en la que por fuerza caerá. Y no se levantará por su muerte el más leve viento de sospecha, y hasta su misma madre verá el caso sin culpa y lo creará accidente.
- LAERTES: Señorm seguiré vuestra guía, y aún de mayor grado si disponéis la treta de tal modo que yo sea tu instrumento.
- CLAUDIO: Ninguno mejor. Desde que partiste se ha hablado mucho de ti, y precisamente ante Hamlet, por cierta cualidad en la que todos dicen que descuellas. Todas tus otras prendas no movieron tanto su envidia como esta sola, que, en mi opinión, ocupa el último lugar.
- LAERTES: ¿Qué cualidad es esa, señor?
- CLAUDIO: Sólo es un lazo en el sombrero de la mocedad, pero muy útil; pues no le sientan menos bien a la mocedad las alegres y ligeras galas que viste, que a la edad madura las pieles y serias ropas que convienen a su salud y a la salvaguardia de su gravedad. Hace dos meses estuvo aquí un caballero de Normandía. A los franceses los conozco bien: he guerreado contra ellos y oor cierto que son excelentes jinetes; pero aquel mancebo era en esto un prodigio. Se afirmaba en la silla y obligaba al caballo a tan portentosas evoluciones que parecía en verdad formar con el bravo animal un solo y natural cuerpo. Y tanto excedió a mi idea que, euantos artificios y corbetas podía yo imaginar, se quedaron cortos ante lo que él hizo.
- LAERTES: ¿Y era normando?
- CLAUDIO: Normando.
- LAERTES: Por ni vida, que era Lamond.
- CLAUDIO: El mismo.



- LAERTES: Lo conozco bien; cierto que es joya y gema de su nación.
- CLAUDIO: Pues él hizo de ti grandes ausencias y ponderó de tal modo tu maestría en el arte y ejercicio de la esgrima, y en particular en el manejo de la espada, que llegó a proclamar cómo en verdad sería cosa de ver si alguien pudiera medirse contigo. Y juraba que los esgrimidores de su país perdían el tino, la guardia y la vista cuando se batían contigo. Pues esas palabras, amigo, enconaron de tal manera la envidia de Hamlet, que no hizo desde entonces otra cosa sino perir y suplicar tu pronta vuelta para tirar contigo. Ahora bien: en cuanto a eso....
- LAERTES: En cuanto a eso, ¿qué, señor?
- CLAUDIO: Laertes: ¿amabas tú a tu padre? ¿O eres, como pintada imagen de un dolor, rostro sin corazón?
- LAERTES: ¿Por qué decís eso?
- CLAUDIO: No es que yo piense que no amabas a tu padre; pero sé bien que el amor está sujeto al tiempo y veo en casos que lo prueban cómo el tiempo le amortigua sus chispas y su fuego. En la misma llama del amor hay un pabilo, una mecha que termina por apagarlo. Y nada hay que se mantenga de continuo en el mismo grado de bondad, pues al crecer hasta su plenitud la bondad muere de su propio exceso. Lo que queremos hacer, deberíamos intentarlo en el momento mismo de quererlo; pues ese "querer" sufre tantos cambios, menguas y dilaciones como son las lenguas, manos y accidentes por que pasa. Y así el "deber hacer algo" se queda en uno de esos suspiros que al exhalar se aflojan nuestro vigor sin aliviarnos. Mas vamos a lo vivo de la llaga: Hamlet está al llegar! Qué osarías tú hacer para mostrar en obras y no en palabras que eres digno hijo de tu padre?
- LAERTES: Degollarlo en la misma iglesia.
- CLAUDIO: Cierto que ningún lugar debiera proteger al asesino; la venganza no debería hallar obstáculos. Pero mi buen Laertes, si prefieres hacer lo que yo te diga, permanece encerrado en tu aposento. Cuando llegue Hamlet, sabrá que tú has vuelto; yo haré que alguien le alabe tu excelencia y añada nuevo brillo a la fama que aquel francés te dió. Al fin os enfrentareis y por los dos se cruzarán apuestas. Siendo él descuidado, generoso en extremo y ajeno a toda malicia, no se fijará en las hojas: y así te será fácil, con alguna maña, elegir espada sin botón que en algún hábil pase del encuentro te dé el desquite por tu padre muerto.
- LAERTES: Así lo haré; y para ello envenenaré también mi espada. Le compré a un curandero cierto unguento tan mortífero que, el cuchillo de él untado, allí donde haga sangre no hay emplastro eficaz, ni aunque se componga de cuantas hierbas logran su virtud bajo la luna, que baste a salvar de la muerte a quien de él sufra el menor arañazo. Bañaré con esta ponzoña la punta de mi espada y con sólo que lo roce, morirá.
- CLAUDIO: Pensaremos despacio todo ello; elegiremos el momento y los medios que más convengan a nuestra idea. Pues si por acaso fallara y algún error en la ejecución descubriese nuestros designios, más nos valiera habernos abstenido. Por eso es necesario que la argucia, lleve oculta otra segunda que asegure el golpe, si acaso la primera nos fallara al probarla. ¡Esperai... Déjame pensar... Haremos una solemne apuesta sobre vuestra respectiva maestría... Ya lo tengo. Cuando os halléis acalorados y sedientos por el ejercicio pues ya cuidarás tú de darle a tus ataques la mayor violencia y él

pida de beber, le tendré yo dispuesta una copa; y con sólo un sorbo que tome, aunque por suerte hubiera escapado al veneno de tu estocada, nuestro intento quedará cumplido. Mas calla. ¿Qué ruido es ese?

(ENTRA LA REINA, GIMIENDO Y MORTALMENTE PALIDA.)  
¿Qué os sucede, reina y señora mía?

GERTRUDIS: Una desgracia... siempre lleva a otra tras sus talones: tan juntas van. Tu hermana...  
LAERTES SE ADELANTA? SOBRESALTADO.) se ha ahogado, Laertes.

LAERTES: ¿Ahoda? ¡Oh, Dios! ¿Dónde?

GERTRUDIS: Allí donde crece el sauce que se inclina sobre el arroyo y refleja sus pálidas hojas en la onda cristalina. Allí se encaminó adornada con caprichosas guirnaldas de ranúnculos, ortigas, margaritas y largas orquídeas de color púrpura, de esas a las que el malicioso pastor da un nombre grosero pero que nuestras castas doncellas llaman dedos de muerto. Allí trepaba por la pendiente enramada para colgar en ella su corona silvestre, cuando se tronchó una rama envidiosa y vino a caer con sus rústicos trofeos en el gimiente arroy. Ahuecadas y extendidas, sus ropas la llevaron flotando un breve rato sobre las aguas cual si fuera una ninfa, mientras ella cantaba estrofas de antiguas tonadas como si ignorase su desgracia o cual criatura nacida para vivir en aquel elemento. Mas no podía durar así, que ya sus ropas, cargadas con el agua que bebían, pronto arrancaron a la pobre ninfa de sus melodías y de la vida para arrastrarla al cieno y a la muerte.

LAERTES: ¡Ay de mí! ¿Luego se ha ahogado?

GERTRUDIS: Ahogada... Ahogada.  
(LAERTES SE CUBRE EL ROSTRO CON LAS MANOS Y SOLDOZA. UNA PAUSA.)

LAERTES: Ya bastante agua tienes, pobre Ofelia. Mi llanto secaré... (LLORA DE NUEVO.)  
Pero mal puedo el hábito romper: la naturaleza se apaga a sus costumbres aunque nos gane la vergüenza. Cuando vierta todas mis lágrimas saldrá de mí cuanto tuviera de mujer. Adiós, señor. Me suben palabras de fuego que arderían fácilmente en llamas si no las sofocara esta flaqueza. (SALE.)

CLAUDIO: Sigámosle, Gertrudis. ¡Mucho me costó calmar su rabia! Es de temer que esta desgracia le irrite de nuevo. Vayamos pues tras él. (SALEN.)

(MUSICA. LA ESCENA SE TRUECA EN UN CEMENTERIO, CON UNA TUMBA RECIEN ABIERTA. ENTRAN DOS RUSTICOS EN HABITO DE SACRISTAN CON AZADAS Y PALAS.)

RUSTICO PRIMERO: ¿Y se puede enterrar en sagrado a la que decide buscar por su cuenta la salvación?

RUSTICO SEGUNDO: Te digo que sí; conque termina pronto la fosa. El juez la ha reconocido ya y dispone que se le dé tierra cristiana.

RUSTICO PRIMERO: ¿Cómo es posible, a menos que se haya ahogado en defensa propia?

RUSTICO SEGUNDO: Pues así lo han juzgado.  
(EL OTRO BAJA A LA FOSA Y COMIENZA A TRABAJAR CON LA AZADA.)

RUSTICO PRIMERO: Debió de hacerlo "se offendendo"; no pudo ser de otro modo. Porque vamos al caso: si yo me ahogo aposta, esto arguye que hay acto; y un acto consta de tres partes, a saber: hacer, obrar y ejecutar; ergun, ella se ahogó aposta.

RUSTICO SEGUNDO: Pero aígame, compadre azada...

RUSTICO PRIMERO: Djame hablar. Aquí está el agua, bien. Y aquí está el hombre; bien. Si el hombre va al agua y se ahoga, es porque, quieras que no, va él; fijate en eso. Pero si el agua va a él y le ahoga, no es él el que se ahoga. Ergun, el que no es culpable de su propia muerte no acorta su propia vida.

RUSTICO SEGUNDO: Pero ¿es así la ley?

RUSTICO PRIMERO: ¡Pues claro, Virgeni! Así es la ley para el jueaz.

RUSTICO SEGUNDO: ¿Quieres que te diga la verdad? Si ella no fuese una dama de campanillas no la enterrarían en sagrado.

RUSTICO PRIMERO: ¡Esoi! Ahora si has dado en el vlavo. Y es gran lástima que los señorones hayan de tener en este mundo mucho más derecho a ahogarse o a colgarse cuando les plazca que los demás cristianos. Vamos con la azada. Ciertamente que no hay caballeros de más rancio linaje que los jardineros, los cavadores y los sepultureros; como que ejercen el oficio de Adán.

RUSTICO SEGUNDO: ¿Es que era caballero?

RUSTICO PRIMERO: Fué el primero que tuvo armas.

RUSTICO SEGUNDO: ¡Qué! ¡Si no las tenía!

RUSTICO PRIMERO: ¡Vayai! ¿Ahora vas a resultar un hereje? ¿Cómo entiendes tú la escritura? La Escritura dice que Adán cavaba y mal podría hacerlo sin el arma de sus brazos. Voy a hacerte otra pregunta y si no me respondes a cuento, confesarás que eres un...

RUSTICO SEGUNDO: Venga.

RUSTICO PRIMERO: ¿Quién construye más firme que el albañil, el constructor de navios y el carpintero?

RUSTICO SEGUNDO: El que hace la horca, porque es edificio que dura más que mil inquilinos.

RUSTICO PRIMERO: A fe que tu ingenio es grande. Bien va la horca. Pero ¿cómo va bien? Va bien para los que van mal. Ahora bien: tú vas mal cuando dices que la horca es más firme que una iglesia; ergun, la horca iría bien para ti. Repite la pregunta, anda.

RUSTICO SEGUNDO: ¿Quién construye más firme que el albañil, el constructor de naves y el carpintero?

RUSTICO PRIMERO: Eso. Si me lo dices, te quito el ronzal.

RUSTICO SEGUNDO: ¡Verás cómo te lo digo, Virgeni!

RUSTICO PRIMERO: Venga.

RUSTICO SEGUNDO: Por la Misa... que no caigó, Virgeni.

RUSTICO PRIMERO: No te calientes más la sesera, que el burro lento no muda su paso ni a palos. Y otra vez que te lo pregunte di "el sepulturero", pues las casas que él hace duran hasta el día del Juicio. Anda: llégate a casa de Vaughan y tráeme dos cuartillos de aguardiente. (CHASQUEDA, EL RUSTICO SEGUNDO, SALE ENTRE LAS RISAS DEL PRIMERO, QUE VUELVE A CAVAR. ENTRA HAMLET Y HORACIO. EL SEPULTURERO ENTRA.)

De mozo yo amaba, yo amaba,  
 Recuerdo lo dulce que fue.  
 Alegre yo el tiempo mataba  
 y nada mejor encontré.

HAMLET: ¿Tan poco respeto le tiene a su oficio ese hombre, que canta, cavando una fosa.

HORACIO: Da costumbre le ha hecho indiferente a su trabajo.

HAMLET: Así es. La mano que menos trabaja es la que tiene más sensible el tacto.

RUSTICO PRIMERO: (CANTA.)

Más vino la edad despacito  
 y al cuello su sogá me echó.  
 Metóme en la tierra enterito  
 y nunca de allí salí yo.

(PALEA Y SACA FUERA UNA CLAVERA.)

HAMLET: Esa calavera tuvo lengua un día y también podría cantar. ¡Mira cómo la tira al suelo ese patán cual si fuera la quijada con que Caín dió la primera muerte!

(EL SEPULTURERO ARROJA OTRO CRANEO.)

Y la que ahora maltrata ese asno quizá fue la mollera de un político que intentó engañar al mismo Dios, ¿No te parece?

HORACIO: Pudiera ser, señor.

HAMLET: O la de algún cortesano que sabría decir: "¡Felices días, amado señor! ¿Cómo se encuentra mi amado señor?" Podría ser el señor de Tal, que elogiaba el caballo del señor de Cual para rogarle después que se lo prestara, ¿no te parece?

HORACIO: Cierto, señor.

HAMLET: ¡Sí que podría ser! Y ahora lo tiene doña Gusana, indefenso y con el cráneo aporreado por las azadas de los sacristanes. Aquí sí que se hacen revoluciones, aunque no tengamos medio de verlas. ¿Costaron tan poco de formar esos huesos, que no han de servir sino para jugar con ellos a los bolos? Me duelen los ojos de sólo pensarlo.

RUSTICO PRIMERO: (CANTA.)

El pico y la azada, la azada,  
 cavándole el hoyo estarán.  
 Sudario de tierra mojada  
 al huésped muy pronto darán.

(SACA FUERA OTRA CALAVERA.)

HAMLET: Ahí va otra. ¿No podría ser ésa la calavera de un leguleyo? ¿Dónde estarán ahora sus resultandos, sus distingos, sus considerandos, sus argucias y artimañas? ¿Cómo sufre ahora que un safio patán la aporree con su pala sucia la caja de los sesos sin querellarse contra él por lesiones? ¡Hum!

(TOMA LA CALAVERA DEL SUELO, ANTE LA SUSPICAZ MIRADA DEL SEPULTURERO)

Quizá fue este en su tiempo un gran comprador de tierras con sus estatutos, sus reconocimientos, sus ingresos a buen fin,

sus dobles fianzas, sus rescates...¿Será quizá su cancelación final y el rescate de sus rescates el tener cancelado el plazo de que la propia mollera se le llene de polvo?

(VUELVE EL CRANEO, DEL QUE CAE UN CHORRO DE TIERRA.)

¿Acaso sus fianzas, dobles y todo, no le fiarán ya otra compra que la del tãrgo y ancho del par de escrituras donde pudiera reposar su cabeza? Apenas otra cosa que los títulos de propiedad de sus tierras cabrían en este hueco; y su mismo heredero tampoco tendrá más para ellos. ¿No?

HORACIO: Ni una pizca más, señor.

HAMLET: ¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO: Si, señor. Y de piel de ternera también.

HAMLET: Pues carneros y terneros son quienes ponen su felicidad en pergaminos. Voy a decirle dos palabras a ese rústico. ¿De quién es esa fosa, buen hombre?

RUSTICO PRIMERO: Mía, señor. (CANTA.)

Sudario de tierra mojada  
al huésped muy pronto darán.

HAMLET: Cierto que es tuya, pues que mientes en ella.

RUSTICO PRIMERO: Vos mentis fuera, señor, y así no es vuestra. En cuanto a mí, no miento en ella, pero es mía.

HAMLET: Entonces mientes al decir que es tuya porque estás en ella. Es para muertos y no para vivos; conque pronto pasará de mí a vos.

HAMLET: ¿Para qué hombre la cavas?

RUSTICO PRIMERO: Para ningunp, señor.

HAMLET: Pues ¿para qué mujer?

RUSTICO PRIMERO: Para ninguna tampoco.

HAMLET: Pues ¿a quién van a enterrar ahí?

RUSTICO PRIMERO: A una que fue mujer, señor; pero descanse en paz, que ya está muerta.

HAMLET: ¡Qué categórico es el truháni Habrá que hablarle con la exactitud de un mapa o nos deshará a equivocados. Por el cielo, Horacio, que lo tengo observado de tres años a esta parte; en nuestro siglo se afina tanto que el villano le pisa ya los talones al cortesano y le desuella los sabañones si se descuida. ¿Cuánto hace que eres sepulturero?

RUSTICO PRIMERO: Muchos días y años han corrido... Entre en el oficio el día en que Hamlet, nuestro último rey, venció a Fortimbrás.

HAMLET: (CON UNA MIRADA A HORACIO.)

¿Cuánto hará de eso?

RUSTICO PRIMERO: ¿Es que no lo sabéis? Hasta los tontos lo saban. Fue el mismo día en que nació el joven Hamlet; ese que está loco y que han mandado a Inglaterra.

- HAMLET: Ah, ya sé. ¿Y por qué le han mandado a Inglaterra?
- RUSTICO PRIMERO: Pues por eso. Porque estaba loco. Allá le volverá el juicio, y si no le vuelve allá no importará gran cosa.
- HAMLET: ¿Por qué?
- RUSTICO PRIMERO: Allí nadie lo notará; allá están todos tan locos como él.
- HAMLET: ¿Y cómo se volvió loco?
- RUSTICO PRIMERO: De extraño modo, según dicen.
- HAMLET: ¿Extraño?
- RUSTICO PRIMERO: ¡A fe! Como que perdió el seso.
- HAMLET: ¿Y qué pudo dar lugar...?
- RUSTICO PRIMERO: ¿Lugar? Este: Dinamarca. De sacristán llevo yo aquí, entre hombre y muchacho, treinta años.
- HAMLET: ¿Cuánto podrá estar un hombre bajo tierra sin pudrirse?
- RUSTICO PRIMERO: A fe que si no está y a podrido en vida -porque hoy día nos vienen muchos cuerpos tan galicosos que no hay por donde cogerlos para enterrarlos- os podrá durar de ocho a nueve años. Un curtidor ya os tirará sus nueve años.
- HAMLET: ¿Por qué él más que otros?
- RUSTICO PRIMERO: Pues señor, porque tiene ya su pellejo tan curtido por el oficio, que aguanta mucho el agua y el agua es el peor enemigo de cualquier hideputa de cuerpo muerto. Mirad esta calavera: (SACA OTRA.) esta calavera lleva bajo tierra veintitrés años.
- HAMLET: ¿De quién era?
- RUSTICO PRIMERO: Del más loco de los hideputas. ¿De quién diríais que fue?
- HAMLET: ¡Qué sé yo!
- RUSTICO PRIMERO: ¡Mala peste a él y a sus trastadas! Cierta vez me echó entera una botella de vino del Rin por la mollera. Esta calavera, señor, es la calavera misma de Yorick, el bufón del rey.
- HAMLET: (SE ESTREMECE.) ¿Esta?
- RUSTICO PRIMERO: Esta misma.
- HAMLET: Trae que la vea. (LA TOMA.) ¡Ay, pobre Yorick! Lo conocí, Horacio. Era un hombre de infinita gracia y de admirable imaginación. Mil veces me llevó a caballo sobre sus hombros; y ahora, ¡cómo me espanta su recuerdo! Lo veo y siento náuseas. Aquí pendían aquellos labios que yo besé tantas veces. ¿Qué fue de tus chanzas? ¿DE tus brincos? ¿De tus canciones? ¿De aquellos rasgos de humor que colmaban de carcajadas a toda la mesa? ¿Ya nada te queda? ¿Ni aún para burlarte de tu propia mueca? ¿Sólo la boca abierta? Ve al tocador de mi dama y dile que, aunque se embadurne con un dedo de afeite, a esta hermosura vendrá a parar. Prueba a hacerla reír así. Por el cielo, Horacio, dime una cosa.
- HORACIO: ¿El qué, señor?
- HAMLET: ¿Crees tú que Alejandro tendría bajo tierra esta cara?

HORACIO: Esa misma.

HAMLET: ¿Y este mismo olor? ¡Puaj! (ARROJA LA CALAVERA Y SE APARTA CON HORACIO.)

HORACIO: Ese mismo, señor.

(EL RUSTICO SEGUNDO VUELVE POR EL FONDO Y LE DA EL LICOR AL OTRO. BEBEN AMBOS.)

HAMLET: ¡A qué bajos usos podremos volver, Horacio! ¿Por qué no podría la imaginación seguir a las nobles cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapanando la boca de un tonel?

HORACIO: Considerarlo así sería ya mucha sutileza al considerar.

HAMLET: A fe que no, ni pizca. Basta seguir con suficiente moderación el camino probable para llevarlas por él. Alejandro muere. Alejandro es enterrado, Alejandro se vuelve polvo; el polvo es tierra; de la tierra se hace el barro; y ¿por qué ese barro en que él se ha trocado no podría taponar un barril de cerveza?

César el grande, muerto y hecho tierra  
porque no pase el aire, un hueco cierra.  
Así el barro que al mundo hizo temblar  
de frío invierno puede resguardar.

Pero callemos; silencio. Apartémonos, El rey viene.

(ENTRAN EN PROCESION SACERDOTES Y ACOLITOS; LUEGO EL REY, LA REINA Y EL SQUITO.)

La reina, la corte... ¿Por quién será el duelo? ¿Y por qué tan escaso ceremonial? Indicio me parece de que el difunto a quién acompañan puso fin a su vida con mano desesperada. Debió de ser persona de calidad. Observemos un rato sin que nos vean.

(SE RETIRA CON HORACIO A UN LATERAL. DOBLAN A MUERTO.)

LAERTES: ¿Falta alguna ceremonia?

HAMLET: Aquel es Laertes, mozo muy noble; fijate.

SACERDOTE PRIMERO: Se han celebrado sus exequias con toda la amplitud posible. Su muerte ofrece dudas y si no fuera por la intención de aquella autoridad suprema que muda las leyes, hubiera descansado en tierra profana hasta que sonase la trompeta del Juicio; y en vez de piadosas oraciones, habrían caído sobre su cuerpo guijarros, cascote y piedras. Se le conceden no obstante las coronas virginales y el tránsito a su última morada con doblar de campanas.

LAERTES: ¿Nada más puede hacerse?

SACERDOTE PRIMERO: ¡Nada más! Profanaríamos los ritos funerales si cantáramos un réquiem por su eterno descanso, cual corresponde a quienes parten con el alma en paz.

LAERTES: ¡Bajadla a la tierra, y que en su bella y pura carne nazcan violetas! Y a ti te digo, cura intolerante, que mi hermana será en el cielo un ángel de piedad cuando tú estés bramando en el infierno.

(LOS SEPULTUREROS BAJAN LA CAJA.)

HAMLET: (CON FRIA SORPRESA.) ¡Cómo! ¡La hermosa Ofelia!

GERTRUDIS: (ESPARCE FLORES.) Flores para la flor. ¡Adiós! Esperé que fueras esposa de mi Hamlet y pensé adornar con flores tu pecho nupcial, no tu sepulcro.

LAERTES: ¡Ahi! ¡Qué triple maldición caiga mil veces sobre la vil cabeza de aquel que con su inicuo crimen te ha privado de tu gracioso ingenio!

(A UNA SEÑAL DEL REY, LOS SEPULTUREROS COMIENZAN A PALEAR.)

No ehcéis tierra todavía, que aún la quiero estrechar otra vez entre mis brazos.

(SALTA A LA FOSA.)

Amontonad ahora ese polvo sobre el vivo y la muerta, hasta que hagáis de este llano un monte más alto que el antiguo Pelión o que la cumbre azul del celeste Olimpo.

HAMLET: (SUBLEVADO POR SUS BRAVATAS, SE ADELANTA.)

¿Quién, el que nos muestra su dolor con tanto énfasis?  
¿Quién, el que con palabras plañideras conjura a las estrellas errantes y las fuerza a detener su curso para escucharle, por el asombro heridas? Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(SALTA A LA FOSA. HORACIO VA TRAS EL.)

LAERTES: ¡Qué el diablo se lleve tu alma!

(SE AFERRA A EL.)

HAMLET: Tu plegaria no es buena. Y te lo ruego: quita tus dedos de mi cuello, porque aún no siendo violento ni colérico, hay en mí cierto fondo peligroso que tu prudencia debe temer. Fuera esas manos.

CLAUDIO: Separadlos.

GERTRUDIS: ¡Hamlet, Hamleti!

TODOS ¡Caballeros!

HORACIO: Calmaos, mi señor.

(Se inclina sobre la fosa; ENTRE EL Y OTROS LOS SEPARAN. IZAN A LAERTES.)

HAMLET: ¡Qué! Reñiré con él por esta causa hasta que mis ojos dejen de pestañear.

(SALE A SU VEZ.)

GERTRUDIS: ¿Qué causa, hijo mío?

HAMLET: (ALARDEA.) Yo quise a Ofelia; y cuarenta mil hermanos juntos que reuniesen todo su amor no podrían ganar al mío. ¿Qué harías tú por ella?

(SE ADELANTA HACIA LAERTES. LOS SUJETAN DE NUEVO.)

CLAUDIO: Está loco, Laertes.

GERTRUDIS: Por Dios Santo, déjale.



HAMLET: ¡Por la Sangre de Cristo! ¡Dí qué harías! ¿Quieres llorar? ¿Luchar? ¿Ayunar? ¿Despedazarte? ¿Beberte un río entero, tragarte un cocodrilo? También yo lo haré. ¿Vienes aquí a gemir? ¿A provocarme saltando a su bamba? Haz que te entierren vivo con ella, que yo te acompaño; Y si hablas de montañas, ¡deja que nos echen encima millones de fanegas hasta que la cumbre de su mole se tueste en la zona tórrida y deje al monte Ossa no mayor que una verruga! Que si tú quieres vociferar, yo sé rugir igual que tú.

GERTRUDIS: (PARA AYUDARLO.) Eso es pura locura y aún le tomará por un rato; mas luego, cual ave mansa que ve nacer a sus polluelos de oro, le veréis volver al silencio.

HAMLET: (MIRA A SU MADRE, CUYAS PALABRAS LE ADVIERTEN QUE DEBE SEGUIR FINGIENDOSE DEMENTE.)

Oídme, señor. ¿Por qué razón me tratáis así? Siempre os quise bien, mas poco importa. Aunque quiera estorbarlo el mismo Hércules, el gato maullará y al perro le llegará su esquite.

(SALE, ENTRE EL ASOMBRO DE TODOS.)

CLAUDIO: Siguele, buen Horacio, te lo ruego.

(SALE HORACIO. A LAERTES.)

Que nuestra plática de anoche fortalezca tu paciencia. Yo dispondré cuanto conviene finalmente al caso. Amada Gertrudis, procurad que vigilen a vuestro hijo. Esta tumba tendrá un monumento perdurable. Muy pronto vendrán horas más tranquilas; procedamos en tanto con paciencia.

(SE VAN RETIRANDO. LA ESCENA SE MUDA Y NOS PRESENTA EL VESTIBULO DEL CASTILLO. ENTRAN HAMLET Y HORACIO.)

HAMLET: Ya basta de esto, amigo. Te diré, ahora lo que falta. ¿Recuerdas todas las circunstancias?

HORACIO: ¡Las recuerdo, señor!

HAMLET: Amigo, se agitó entonces mi corazón en una lucha que me espantaba el sueño y me sentía peor que un amotinado cargado de grillos. Conque fui temerario... Y bendita sea la temeridad, pues ya se sabe que nuestra indiscreción puede hacernos buenos servicios cuando fallan los más meditados propósitos; y siempre deberíamos tenerlo presente. Hay una divinidad que perfila nuestros fines aunque nosotros los preparemos toscamente.

HORACIO: Eso es muy cierto.

HAMLET: Sali pues de mi camarote cubierto a medias por mi capote marineroy anduve a tientas en lo oscuro hasta llegar adonde estaban. Logré mi deseo, apoderándome de sus papeles y volví viendofinalmente a mi cámara. Y allí, presa de mis temores y dispuesto a saltar todo escrúpulo, rompí el sello del primer despacho; ¡y en él encuentro, Horacio, la regia felonía! Una orden terminante, sazónada con muchas y diversas suertes de razones que al bien de Dinamarca importan y asimismo a Inglaterra, donde ¡cáspita! se invocan tantas calamidades y terrores si sigo vivo, que nada más leerla y sin pausa ni aún para afilar siquiera el hacha, me corten la cabeza.

HORACIO: ¿Es posible?

HAMLET: Este es el despacho: léelo a tu sabor. ¿Quieres saber ahora lo que hice?

HORACIO: Os lo ruego.

HAMLET: Viéndome así enredado en villanías, y ante una función empezada sin que yo conociese ni el prólogo, me senté, compuse un nuevo despacho y lo escribí con todo esmero. Antaño yo pensaba, y aún hay mucho estadista que lo piensa, que era cosa vil el escribir con esmero y hasta me esforcé mucho por perder esa habilidad. Pero, amigo, ahora me prestó un magnífico servicio. ¿Quieres saber qué puse en el escrito?

HORACIO: Por supuesto, mi señor.

HAMLET: (FEROZ.) Una apremiante exhortación del rey al de Inglaterra, por sernos fielmente tributaria, invocando el amor que entre ambos florece cual robusta palmera, la paz cuya corona de espigas mantiene la unión entre las dos tierras sin consentir fisura en su amistad mutua, y muchas más "invocaciones" de igual peso para que, no más leer aquella carta, sin reflexión alguna grande o leve, diese inmediata muerte a los mensajeros sin concederles ni el tiempo de confesar.

(PAUSA. HORACIO LO MIRA AMEDRENTADO.)

HORACIO: ¿Y cómo la sellásteis?

HAMLET: (RIE.) Pues también eso lo dispuso el cielo. Llevaba yo en mi bolsa el de mi padre, que fue modelo del que hoy es sello real de Dinamarca. Doblé el pliego de igual forma que el otro, sin que nadie advirtiera el cambio. Y justo al día siguiente fue el abordaje, y de lo que después sucedió ya estás al tanto.

HORACIO: (PENSATIVO.) Así, Guillermo y Ricardo van a la muerte.

HAMLET: (VIOLENTO; POR SI ERA UN REPROCHE.) ¿Y qué, amigo? Ellos mismos buscaron su misión con empeño. Nada me pesan en mi conciencia; su perdición la deben a sus propias intromisiones. Es peligroso para el de inferior condición meterse entre las fieras estocadas de dos adversarios poderosos.

HORACIO: ¡Con que así es nuestro rey!

HAMLET: Pues bien: a ese que mató a mi padre y deshonró a mi madre; a ese que se interpuso de golpe entre mis esperanzas y el trono para el que debí ser elegido, a ese, que echa el anzuelo a mi propia vida con tan infame astucia, ¿no te parece que me es ya forzoso y de recta conciencia el castigarle con este brazo? ¿Y no sería condenable dejar que ese cáncer carcoma nuestra salud con nuevas maldades?

HORACIO: Pronto le llegarán nuevas de Inglaterra con el resultado que ha corrido su encargo.

HAMLET: Pronto será, pero entretanto el tiempo es mío. Y la vida de un hombre, diciendo un "ay" se apaga.

(PAUSA. GRAVE.)

En verdad que siento, amigo Horacio, mi porfía con Laertes; pues en la imagen de mi causa veo el retrato de la suya. He de regarle su amistad, aunque es muy cierto que sus bravatas y lamentos levantaron en mí montes de rabia.

HORACIO: ¡Calladi! ¿Quién viene?

(ENTRA OSEICO Y SE DESCUBRE CON AFECTADA REVERENCIA.)

OSRICO: Vuestra alteza sea muy bien venido en su retorno a Dinamarca.

- HAMLET: Mis más rendidas gracias, caballero.  
(A HORACIO, BAJANDO LA VOZ .)  
¿Conoces a este danzante?
- HORACIO: No, mi señor.
- HAMLET: Así te verás en más completo estado de gracia, que es vicio conocerle. Posee muchas tierras, y fértiles. Basta que un animal sea señor de otros animales para que le pongan pesebre en la mesa del rey. Es un grajo parlero, pero, como te digo, con grandes tragaderas para apropiarse de abundante barro.
- OSRICO: Amado, señor, si vuestra alteza dispusiese de algún ocio, le trasladaría un recado de parte de su majestad.
- HAMLET: Lo oiré, caballero, con mi espíritu más propicio, Dad a vuestro sombrero su debido uso: es para la cabeza.
- OSRICO: Muy reconodido a vuestra lateza. Es que hace mucho calor.
- HAMLET: No tal, creedme. Hace mucho frio. Sopla viento Norte.
- OSRICO:: En efecto, señor: hace algo de frio.
- HAMLET: Notò sin embargo que hay bochorno y que hace mucho calor. Tal vez es por mi complexión...
- OSRICO: Extremado, señor; hay verdadero bochorno; como si dijéramos... No acierto a expresarlo. Por los demás, señor, su majestad me ha mandado significaros que ha hecho una gran apuesta sobre vuestra cabeza: He aquí, señor, de qué se trata...
- HAMLET: (LE INDICA EL SOMBRERO.)  
Os suplico que recordéis...
- OSRICO: No, mi señor; por mi fe os digo que es comodidad. Sabréis, señor, que Laertes ha vuelto de nuevo a la corte. Es un cumplido caballero, podéis creerme; lleno de las más excelentes distinciones, del más sociable trato y dotado de un magnifico porte. En verdad, para hablar de él justificándolo cual corresponde, es la carta y timón de la grandeza, pues en él hallaréis la cifra y continente de cuantas partes puedan verse en un caballero.
- HAMLET: (MUY SERIO.) Caballero, ese definimiento no sufre por vos menoscabo; aunque sé bien que el dividir e inventariar sus partes marearía a la aritmética de la memoria; mas no por ello zozobraría ante el empuje de tan rápido velero. Mas, dentro de la verdad del ensalzamiento, tengo a su alma por excelente mercancía y a su infuso saber de tal precio y rareza que, para expresar fielmente lo que es, sólo halla semejante en el espejo y quien quisiera dibujarlo trazará su sombra: nada más.  
(HORACIO SONRIE A HURTADILLAS.)
- OSRICO: (CORTADO.) Vuestra alteza habla de él con la mayor infalibilidad.
- HAMLET: ¿Y la concernencia, caballero? ¿A qué fin envolvemos a ese gentilhombre en nuestro más burdo aliento?
- OSRICO: (NO ENTIENDE.) ¿Cómo, señor?
- HORACIO: ¿No sería posible entenderse en otra lengua? (A OSRICO.) Sin duda que vos sabrías hacerlo, señor.

- HAMLET: ¿A qué viene la nominación de ese gentilhomme?
- OSRICO: (ATURDIDO.) ¿De Laertes?
- HORACIO: (A HAMLET.) Ya está su bolsa vacía; se le acabaron sus palabras de oro.
- HAMLET: Del mismo, caballero.
- OSRICO: Creo que no seréis ignorante...
- HAMLET: Así lo fuérais vos, caballero, aunque a fe que si lo fuérais no me aprovecharía demasiado. ¿Y bien, caballero?
- OSRICO: No seréis ignorante de la excelencia de Laertes en...
- HAMLET: No me atrevo a confesar eso, pues sería compararme con él en excelencia; que para conocer bien a un hombre hay que conocerse a sí mismo.
- OSRICO: Quería referirme, señor, al su manejo del arma; pues en la imputación que de él hacen sus partidarios, es único en ese mérito.
- HAMLET: ¿Cuál es su arma?
- OSRICO: Espada y daga.
- HAMLET: Esas son dos armas; pero adelante.
- OSRICO: El rey, señor, ha apostado con él seis caballos berberiscos, contra los cuales impone él, según parece, seis espadas y puñales franceses, con sus guarviciones, o sea tahalies, colgantes y lo demás; tres de estos acarreos son por cierto de la más exquisita fantasía y muy adecuados a la empuñadura; acarreos de gran primor y de concepción muy atrevida.
- HAMLET: ¿A qué llamáis acarreos?
- HORACIO: Ya sabía yo que tendríais que ir a las notas del margen antes de acabar.
- OSRICO: Los acarreos, señor, son los arreos.
- HAMLET: Mejor se hermanaría la frase con la cosa si lleváramos un cañón atado al cinto. Mientras no lo llevemos, los llamaremos tahalies. Pero sigamos: seis caballos berberiscos contra seis espadas francesas con sus guarniciones y tres acarreos de concepción atrevida; tal es la apuesta francesa contra la danesa. ¿Y por qué se "impone" todo eso, según vos decís?
- OSRICO: El rey, señor, apuesta, señor, que en doce asaltos entre vuestra alteza y él, no os aventajará en más de tres botonazos. Y él apuesta a que os ganará por nueve en esos doce encuentros. Y se procedería a una prueba inmediata si vuestra alteza se dignase responder.
- HAMLET: ¿Y si mi respuesta es "no"?
- OSRICO: Me refiero, señor, a la oposición de vuestra persona en la prueba.
- HAMLET: Caballero, yo he de pasear ahora por esta sala, porque, con la venia de su majestad, es la hora de mi ejercicio diario. Que traigan aquí los floretes si el caballero consiente en ello; y si el rey mantiene su propósito le haré ganar la apuesta, si puedo: y si no puedo, no ganaré otra cosa que mi vergüenza y los botonazos.

- OSRICO: ¿He de repetir vuestras mismas palabras?
- HAMLET: Os he dado el sentido, caballero. Luego podréis añadir los floreos que os dicte vuestro natural.
- OSRICO: (CON UNA GRAN REVERENCIA.) Recomiendo mis respetos a vuestra alteza.
- HAMLET: Vuestro siempre, vuestro siempre. (SALE OSRICO.)  
Hace bien en recomendarse a si mismo; no se hallaría otra lengua que lo hiciera por él.
- HORACIO: Es un avefria, que corretea con el cascarón pegado aún a la cabeza.
- HAMLET: Este le hacia cumplidos al pecho antes de mamar. Es uno de tantos de la misma pollada, por la que nuestra corrompida edad chochea; sólo adquieren las maneras del día y los usos externos del trato: todo ese conjunto empalagosos de vaciedades con que saltan por encima de las más serias y sensatas opiniones. Pero si los soplas para probarlos se les deshacen las burbujas.  
  
(ENTRA UN CABALLERO Y SALUDA. SORPRENDIDO, HAMLET LE INTE\_ RROGA CON EL GESTO.)
- CABALLERO: Señor, su majestad os envió recado con el joven Osrico, quien ha vuelto diciendo que esperábais en esta sala. Y me envía a preguntaros si os place aún tirar de inmediato con Laertes o preferís tomaros más tiempo.
- HAMLET: Mantengo mi propósito y sólo quiero complacer al rey. Si el otro está dispuesto, yo también lo estoy; ahora mismo, o en cualquier otro momento, siempre que me encuentre en igual disposición.
- CABALLERO: El rey, la reina y la corte bajan ya.
- HAMLET: Sea en buena hora.
- CABALLERO: (VACILA.) La reina desea que dediquéis a Laertes algunos gentiles cumplidos antes de comenzar el asalto.
- HAMLET: (CONMOVIDO.) Su recomendación me es muy grata.  
  
EL CABALLERO SE INCLINA Y SALE.)
- HORACIO: Tal vez perdáis la apuesta, señor.
- HAMLET: (DENIEGA.) No pienso yo eso; desde que él se fué a Francia he practicado de continuo y si me dan ventaja, ganaré.  
  
(SE ENTRISTECE.)  
  
Sólo que... Mal puedes imaginarte la congoja que me invade ahora el corazón...  
  
(UN SILENCIO. SE REHACE.)  
  
Más poco importa.
- HORACIO: (INQUIETO.) Pero, señor...
- HAMLET: No es más que una simpleza. Pero noto como un presentimiento que sólo debiera turbar a una mujer.
- HORACIO: Si vuestra mente os previene de algo, obedecedla. Yo me adelantaré a detenerlos y les diré que os sentis mal.

HAMLET: De ningún modo. Hay que desafiar a los augurios. Ni un gorrión cae sin especial designio de la Providencia. Si llegó mi hora, ya no hay que esperarla; y si no ha de esperarse, es que es ahora. Y si no llegó la hora, ella vendrá. Siempre hay que estar dispuesto. Ningún hombre sabe cuándo dejará esto ni el valor de lo que deja; sea pues lo que fuere.

(ENTRAN EL REY, LA REINA, LAERTES Y OTROS CORTESANOS Y DAMAS, OSRICO Y SEQUITO CON FLORETES Y MANOPLAS; INTRODUCEN TAMBIEN UNA MESA CON JARROS DE VINO.)

CLAUDIO: Ven, Hamlet; ven y acepta esta mano que te presento.

(PONE LA MANO DE LAERTES EN LA DE HAMLET.)

HAMLET: Concededme vuestro perdón, señor. Yo os agravié, mas perdonadme, pues que sois caballero. Todos los presentes saban, y también vos lo habréis oído, que me veo aquejado por una cruel sinrazón. Cuanto haya hecho que dañar pudiera a vuestro natural generoso y a vuestro honor, o que pudiera despertar vuestra justa indignación, proclamo aquí que fue locura. ¿Ha sido Hamlet quién ultrajo a Laertes? Nunca lo hiciera Hamlet; pues si Hamlet se halla fuera de sí y ya no es él mismo cuando ultraja a Laertes, no es Hamlet quien lo hace. Hamlet reniega de ello. ¿Quién lo hace entonces? Su locura. Y así, Hamlet se encuentra entre los ofendidos y es la locura el enemigo del pobre Hamlet.. Consentid, señor, que me justifique ante quienes nos oyen de todo mal propósito, y que ello me absuelva ante vuestro generoso ánimo por haber herido a mi hermano al disparar mi flecha por encima de la casa.

LAERTES: Me doy por satisfecho en mis naturales sentimientos aunque ellos fueran quienes con mayor motivo reclamaban mi venganza en esta causa. Pero en lo concerniente a mi honor me mantengo donde estaba y no me avendré a reconciliarme hasta no obtener de árbitros sabios en tales lances previa exhortación a las paces que deje a mi nombre sin mancilla. Mas entre tanto, acepto el amor que me ofrecéis y a él correspondo con el mío, que no os hará ofensa.

HAMLET: Lo acojo de buen grado y mediré las armas lealmente en esta apuesta fraternal. Vengan los dos floretes y empecemos.

(LOS REYES SE SIENTAN.)

LAERTES: Traed uno para mí.

HAMLET: Seré espejo de vuestra destreza, Laertes: ella lucirá sobre mi ignorancia como estrella que resplandece con orgullo en la noche oscura.

LAERTES: Os chanceáis, señor.

HAMLET: No tal, por esta mano.

CLAUDIO: Dadles los floretes, mi buen Osrico.

(OSRICO PRESENTA DOS FLORETES A HAMLET, QUE TOMA UNO. LUEGO ENTREGA OTRO A LAERTES.)

¿Sabes la apuesta, querido Hamlet?

HAMLET: Ciertamente, señor. Vuestra Gracia ha apostado a favor de la parte más débil.

(PRUEBA EL FLORETE.)

CLAUDIO: No temo por eso. A los dos os he visto tirar y aunque él es más diestro se te conceden ventajas.

LAERTES: (PRUEBA SU FLORETE.)

Este es pesado. Dadme otro.

(VA EL MISMO AL CRIADO QUE LOS TIENE, DEVUELVE EL ARMA Y, TRAS UNA DISIMULADA BUSQUEDA, TOMA OTRO, CAMBIANDO CON EL REY UNA MIRADA.)

HAMLET: (BATE EL AIRE CON LA HOJA.)

Este es bueno para mí. ¿Las hojas son del mismo largo?

OSRICO: Sí, alteza.

CLAUDIO: Llenad de vino las copas de esa mesa. «Si Hamlet da el primero o el segundo botonazo, o bien se iguala en el tercer asalto, que disparen todos los cañones de las almenas. El rey beberá porque a Hamlet le crezcan los alientos y echará en la copa una gran perla, más valiosa que la corona usada por los cuatro últimos reyes de Dinamarca. Dadme las copas y que el timbal le diga al clarín, y el clarín al lejano artillero, y el cañón, y los cielos a la tierra: "Ahora el rey bebe por Hamlet".

(SALE UN CORTESANO A PREVINIRLO.)

Vamos, comenzad. Y vosotros los jueces, mirad atentos.

(ACUDE UN CRIADO A SU LADO CON LA COPA EN LA MANO.)

HAMLET: Vamos, caballero.

LAERTES: Vamos, señor.

(TIRAN. EL CORTESANO VUELVE Y PERMANECE JUNTO A LA SALIDA.)

HAMLET: Uno. (SE DETIENE)

LAERTES: NO.

HAMLET: Que hablen los jueces.

OSRICO: Un botonazo. Un botonazo muy patente.

LAERTES: Bien. Vamos a otro. (SE PONE EN GUARDIA.)

CLAUDIO: Alto. Dade de beber. (SE LEVANTA.) Hamlet esta es tu perla.

(LA ENSEÑA. A tu salud. (BEBE. EL CORTESANO HACE UNA SEÑA HACIA FUERA. SUENAN CLARINES Y LUEGO CAÑONAZOS LEJANOS. SONRIENTE, EL REY ECHA LA PERLA EN LA COPA.)

Dadle la copa.

HAMLET: Permitid que acabe antes el asalto. Ponedla ahí cerca. Vamos

(CONTRARIADO, EL REY SE SIENTAA TIRAN.)

¡Otro botonazo! ¿Lo admitís?

LAERTES: Tocado, tocado. Lo confieso.

CLAUDIO: Va a ganar nuestro hijo.

GERTRUDIS: Está flojo y se fatiga con exceso. Ven, Hamlet, toma mi pañuelo y sécate el rostro.

(SE LEVANTA Y AL PASAR JUNTO A LA MESA? TOMA SONRIENDO LA COPA.)

La reina brinda por tu triunfo, Hamlet.

(BEBE UN SORBO.)

HAMLET: ¡Gracias, señora!

CLAUDIO: (SE INCORPORA.) ¡No bebas, Gertrudis!

GERTRUDIS: He de beber, señor; os ruego que me perdonéis.

(LA REINA BEBE.)

CLAUDIO: (APARTE.) Es la copa del veneno. ¡Demasiado tarde!

HAMLET: (A SU MADRE, QUE SE LA OFRECE.)

Permitid que aún no beba, señora; pronto lo haré.

GERTRUDIS: Ven. Deja que te seque el rostro.

(LO HACE.)

LAERTES: (APARTE, AL REY.) Ahora, señor, le hiero.

CLAUDIO: (SOMBRIO.) No lo creo fácil.

LAERTES: (PARA SI.) Y no obstante, casi lo hago contra mi conciencia.

HAMLET: (JACTANCIOSO.) Vamos al tercero, Laertes, no os distraigáis. Y os ruego que atacéis con más violencia, pues pienso que me estáis tomando a juego.

LAERTES: ¿Eso decís? Pues vamos. (SE BATEN DURAMENTE UNOS MOMENTOS.)

OSRICO: Nada; ni uno ni otro.

LAERTES: ¡Tomad ahora está!

(LO HIERE. HAMLET SE DETIENE, ESTUPEFACTO, Y MIRA LA SANGRE QUE LE BROTA. DE PRONTO COMPRENDE, SE ABALANZA CONTRA LAERTES COMO UNA FIERA Y LO DESARMA, IRACUNDO. Entonces le tira a los pies EL FLORETE QUE USABA Y, RECOGIENDO EL DE LAERTES SE PONE EN GUARDIA. LAERTES, AMENAZADO, TIENE QUE ACEPTAR EL ASALTO: HAMLET LO HIERE ENSEGUIDA. LA CORTE, ASUSTADA, NO SABE QUE HACER.)

CLAUDIO: Separadlos; están furiosos.

(ALGUNOS CORTESANOS INTENTAN ACERCARSE, PERO HAMLET LOS DETIENE CON UN GRITO.)

HAMLET: ¡No! Vamos otra vez.

(SE ENFRENTA CON LAERTES Y LE OBLIGA A CRUZAR EL ARMA. TIRAN. ENTRE TANTO? LA REINA SE DESVANECIA Y CAE REPENTINAMENTE. EL REY ACUDE A SU LADO.)

OSRICO: ¡Acudid a la reina! ¡Alto!

(SEPARAN A LOS ADVERSARIOS.)

HORACIO: Los dos sangran. ¿Quién ha sido, señor?



- OSRICO: ¿Cómo ha sido, Laertes? (EL REY Y OTROS ATIENDEN A LA REINA.)
- LAERTES: Ya lo veís: caído como un pájaro en mi propio lazo. Osrico. Recibo justa muerte por mi propia traición.
- HAMLET: ¿Qué tiene la reina?
- CLAUDIO: (SIN MIRARLO.) Se ha desmayado al veros sangrar.
- GERTRUDIS: No, no.... La bebida, la bebida!.. Me han envenenado.  
(MUERE.)
- HAMLET: QUE, INCLINADO SOBRE ELLA, BEBIO SUS PALABRAS INCORPORA.)  
¡Felonia!... ¡Holai ¡Cerrad las puertasi ¡Traicióni  
¡Hay que descubrirlai  
(SOSTENIDO POR OSRICO, LAERTES SE DESPLOMA.)
- LAERTES: Está aquí, Hamlet. Hamlet, tú también vas a morir. No hay medicina en el mundo que pueda salvarte. Ni media hora de vida te queda. El arma traidora está en tu mano, sin botón y envenenada. La infame trama se ha vuelto contra mi: mirame aquí caído para no volver a levantarme. Tu madre, envenenada... No puedo más...  
(LEVANTA UN DEDO ACUSADOR.)  
El rey, el rey es el culpable.  
(EL REY VA A RECOGER EL ARMA, PERO HAMLET SE PRECIPITA Y LA TOMA ANTES. ESPANTADO, EL REY RETROCEDE.)
- HAMLET: ¿Envenenada la punta? ¡Pues haz tu obra, veneno!  
(HIERE AL REY.)
- TODOS: ¡Traición, traición!
- CLAUDIO: ¡Ahí... Defendedme, amigos. Sólo estoy herido.
- HAMLET: (OBLIGANDOLE A BEBER DE LA COPA.)  
¡Toma tú ahora, incestuoso, asesino, rey maldito! ¡Bebe e esta pócima! ¿No echaste aquí tu perla más preciada?  
¡Pues sigue a mi madre!  
(EL REY MUERE.)
- LAERTES: Justo castigo! El mismo preparó el veneno. Recibe mi perdón y dame el tuyo, noble Hamlet. ¡Qué ni mi muerte ni la de mi padre caigan sobre ti, ni sobre mi la tuya!  
(MUERE.)
- HAMLET: ¡Que el cielo te perdone! Voy contigo.  
(DESFALLECE EN BRAZOS DE HORACIO.)  
Me muero, Horacio. ¡Reina infeliz, adiós! Y a vosotros, que contempláis pálidos y temblorosos nuestra funesta suerte cual mudos personajes o auditorio de escena tal... Si yo tuviera tiempo... Pues la muerte es sargento inexorable, que no aplaza su arresto... ¡Oh!...Yo podría deciros... Más ya no puede ser. Horacio, muero. Vive tú; justificame y cuenta la verdad de mi causa a quienes me censuren.

HORACIO: Ni lo penséis. Tengo yo más de antiguo romano que de danés. Aún quedan algunas gotas de licor.

(VA A BEBER EN LA COPA ENVENENADA.)

HAMLET: (SE LO IMPIDE.)

Si eres hombre dame esa copa. ¡Súeltala, por el cielo te lo pido! ¡Ah, fiel Horacio, si estas cosas quedan ocultas, mi nombre tras de mí manchado quedará! Si alguna vez me tuviste en la felicidad que ahelas y que tu pecho aliente con dolor por algún tiempo todavía en este mundo miserable para contar mi historia.

(COMIENZA A OIRSE UNA LEJANA MARCHA MILITAR.)

¿Qué son guerrero es ese?

CABALLERO: Fortimbrás el mozo, que vuelve victorioso de Polonia, recibe con salvas marciales a los embajadores de Inglaterra.

HAMLET: Muero, Horacio. El veneno poderoso se adueña ya de mi espíritu. Ya no puedo vivir para saber las nuevas de Inglaterra pero te aseguro que la elección recaerá en Fortimbrás: él tiene mi voto de moribundo. Tú se lo dirás, con los sucesos grandes y pequeños que a esto nos ha traído. Lo demás es silencio

(MUERE.)

HORACIO: Ya se quiebra su noble corazón ¡Qué la noche te acoja, amado príncipe, y que los coros angélicos arrullen tu sueño!

(DEPOSITA EL CUERPO EN EL SUELO. LA MARCHA MILITAR SE ACERCA, HORACIO SE INCORPORA.)

¿Por qué se acercan los tambores?

(ENTRA FORTIMBRAS CON ENSEÑAS Y SEQUITO, ACOMPAÑADO DE LOS EMBAJADORES INGLESES.)

FORTIMBRAS: ¿Qué ha sucedido aquí?

HORACIO: ¿Qué buscáis vos? Si es algún caso de dolor o espanto, detened vuestros pasos.

FORTIMBRAS: Señal de una matanza es cuanto veo. ¡Ah, dura muerte! ¡Qué festín preparas en tu infernal morada para haber derribado a tantos príncipes de un sólo golpe sangriento?

EMBAJADOR PRIMERO: Espantoso es el cuadro; tarde llegan nuestros mensajes de Inglaterra. Insensibles están ya los oídos que debían escuchar cómo las órdenes fueron cumplidas y muertos Ricardo y Guillermo. ¿Quién nos dará las gracias ya por ello?

HORACIO: (SEÑALA AL REY.) No sería ya su boca, aunque aún tuviera vida para hacerlo, pues nunca dió él la orden de esas muertes. Mas ya que habéis llegado al mismo tiempo de la guerra de Polonia y de Inglaterra, y aquí junto os véis en tan sangrienta ocasión, ordenad que estos cuerpos se expongan sobre un tumulo elevado a la vista del pueblo, y dejad que cuente yo al mundo ignorante cómo nos vinieron estas desgracias. Yo os hablaré de actos carnales, sanguinarios y perversos; de sentencias que el azar dictó; de inesperadas desgracias, de muertes dadas por la astucia y por la fuerza y, en fin, de propósitos fallidos que cayeron sobre la cabeza de sus autores. Esto es lo que fielmente he de contaros.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE CIENCIAS  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE LAS PIEDRAS